TODO LO QUE NECESITAMOS DEL INFIERNO

Harry Crews

Traducción Javier Lucini

Duffy Deeter cree en el dolor. Nada como el sabor de tu propia sangre para estar a lo que hay que estar. Quienes viven preocupados por el futuro de sus hijos, por Dios o por el orden del universo, deberían salir a la calle y romperse un par de costillas, así se les pasaría la tontería. Un remedio bastante más barato que un psiquiatra y no tan humillante. Por eso, Duffy vive obsesionado con el *fitness* y los deportes de contacto y resistencia. Para él todo es récord y competición. El triunfo es aguantar. El budismo zen y los libros también ayudan, cualquier esfuerzo por entender el mundo, nombrar el abismo, batirse con él y evitar las gilipolleces. Pero, de un tiempo a esta parte, la vida se le ha empezado a descoser. Está perdiendo el control de sí mismo. Su mujer, su hijo, su trabajo, sus recuerdos, sus creencias, todo se desmorona. Está a punto de librarse una batalla en su corazón y Duffy sabe que no es tiempo de pensar, sino de actuar, de desplegar todas las tropas y lanzarse contra el fuego enemigo sin miedo al descalabro, porque si algo le ha enseñado la vida, y el deporte y el Tao, es que la derrota es también una suerte de victoria. Y que, una vez en el infierno, lo único que importa es salir de allí perdiendo el culo.

Harry Crews

Todo lo que necesitamos del infierno

Dirty Works 31

ePub r1.0
Titivillus 31.03.2023

Título original: *All We Need of Hell*
Harry Crews, 1987
Traducción: Javier Lucini

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Todo lo que necesitamos del infierno

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Sobre el autor

Notas

Este libro es para Maggie Powell.

Reparadora de alas, restauradora del vuelo,
que ruedes y planees eternamente bajo el sol.

«Partir es todo lo que sabemos del cielo
y todo lo que necesitamos del infierno.»

EMILY DICKINSON

1

Estaba pensando en Treblinka. Ya había acabado con Dachau y Auschwitz. Y ahora en un esfuerzo de voluntad las imágenes de mortandad se agolpaban en su cabeza a un ritmo más o menos constante. Tras sus párpados ardientes y apretados vio la pila de gafas congeladas que les habían ido arrancando de la cara a las largas filas de hombres, mujeres y niños que iban a ser conducidos a las duchas de gas.

—Papi. Por favor, papi. Me encanta…, me encanta…, me encanta. Pero duele.

La voz susurrante de la chica impactaba sobre las imágenes de mortandad. Él la obvió y se concentró en las fosas de cadáveres cubiertos de cal. Ya ni siquiera eran personas. Más bien maniquíes salidos de unos grandes almacenes en quiebra. Famélicos hasta resultar caricaturescos. Pero hombres y mujeres en su día. En su día personas no muy distintas a él. Se imaginó a sí mismo en la ducha. En la fosa. En las cuadrillas de esclavos.

—Me estás matando.

Sí, como hay Dios. Mataría. Haría lo que fuera. Se convertiría en un asesino y un ladrón de lo más competente. Vio su trágica figura consumida, deslizándose sigilosamente entre las sombras de los barracones del campo de exterminio. Vio en sus manos un hilo de alambre fino, el instrumento de la muerte.

—Por favor. Por favor, córrete.

Las manos de ella se movían por todo su cuerpo. Sobeteaban, pellizcaban, acariciaban, palpaban. Y suplicaba. Él la tenía justo donde quería. La había transportado al lugar del dolor y el castigo. Relajó los muslos, hizo que los músculos de su zona lumbar se quedasen flácidos.

Ella besó sus ojos cerrados, rogándole que la mirara. Pero él apretó más fuerte los párpados. Se conocía ese truco. Ella se

limitaría a mostrarle el rosa puro del interior de su boca. Alzaría la lengua y la agitaría como una serpiente. Así que silenció su voz y su cuerpo deslizando el garrote alrededor del cuello de otro prisionero y robándole su patata a medio comer. El aliento jadeante del prisionero se mezcló con el aliento de la chica, se convirtió en su aliento. Y el cuerpo hambriento del prisionero penetró en sus pujantes y magníficos muslos. La mató mientras la empotraba, allí mismo, en el cenit de su pasión. Y cuando estuvo bien muerta, no dudó en arrebatarle la patata mohosa y a medio comer de la mano.

—Supongo que eres muy joven para acordarte de los Noticieros Pathé —dijo.

Ya habían terminado. Él se estaba poniendo su casco de ciclista. Marvella yacía exhausta en la cama. La había hecho llorar. Pero seguía estando preciosa. Como siempre, él se sintió vagamente insultado por el hecho de que ella siguiera tan increíblemente arrebatadora después de haberle infligido semejante dolor, semejante paliza.

—Los Noticieros Pathé —dijo ella, con la voz entumecida por el agotamiento.

Él aún sentía el sabor de la patata mohosa en el paladar. En el espejo, la franja roja de su casco de ciclista se inclinaba en un ángulo chulesco. Observó el reflejo de Marvella, su mirada desconcertada se balanceaba delicadamente en la suya. Intentó mostrarse violento.

—Nos enterábamos de las noticias en el cine del barrio —dijo—. Nos informaban de todo. Me encantaba. —Ya se había puesto el suspensorio (talla mediana, número diez) y se estaba enfundando unos shorts azules de nailon. Ella se incorporó y lo miró—. Un desastre tras otro. Dirigibles en llamas. Edificios derrumbándose. Barcos estallando.

—Debía ser la repera —dijo Marvella.

Él se sentó al borde de la cama y comenzó a anudarse los cordones de sus Adidas azules de cuero. Aún tenía los ojos rebosantes de niños moribundos y padres desahuciados. No tenía ni que esforzarse para seguir oyendo el runrún de sus voces suplicantes.

—Lo mejor fue cuando liberaron los campos de concentración.

Se levantó y se giró sobre las puntas de los pies.

—Mi abuela era alemana —dijo ella.

—Magníficos organizadores, los alemanes —dijo él—. Orquestaron a todo un país para el exterminio.

—¿Y salió en los Noticieros Pathé?

—Los sábados por la tarde, con todo lujo de detalles.

Ella lo observó absorta durante unos segundos, preguntándose en su fuero interno de qué demonios estaban hablando. A veces, se pasaban tardes enteras hablando sin que ella tuviera ni la más remota idea de lo que él trataba de decir o, quién sabe, de lo que trataba que ella dijera. Al comienzo de la relación, hubo momentos en los que ella intentó que se explicase.

—¿Pues claro? —decía él—, es muy sencillo. —Y, acto seguido, añadía alguna cosa sin pies ni cabeza, algo que a ella más bien se la traía al pairo, pero que a él le hacía perder los estribos. Pese a todo, resultaba en cierto modo relajante, porque ella no tenía ni que prestar atención.

—En mi casa los sábados eran el día de los dibujos animados —dijo ella.

Él se giró cabreado desde la bicicleta que estaba apoyada en la puerta del armario.

—¿Qué?

—Que nos pasábamos el sábado entero viendo los dibujos de la tele.

Él bajó la mirada hacia la cadena antirrobo de la bicicleta que se estaba trabando alrededor de la cintura. Cuatro kilos y medio del mejor acero templado. De pronto, se sintió confuso. Tenía una bicicleta de trescientos dólares que apenas pesaba ocho kilos. Y una cadena de veinticinco dólares que pesaba cuatro kilos y medio. La bicicleta era tan cara debido a su ligereza. Al ser tan cara, no le quedó más remedio que hacerse con una cadena contundente, una que requiriese lo menos un soplete para cortarla. Por desgracia, en el mundo había ladrones. Así que todo parecía contrarrestarse. Pero lo uno no se seguía de lo otro. Y él lo sabía. Los ladrones no tenían la culpa. Alzó la vista y vio que Marvella había empezado a mascar chicle de esa manera suya tan lenta, feliz y fascinante.

—Bueno…, bueno. —Estaba fuera de sí de ira—. ¡Bueno, pues a tomar por culo!

La cara de ella no evidenció ni el menor atisbo de emoción. Se

limitó a seguir mascando mientras él rodaba la bicicleta hasta el centro de la habitación.

—Puede que tengas razón —dijo ella, abandonando la cama. Cogió una manzana de un plato que había junto a la ventana—. Podría haberle dado mejor uso a mi mente.

Él la observó sumido en una especie de éxtasis de repulsión. La luz nacarada de la ventana se proyectaba prolongada y exquisitamente sobre su cuerpo. Su lengua rosa depositó el chicle húmedo en una de sus manos. Sus dientes blancos despedazaron la manzana. Pequeñas salpicaduras de jugo rezumaron resplandecientes de sus labios. Un temblor le recorrió las piernas por donde bombeaba la sangre. Él sabía de su adicción a los culebrones de sobremesa. Y sabía no solo que coleccionaba novelas de ciencia ficción, sino que además las leía. Las disfrutaba. Decía que la hacían pensar; lo que significaba que era idiota de solemnidad. El propio Duffy era adicto a la lectura y siempre iba acompañado de libros. Pero jamás leía ciencia ficción, un género que consideraba como chicle para la mente.

También sabía que había obtenido una beca Woodrow Wilson para el Departamento de Filosofía de la Universidad de Florida. Se decía que tenía el expediente académico más brillante de la historia del departamento. Pero solo algo muy idiota podía mascar chicle de esa manera. Solo la categoría más cafre de la ignorancia podía hablar así. No podía demostrarlo. Simplemente lo sabía. Estaba todo ahí, combinado, su expediente académico y su idiotez bovina. De nuevo, la cadena pesada y la bicicleta ligera.

—¿Piensas volver? —dijo ella.

—¿Es que no vas a acordarte ni de una puta cosa?

—¿Acordarme?

—Sí. Acordarte.

—¿De qué?

—Dios —dijo él.

—Duffy, dices unas cosas rarísimas.

Duffy suspiró.

—Para responder a tu pregunta te diré que no, que no pienso volver. Al menos hoy.

—¿Y cuándo crees?

Puede que tuviera una beca Woodrow Wilson, pero no había

logrado zafarse de la cadencia de Alabama, donde bautizaban a sus hijas con lindezas como Marvella. Y no te lo pierdas, tenía un hermano que se llamaba Roid. Duffy estuvo oyéndola hablar de él durante mucho tiempo antes de percatarse de que no decía Roy. Le pidió que se lo deletrease. Eso hizo. Roid, por el amor de Dios. ¿Se trataba de un diminutivo cariñoso de hemorroide? Decidió que era lo más probable. Pero, aunque no lo fuera, qué cosa más maravillosa llamar a unos hermanos Marvella y Roid. Y ser de Alabama. Puede que el resto del país se hubiese homogeneizado, pero el Sur seguía aferrándose a sus Marvella, a sus Roid y a su peculiar forma de hablar. Marvella jamás sonaría como una condenada locutora de radio. Él podía amarla por eso. Aunque solo fuera por eso.

—¿Y cuándo crees? —volvió a decir.

—Lo mismo dentro de una semana, tal vez dos. Cuando volvamos a la ciudad.

—Se me había olvidado. Te vas unos días de vacaciones con Tish y el niño.

«Cristo bendito», pensó él, «se va a comer otra puta manzana, ya van tres». Marvella atravesó la piel roja al pronunciar el nombre de Tish, hundiéndolo hasta las semillas alojadas en su corazón fibroso. Se le quedó una espumilla de baba y jugo pegada en las comisuras de su boca indiferente.

—Puede que Tish y el niño no quieran venirse conmigo. Pero yo me voy fijo.

Se había puesto a hacer unas sentadillas rápidas para ejercitar sus piernas arqueadas y musculosas. Le aburría la conversación. Sentía palpitar los guantes y la bola de frontón en el bolsillo trasero. Hasta se le estaban calentando las palmas de las manos, apoyadas ligeramente en el manillar encintado, le escocían. Se bajó las gafas tintadas del casco. La estancia se oscureció. Ella seguía de pie junto a la ventana, una sombra violácea de dientes blancos y chasqueantes.

—Tish sigue haciéndotelas pasar putas, ¿verdad? —Se escupió en la mano el corazón pulposo y volvió a meterse el chicle en la boca.

—No metas a Tish en esto.

—Qué más quisiéramos —dijo Marvella—. Tish no sabe

distinguir lo bueno ni teniéndolo delante de las narices.

—Tish sabe muy bien lo que tiene delante de las narices —dijo Duffy.

—Entonces no veo el problema.

—Nadie está satisfecho —dijo él, empujando la bici hacia la puerta.

—Será eso —dijo ella.

Él se detuvo antes de salir.

—De hecho, creo que Hitler sí se quedó satisfecho, al menos por un tiempo —dijo, sin mirarla—. Pero, aunque no le hubieran parado los pies, antes o después, se habría quedado sin judíos y sin gitanos.

—Hitler era una mala bestia —dijo ella—. Una bestia malvada.

Duffy se volvió hacia ella con el rostro encendido de ira.

—Ahórrate esa mierda conmigo. Mi padre combatió contra ese cabrón. Participó en veintisiete putas misiones antes de…

—Duffy, no empieces con lo de Mi Padre el Piloto. Ahora no.

Él se calmó de golpe y porrazo.

—Ya. Ahora no. Nunca más. De todos modos, contigo todo es un desperdicio.

2

Levantó la bici con una mano y abrió la puerta con la otra. Con el manillar de aquella máquina adorable al hombro, bajó trotando los cinco tramos de la escalera exterior —exterior pese a tratarse de un edificio de apartamentos moderno de estilo neoazteca que allí, en Gainesville, en Florida, pasaba por elegante, todo ángulos y bordes toscos de cemento vertido—, hasta la calle. La mañana era radiante, tan azul que el aire resplandecía con una intensidad casi palpable.

Las calles desiertas del domingo estaban recalentadas, titubeaban, se volvían insustanciales bajo el sol que cabalgaba a su espalda como un lastre. Vaciló en el bordillo, sintiéndose a gusto, la piel descorchada por un leve sudor. En sus manos la bicicleta se sentía quebradiza, como los huesos de un gorrión. Dejó que el cuadro de aleación se adueñara de sus muñecas y sus antebrazos, que se desplazara hasta los hombros y la espalda, quedándose él muy quieto, confiado tras las gafas tintadas, confiado gracias al duro cuerpo palpitante que él mismo se había construido con la misma deliberación y cuidado con que un albañil erige un muro. Sus tobillos, duros y flexibles, descansaban delicadamente bajo unos gemelos prominentes que se fundían en un único flujo muscular con unos muslos capaces de hacer diez sentadillas con ciento cuarenta kilos en la barra, exactamente el doble de su peso corporal. Sus piernas ansiaban la bicicleta. De haber tenido voz, la habrían exigido a gritos.

Entonces, con un movimiento similar al de un pájaro al alzar el vuelo, se ensilló en la bicicleta. Ajustó los pies a los amarres de los pedales hasta que quedaron bien afianzados; sus manos callosas se aferraron a los puños encintados del manillar y, más que sentarse, sus nalgas estrechas y rocosas se apoyaron en el sillín de cuero. Iba equilibrado sobre tres puntos de igual peso —manos, pies y nalgas—, y su rostro, tras las gafas de protección, hendía el aire con una

sonrisa demente. Por debajo del casco, su tupida mata de rizos negros se distendía hacia atrás como un banderín. Fue subiendo de marcha hasta llegar a la décima y luego se estableció en la séptima, su marcha de crucero.

Había llegado el momento de poseer a la bicicleta, de poseerla de nuevo, cada vez era como la primera, un acto peligroso por el desgaste que le suponía, no porque pudiera salir herido. En todo lo que había emprendido a lo largo de su vida había salido herido. Era algo que esperaba, incluso que deseaba. Nada centraba más a un hombre que el dolor. Nada te quitaba de la cabeza las soplapolleces como el sabor de tu propia sangre. A quienes vivían preocupados por el futuro de sus hijos, o por Dios y el orden del universo, Duffy siempre quería decirles que salieran a la calle y se rompieran un par de costillas. Unas cuantas costillas rotas echaban por tierra cualquier pensamiento a propósito de los hijos. A tomar viento Dios y el orden del universo. Con unas costillas rotas nadie padecía jamás episodios de ansiedad, o al menos eso era lo que Duffy creía a pies juntillas. Salía muchísimo más barato que un psiquiatra y no era tan humillante.

Montaba una Gitane Tour De France de diez velocidades, hecha a mano, con un desviador Simplex cerrado y neumáticos de competición cosidos manualmente y finos como el papel que se desinflaban cada noche y había que volver a inflar cada mañana. Los neumáticos, como casi todo lo demás en la Gitane, eran uno de los inconvenientes que había que padecer para montar lo mejor posible. Las llantas no eran de acero, sino de aleación y, por tanto, mucho más ligeras, aunque, al mismo tiempo, más propensas a sufrir daños con las piedras y los boquetes de la carretera. Pero eso era lo de menos, el acero pesaba demasiado. Aleación significaba velocidad, maniobrabilidad, así que intentaba evitar las piedras y los boquetes, aun con la absoluta certeza de que, tarde o temprano, se despistaría y, por ende, acabaría descalabrándose y arruinando la bici. Pero lo uno no derivaba de lo otro. Eso él lo sabía. Tarde o temprano, la bici acabaría arruinada. Las piedras y los boquetes no tenían la culpa. La culpa procedía del hecho de que el mundo fuese un lugar altamente peligroso para cualquier ser vivo, una verdad simple e indiscutible que todas las personas que Duffy conocía se empeñaban en negar. Salvo su padre. Cada vez que Duffy hacía por

atender, podía oír la voz ronca y suplicante de su padre: «Abraza todo aquello que no puede cambiarse. Estréchalo con fuerza y hazlo tuyo». Duffy le había tomado la palabra y había abrazado el mundo con todas sus fuerzas, o al menos eso esperaba.

El cambio de marchas no estaba en el tubo superior, como en otros modelos. Lo había modificado para que la maneta de cambio del piñón delantero de dos velocidades estuviese en el extremo izquierdo del manillar, y la del piñón trasero de cinco en el derecho. De este modo, no tenía que mover las manos al esprintar. Sin necesidad de soltar los puños encintados, podía accionar las marchas con los meñiques. Y dejaba que ambos meñiques tocaran las manetas de cambio aunque no tuviera intención de cambiar de marcha. Solo para sentir la tensión de los finos cables de acero que zumbaban por el manillar, el tubo superior inclinado, la abrazadera y el tubo de asiento, hasta el desviador Simplex. No quería separarse de la Gitane (forma femenina de la palabra francesa para «gitano»). Como hacía antes de los combates de kárate, dejaba que su mente se inundara de luz, una luz de una fuente invisible, una estancia vagamente azul cubierta de espejos que no reflejaban nada. Siempre aprovechaba técnicas de un arte para aplicarlas a otro.

—Un hombre no tiene veinte disciplinas distintas, ni treinta y cinco, ni cien —solía decirle a su hijo—. Se trata de una disciplina única. Una cosa sólida y bien templada que se encuentra en el corazón de los hombres y es indestructible. El misterio que te mantiene vivo en caso de poseerlo, o que te deja morir en caso contrario.

La chica era un arte, al igual que el kárate o montar en bici. Follar era una rutina más de entrenamiento. Pero que lo fuera no significaba que no pudiera elevarse a la categoría de arte. Cualquier maña podía llegar a serlo. Solo se requería conocimiento y concentración. Muchas veces pensaba que follar debería ser un deporte olímpico. Se juzgaría la dificultad y variedad de las posturas y la fluidez con que estas se fuesen integrando en la contienda. La danza definitiva. Nada se podía fingir. Cuando el juez batiera las palmas y gritase: «¡Preparados! ¡Listos! ¡Penetración!», o la tenías como una piedra o te descalificaban en el acto. Un público presencial de setenta mil personas, y millones más ante las pantallas de sus televisores, verían cómo se separaba la paja del trigo. Un

millón de maridos de los suburbios, hastiados, barrigudos, apoltronados en sus sillones con una cerveza bien fresquita a mano, observarían con el corazón en un puño. Y él, absolutamente sereno y acondicionado, los pondría a todos en pie con su actuación. Solo la victoria, ganar en el momento, hacía soportable la conciencia del fracaso final y de la muerte. A menudo pensaba que, a fin de cuentas, todo carecía de sentido, que era una especie de juego. Pero si hacía falta jugar para mantenerse con vida, que así fuera. Lo que fuera necesario, era necesario. Volvió a escuchar la voz demente de su padre: «Estoy vivo, ¿no? ¡Vivo!». Duffy haría cualquier cosa para alzarse con la victoria, tal y como había hecho esa misma mañana con Marvella.

No había sido su intención ponerse a pensar en los nazis y en sus experimentos con la muerte. Pero al sentir que estaba a punto de correrse se le vino a la cabeza la montaña de gafas congeladas. Todas esas maravillosas imágenes de mortandad. El gas. Los gritos. Y supo que ella no lograría vencerlo. Él la llevaría a donde quería. Pero no sin pagar un precio. Todas las molestias que se había tomado para encerrarse con esa chica de veintidós años, solo para descubrir que acarreaba un cadáver con ella. Una chica para su cuerpo y un cadáver para su mente. Todo se contrarrestaba. Era una situación que creía poder manejar y que en el fondo le parecía de lo más ordinaria.

Y se quedó con lo de siempre: el entusiasmo por su cuerpo. Eso era lo único con lo que se sentía seguro. Al fin y al cabo, podía medirse, entender el fallo, controlar la ejecución. Si uno estaba dispuesto a pagar el precio, podía lograr que su cuerpo hiciera lo imposible. Nadie sabía dónde estaba el límite. ¿No había asumido todo el mundo que correr una milla en cuatro minutos era imposible? Y cuando el cuerpo de Roger Bannister[1] pagó el precio, ¿cuánto tiempo se mantuvo su marca, su récord? Diecisiete días. Al cabo de menos de tres semanas, el cuerpo de otro hombre, con cuatro cronómetros al quite, produjo su propio milagro, y el pobre Roger se fue por el sumidero. Ahora no había ni un solo corredor de la milla en todo el planeta que no la hiciera en cuatro minutos. Disciplina. Precio. El entusiasmo del cuerpo. Probablemente ahí era donde residía Dios, en un músculo candente y forzado más allá de sus límites.

Ahora estaba adelantando a un Volkswagen. Por los extremos de las gafas tintadas, vio parpadear con incredulidad al conductor. Mantuvo el cuerpo en una postura perfecta de catavientos, con la cabeza baja, los ojos casi a ras del manillar, la espalda plana a la altura de los hombros y luego formando una curva sobre la que pasaba e incidía el viento, las rodillas muy juntas, separadas únicamente por la anchura del tubo superior.

Las piernas empezaron a ponérsele respondonas. No había una sola articulación en todo su cuerpo que no le doliera. Algo punzante que no había sentido hasta entonces, como el filo de un cuchillo, le oprimía entre las costillas del costado derecho. Forzó deliberadamente ese lado, apretando con la mano derecha, impulsándose con ese muslo. Estaba enfrascado en un largo esprint ligeramente descendente junto a las canchas de frontón. Pensó que ya habría alcanzado los sesenta y cinco kilómetros por hora. Siempre que pasaba por allí lo hacía cagando centellas, sin frenar, para intimidar a los jugadores. Su paso solía interrumpir la mitad de los partidos. Nadie había visto jamás una bicicleta a sesenta y cinco kilómetros por hora. Él mantenía la cabeza gacha y no miraba, en ningún momento rompía el ritmo ni la figura, pero su visión periférica le permitía ver la línea borrosa de los jugadores, que lo miraban fijamente.

Nada más superar las canchas, a sabiendas de que aún podían verlo, soltó el manillar y se irguió sobre los pedales con los brazos alzados y los puños apretados. Una vez se rompió las clavículas y se fracturó el cráneo haciendo eso mismo. Pero a semejante velocidad resultaba lo bastante espectacular como para que el riesgo mereciera la pena.

Que lo admiraran y se quedaran sumidos en la desesperación. Estaban a punto de ser destrozados, abatidos, humillados. Casi podía oír sus gemidos. Duffy Deeter lo había vuelto a hacer, se había abalanzado sobre las canchas de frontón domingueras como un halcón sobre un gallinero. Volvió a acomodarse en el sillín de la Gitane, se agarró a los puños encintados, accionó los frenos juiciosamente y rodó sin pedalear de vuelta a las canchas. Aún sin dignarse a mirar a los jugadores, apoyó cuidadosamente la bici contra la alambrada y, a pesar de que no iba a perderla de vista en ningún momento, se desenganchó la cadena de cuatro kilos y medio

de la cintura. La pasó por la rueda trasera, el cuadro, el piñón y la alambrada antes de asegurarla con el candado especial, que a su vez pesaba más de medio kilo. Se incorporó, se destrabó el casco, se lo quitó junto con las gafas de protección y lo dejó en el suelo bajo los pedales. Luego se desprendió de la camiseta sudada. La colgó en la palanca de freno y entró como quien no quiere la cosa en la cancha.

Vio a Jert McPhester apoyado en la fuente, junto a la primera cancha. Jert era su socio en el bufete y la última persona que le apetecía ver, por lo que sintió que debía dirigirse directamente a él y hacer que deseara poder situarse a su misma altura, frente a frente. Pero Jert medía algo más de dos metros y en su día había jugado de ala defensiva en el equipo de la Universidad de Florida, con sus ciento siete kilos. Todo en él era descomunal; incluso su cabeza resultaba monstruosa bajo aquella mata espesa, mullida y rizadísima de pelo rubio. Cuando Duffy se acercaba demasiado a él, no podía evitar sentirse rodeado, porque Jert, más que ponerse de pie, se cernía imponente.

—Jert.

—Duffy.

Observaron el remate en la línea de fondo de un jugador escuchimizado y zurdo, no muy bueno.

—De chiripa —dijo Jert.

Duffy se apartó de su sombra.

—Nunca viene mal un poco —dijo.

—Se ve que nosotros no tuvimos mucha el viernes —dijo Jert.

Jert dio rienda suelta a la súbita risa nerviosa que anunciaba que estaba lo bastante cabreado como para golpear lo primero que se le pusiera a tiro. El viernes Duffy había echado por tierra un caso de latigazo cervical de cien mil dólares. O, al menos, el viernes había sido el día en que el jurado había declarado que su cliente no iba a recibir ni un centavo. Aunque ya se lo veían venir desde hacía más de una semana, nadie acabó de creérselo. Habían llegado a tener a la compañía de seguros entre la espada y la pared, y Duffy, de alguna manera, se las había ingeniado para echarlo todo por tierra. La señora, su cliente, se quedó sentada, estupefacta, incapaz de dirigirle la mirada a causa de la aparatosa lesión que le inmovilizaba el cuello. Los miembros del jurado, por supuesto, habían llegado a la conclusión de que estaba fingiendo.

—No esperaba verte hoy por aquí —dijo Duffy, tratando de cambiar de tema.

—Hace demasiado calor para el golf —dijo Jert—. Además, quería enseñarte algo.

Lo que Jert le estaba enseñando en ese momento era su barriga. Se había levantado la camiseta Banlon de jugar al golf y se estaba mirando la barriga, palpándosela delicadamente con sus gruesos dedos de jugador de fútbol americano. Jert solía mirarse la barriga, como si de verdad se sorprendiera, o incluso se escandalizara, de que le estuviera creciendo. Había sido All-American[2] en su segundo año de carrera, pero en el último no lo había logrado, ni siquiera llegó a All-Conference[3], por el contrario, había sufrido desgarros de menisco y, ahora, el All-American que pudo haber llegado a ser All-Pro[4], empleaba su tiempo libre en pasearse por el campo de golf o en ver crecer su barriga. Ya estaba trece kilos por encima del peso reglamentario. Todo tripa. Aun así, Duffy no podía dejar de estar de acuerdo con su mujer, Tish: Jert era un hijoputa extraordinariamente atractivo. Con sus más de dos metros de altura, podía cargar sin inmutarse con aquellos trece kilos extra de barriga. En una nación de gente por lo general sobrealimentada, solo otro atleta podría percatarse de cómo le colgaba.

Duffy lo observó palparse el estómago.

—¿Cómo va eso por ahí dentro?

El color se propagó por el grueso cuello de Jert.

—Un poco de tripa, lo que tú quieras. —Se la palmeó con falso agrado—. Pero aún puedo patear unos cuantos culos.

Duffy pensó: «A lo que te refieres, fuente de lorzas, es a que te gustaría pateármelo a mí. Y todo por haber perdido el patético cuarenta por ciento de los patéticos cien mil pavos de un patético caso que habría sido pan comido hasta para el estudiante más lerdo de primero de derecho».

—Me alegra verte por aquí —dijo Jert—. Hay que hacer que la sangre bombee, oxigenar un poco el cerebro. El cerebro no tira bien con déficit de oxígeno.

—No negaré que últimamente las cosas se me han ido un poco de las manos —dijo Duffy—. Después de una escapadita con la familia en la autocaravana, volveré con las pilas recargadas.

—¿De verdad te van a acompañar Tish y Felix?

Duffy lo observó en silencio.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Es solo un suponer. Francamente, Duffy, no me extrañaría que Tish te diese boleto.

—Jert, no deberías meter las narices en mi puta vida personal, te lo digo en serio.

—No era más que una observación.

—No me hacen falta tus observaciones.

—¿Cómo lo lleva el pequeño Felix?

—Tengamos la fiesta en paz, Jert.

—Se te ve tan alterado, tan molesto con tu hijo, que me preguntaba…

—Pues no te preguntes nada. Sé cuidar muy bien de mí y de los míos.

—No hay razón para ponerse tan a la defensiva. ¿Te has metido en algo que debería saber?

—Solo en la cama de tu madre.

Una vena se bifurcó en la frente de su socio.

—El día menos pensado te vas a pasar de rosca, Duffy.

Duffy giró sobre sus talones, dio la espalda a Jert y se sacó los guantes de frontón del bolsillo.

—A tomar por culo. He venido a jugar un partido.

—Pues mira, yo he traído a un tío que lo mismo te da cera —dijo Jert.

Su tono de voz fue tan informal y despreocupado que Duffy supo de inmediato que algo bueno y terrible estaba a punto de suceder. Se detuvo bajo el sol ardiente, aún dándole la espalda a Jert. Se quedó quieto enfundándose sus finos guantes de nailon sin acolchado. El acolchado impedía que sintieras la pelota. Se interponía entre el jugador y el partido que se disputaba. Sus manos cobraron vida en cuanto sintió la humedad almizcleña del sudor que impregnaba los guantes, una sensación que siempre le resultaba exquisita y novedosa. Jert se había puesto a su lado. Duffy flexionó los dedos, se sacó la pelota del bolsillo, la botó con fuerza, la cortó con efecto a la altura de la cara, tan rápido que ni se vio, se elevó trazando una parábola por detrás de su hombro izquierdo y fue a alojarse a su otro bolsillo. Tampoco es que fuese un truco para tirar cohetes. Con coordinación, buenos reflejos y muchas horas de

práctica, cualquier malabarista de circo podría haberlo hecho.

—Siempre dispuesto a un partidito —dijo Duffy. Al hablar, sintió una aguda punzada de dolor entre las costillas inferiores del costado derecho. Supuso que debía de haberse desgarrado un músculo aquella mañana con la chica. Después de colarse en el campo de concentración en busca de ayuda, para obtener más resistencia, debió pasarse cerca de hora y media dándole que te pego. No importaba. Apechugaría y seguiría adelante.

Jert le había puesto una mano carnosa en el hombro.

—Anda por ahí atrás, al otro lado del muro. La cancha de allí es mejor, no te dará el sol en los ojos.

Jert estaba tan cotorra que le entraron ganas de vomitar. Duffy llevaba casi dos años sin perder un partido de individuales. De hecho, llevaba sin perder desde que el entrenador de la línea ofensiva de Florida, Tater Medders, murió de un ataque al corazón. Desde entonces había sido el rey indiscutible de las canchas. Así que si Jert (que bien sabía que estaba sufriendo lo indecible por los cuarenta mil dólares que había perdido su firma el viernes) se estaba mostrando tan te pongo la manita en el hombro y tan no queremos que te dé el sol en los ojos, era porque se traía entre manos algo chungo y feo de cojones. Duffy se fijó por primera vez en el público. Alrededor de veinticinco jugadores, sentados o de pie junto a la alta alambrada, miraban algo sin moverse, cualquiera diría que hasta sin parpadear.

3

Duffy dobló la esquina del muro y vio lo que estaban mirando. No cabía duda de que era algo chungo de cojones, pero de feo no tenía un pelo. Llevaba zapatillas de frontón blancas, guantes blancos, shorts blancos, muñequeras blancas y una cinta blanca en la cabeza, todo sobre una piel negro-azulada y unos músculos de asombrosa simetría. Presentaba casi la misma musculatura que Duffy, la misma definición. Casi. Duffy tenía la piel más fina del mundo y unos músculos entrenados y perfeccionados por, entre otras cosas, trayectos en bici de no menos de ochenta kilómetros enfundado de arriba abajo en ropa engomada.

—Mira, Tump, este es el tío del que te hablaba —anunció Jert.

El negro, que llevaba un rato lanzando la pelota suavemente contra el muro, ejecutando pequeños tiros angulares de billar a tres bandas, se detuvo y se acercó a la línea de fondo donde se habían plantado. En la pernera izquierda de los shorts llevaba escrito Philadelphia Eagles. Pero Duffy sabía que ya no jugaba con ellos. Lo habían traspasado a los Miami Dolphins. Los Dolphins habían renunciado a la primera ronda del draft y a una suma jamás divulgada para poder fichar a este hombre, Tump Walker.

—Tump Walker, te presento a Duffy Deeter —dijo Jert—. Duffy, Tump.

—Te he visto en acción —dijo Duffy—. Eres muy bueno, Tump.

—Jert dice que te das maña con el frontón —dijo Tump—. Eso dice.

—Algún partidillo de vez en cuando. —Duffy imprimió a su voz un tono ligeramente cortante y apartó la mirada con mordacidad, mostrándoles la nuca.

—Estoy al tanto —dijo Tump.

—Supongo que podríamos quedarnos aquí de cháchara, al sol, hasta desfallecer —dijo Duffy Deeter.

Ahora sí que se sentía con ganas de camorra. El mero hecho de saber que todo aquello era idea de Jert (aunque aún no supiera qué tramaba), hizo que le zumbase todo el cuerpo. Quería lastimarse, quería que le infligieran dolor, solo para poder rehacerse, solo para poder apechugar y seguir adelante. Duffy era consciente, al menos en parte, del motivo que había llevado a Jert a presentarse allí aquella mañana. Jert era un gran deportista de equipo y se había exprimido como solo pueden hacerlo los deportistas de equipo. Duffy nunca había practicado deportes de equipo y, aun así, a sus cuarenta años, se conservaba esbelto y en buena forma. Podía correr la milla cuatro veces seguidas en cinco-treinta. O descender en rápel trescientos metros por roca escarpada. O lanzarse a unos rápidos sin salvavidas. O pasarse veinte horas bebiendo whisky seco de puré agrio como si nada. Incluso participaba todos los años en el rodeo de Ocala. Montando toros. Tenía entusiasmo, me cago en la puta.

Estuvieron probando las pelotas hasta dar con la más viva (la de Duffy) y acto seguido se pusieron a lanzar a la línea para ver quién servía primero. Los partidos de las veinte canchas restantes se habían interrumpido. Un compacto plantel de jugadores se había alineado junto a la alambrada, silenciosos como si acabaran de salir de misa. Tump dejó claro lo bueno que era al saque. Ni siquiera le hizo falta mirar, se limitó a lanzar la pelota contra la pared del fondo como si la cosa no fuera con él y, aun así, se la colocó a medio centímetro de la línea. Pero Duffy llegó. La sacudió de lleno. Tump sonrió.

—Buen resto, amigo mío —dijo Tump.

Tump ni la vio venir. Duffy la hizo botar en la pared izquierda con tanto efecto que la pelota rechinó, dejó marca, volvió al campo derecho, cruzó luego el izquierdo en diagonal y pilló a Tump desprevenido. Los jugadores de la alambrada profirieron un leve gruñido. Duffy le devolvió a Tump la sonrisa.

—Esa era mi lenta —dijo.

—Ajá —dijo Tump.

Duffy llevaba veintitrés partidos seguidos sin que nadie le arrebatase el servicio. Si llegaba al rebote, sería su primer punto. Pero Tump era mucho mejor de lo que había dado a entender en el primer saque. Devolvió con la zurda un remate a tres bandas y a la

velocidad del rayo fue a situarse en el centro de la cancha, desde donde se valió de su tamaño para dominar el juego y, en la tercera devolución de la volea, le rompió el servicio. A Duffy no le importaba que Tump sacase partido de su tamaño. Todo el mundo juega en el centro de la cancha. Y hay que aprovechar cualquier ventaja que se tenga. Hombros o caderas. Siempre se juega con la desventaja del rival. Pero eso no era exactamente lo que Tump estaba haciendo. Tump iba a por su cabeza. Al devolverle la segunda volea, Duffy supo de golpe a qué estaban jugando; el juego se llamaba «tundir a Duffy». Hacerle daño. La agresividad y la maldad intencionada brotaban de Tump como el calor de una estufa. Aparte del trato que Tump pudiera haber hecho con Jert, Duffy era consciente de que lo que realmente le estaba doliendo a Tump era verse ante el peligro inminente de ser derrotado estrepitosamente por un canijo delante de tanta gente.

Pero aunque se olió lo que estaba a punto de suceder, Duffy no vio venir el mamporrazo. Porque era rápido, Tump Walker era rápido. Manos y pies como colibríes. Se hallaban ambos en el centro de la cancha. Casi pegados, cadera con cadera. Duffy lanzó un globo muy alto y retrocedió a una posición ventajosa para poder devolverlo. Pero Tump ni siquiera esperó a que la pelota rebotara. Lo hizo con el canto de la mano abierta. Debió estar mirando su cabeza en lugar de la pelota, porque le tenía cogida la medida. No le hizo falta ni apuntar. El golpe despegó a Duffy del suelo haciéndolo girar una vez en el aire y otra ya en tierra. Perdió por un momento el conocimiento, todo se volvió negro y se puso a dar vueltas. Pero el instinto y las largas horas de entrenamiento le permitieron ponerse de pie. Se habría puesto de pie incluso si se hubiese roto una pierna, como de hecho le ocurrió una vez en un torneo de kárate.

Más que verlos, sintió los poderosos brazos de Tump a su alrededor, estabilizándolo. La barriga de Jert le presionaba la espalda. Voces balbuceantes. La oscuridad estaba remitiendo, la cabeza empezó a despejársele.

—… siento, hermanito —dijo Tump—. Tío, lo siento de veras.

Duffy se llevó la mano a los labios. Sangre. Sintió algo bajo la lengua. Un diente. Lo escupió. Otro roto en diagonal; al rozarlo le hacía daño en la lengua. Y eso era lo único que podía hacer para no

arrancarle la cabeza a Tump. Pero estaban jugando a algo que tenía sus propias reglas. Estaba clarísimo que no era frontón, pero no por eso dejaba de ser un partido. Y él tenía la intención de disputarlo hasta el final.

—Está bien —dijo—. Son cosas que pasan. Te toca sacar.

—Pero, hermanito, estás sangrando.

—Sé que ha sido un accidente. —Escupió sangre—. Te toca.

—¿Seguro que puedes jugar?

—Puedo.

Pero no tenía la menor intención de jugar. Al menos al frontón. Cuando Tump sacó, Duffy se lanzó a por la pelota extendiendo el cuerpo en paralelo al suelo —a una altura de metro y medio— y ejecutó a la perfección una patada giratoria okinawense con la que fue a dar con el talón derecho en la cabeza de Tump —en la nuca—, al tiempo que devolvía la pelota con un trallazo a tres bandas que Tump habría sido incapaz de devolver aun si no se hubiera desplomado sobre la cancha como una bolsa de ropa húmeda.

De repente se hizo un silencio sepulcral en la cancha. Tump yacía sangrando por la nariz y la boca a causa del topetazo contra el cemento. Además le estaba creciendo un bulto espantoso —visiblemente rojo incluso bajo la piel negra— en la base del cráneo. Duffy se fijó bien en el bulto para evaluar la precisión de la patada y comprobó que no había alcanzado el centro del córtex por apenas medio centímetro. Tomó nota mental de hacer una hora extra de entrenamiento con la tabla Makiwara.

Jert recuperó por fin el habla y entró dando voces en la cancha.

—¡Lo has matado, cabrón sanguinario! ¡Lo has matado!

—Cuando vuelva en sí le dices que ha jugado de lujo —dijo Duffy—, pero que qué pena que no pudiera llegar hasta el final.

Se alejó de sus ojos incrédulos, se subió a la bici y se marchó pedaleando tranquilamente por la avenida de la Universidad. Mientras se distanciaba, pudo oír a Jert proclamar a los cuatro vientos la escoria de ser humano que era. Duffy trató de sonreír. Pero no lo logró del todo. El mundo parecía estar volviéndose un lugar demasiado angosto. La holgura que se precisaba para vivir brillaba por su ausencia. O al menos él era incapaz de dar con ella. Y cuando un hombre no dispone de cierta holgura, puede darse por acabado. Todo lo que había visto del mundo hasta entonces

apuntaba a eso.

Cadáveres para seguir follando. Patear a fulanos en la cabeza para mantener el tipo en la cancha. Tiempos confusos. El caso de latigazo cervical que había perdido no era más que un ejemplo ordinario de su extraordinario estado mental. O, más que mental, existencial.

Pensó en recorrer dieciséis kilómetros a treinta por hora antes de volver a casa, algo que le aterraba porque sabía que los cadáveres para seguir follando, la extraordinaria violencia de su vida y todo lo demás, hundían allí sus raíces, en su casa, con una mujer y un hijo a los que no entendía, con los que era incapaz de convivir. Pensó en el último sofá que había comprado Tish. Un día volvió a casa de la oficina y se encontró con que su mujer había comprado otro sofá, una auténtica monstruosidad de tres metros y medio, enfundado en grueso terciopelo negro. Eso lo sacó irrazonablemente de sus casillas. Su salón, y era un salón enorme, estaba tan atestado de muebles, lámparas y todo tipo de butacas moldeadas y acolchadas, que parecía una sala de exposición.

—Dios santo, Tish —dijo.

—McDougal's estaba de liquidación.

—¿Cuatro sofás? ¡Por el amor de Dios! Vale, uno para mí, otro para ti y otro para el niño. ¿Pero se puede saber para quién es el cuarto?

—McDougal's solo vende cosa buena. Y era una ganga.

Se estaba depilando las cejas frente a un enorme espejo ovalado que había instalado sobre la sólida mesita auxiliar de caoba que tenía delante. Ni siquiera levantó la vista. Él a veces pensaba que acabaría asfixiándose en aquella casa, tan abarrotada como estaba con el botín de sus incursiones diarias en toda clase de tiendas. Se veía ahogándose en un mar de cosas. No recordaba exactamente cuándo había empezado a llenar la casa de aquella manera tan descabellada.

—Necesitas buscarte un hobby, Tish —le dijo—. O puede que hasta un trabajo. Tienes demasiado tiempo libre.

Ella se aproximó un poco más al espejo para examinarse una de sus finas cejas arqueadas.

—He estado pensando en probar con la decoración de interiores.

Lo mismo podría haber dicho que había estado pensando en

probar suerte con la cirugía cerebral. Duffy se precipitó hacia la cocina y se bebió del tirón un litro de leche desnatada mezclada con proteína en polvo y ajo.

Ya había alcanzado los treinta kilómetros por hora. Se apaciguó para dejar que sus piernas se adaptaran al ritmo y se obligó a recordar el fiasco del pleito para no seguir pensando en Tish y en su casa. Siempre había sabido que los juicios con jurado eran contiendas de embusteros. Porque aunque los abogados ignoren la verdad, saben muy bien que la superestructura retórica que arman, la imagen que fuerzan a tomar forma en la sala del tribunal, es una mentira. Una mentira porque el punto de vista de cada bando es diametralmente opuesto, pero los hechos son lo que son. Tal vez no sea demostrable, pero cualquiera con un poco de cerebro lo sabe. Así que el mejor embustero, el mentiroso más convincente, es el que al final se lleva el gato al agua. Joder, Duffy sabía eso de toda la vida. Era la piedra angular sobre la que se sustentaban todas las facultades de derecho de la nación. Ese no había sido el problema en el caso del latigazo cervical. Para nada.

El problema había sido la confusión. La suya. Él estaba más que acostumbrado a que cada testigo contara su versión de la historia. A veces, versiones tan radicalmente opuestas que era imposible que se estuvieran refiriendo al mismo fenómeno. Esa era la realidad de la sala del tribunal. Pero uno siempre tenía la seguridad de que algo había pasado, porque siempre había un cadáver, un edificio incendiado, una firma evidentemente falsificada o, como en este caso, una señora que no podía girar la cabeza. Pero, a medida que el caso fue avanzando —casi nueve días de juicio—, Duffy, por primera vez desde que llevaba ejerciendo la abogacía, fue convenciéndose de que no había pasado nada. De que no había tenido lugar ningún accidente. A medida que los testigos fueron desfilando por el estrado para contar sus historias, sus versiones, las cosas empezaron a difuminarse. La esquina de la calle donde se suponía que había tenido lugar el accidente, una esquina que él mismo se había tomado la molestia de inspeccionar y calibrar personalmente, se esfumó bajo el peso del contrainterrogatorio llevado a cabo por los abogados de la parte demandada y las versiones cruzadas de los testigos. El coche, con su parte trasera chafada, fue lo siguiente en desvanecerse cuando los mecánicos, los

expertos de la policía y los peritos de las aseguradoras concurrieron para declarar cómo debieron de suceder los hechos, si el coche estaba en movimiento o en reposo cuando se produjo el impacto, la fuerza del impacto en sí y la posibilidad de que la parte mellada y abollada del coche no fuese más bien testimonio de un accidente anterior y no hubiese indicios de impactos posteriores. Seguidamente, comparecieron los médicos, y eso fue el tiro de gracia. Lo habían sondeado con sus propios dedos. Pero tenían dedos diferentes y esos dedos diferentes sintieron cosas diferentes. Hicieron radiografías, pero, válgame Dios, los manchones imprecisos que consideraron significativos resultaron incomprensibles para el resto de los asistentes al juicio, porque cada médico los juzgaba significativos por una serie de razones, ninguna de ellas coincidente y todas dirigidas a una conclusión médica distinta. Así que el cuello de la señora fue lo siguiente en desaparecer. Obviamente, no tenía cuello.

Eso acojonó de lo lindo a Duffy. Se pasó todos los recesos haciendo flexiones. Incluso dejó de hablar con su cliente, se limitó a hacer flexiones y abdominales y a dar vueltas haciendo el pino alrededor de la mesa de conferencias donde tendría que haber estado preparando la defensa con la pobre señora que no podía mover el cuello.

El trayecto por Millhopper Road lo serenó un poco y, al volver a tomar la Décima Avenida, ya se sentía bastante mejor. Iba recobrando el aliento, ya sin esprintar, acomodado en el sillín con la espalda recta, pedaleando sin manos a un ritmo suave y relajado. Estaba decidido a no darle más vueltas al caso del latigazo cervical ni al modo en que le había afectado. Qué cojones, a cualquiera se le podía ir un poco la olla de vez en cuando. La cabeza era un lugar extraño. La cabeza de cualquiera. Duffy lo sabía. Se enorgullecía de saberlo. Y cuando se te iba un poco la olla con lo que fuera, había que apechugar. O en caso de no poder apechugar, al menos intentar no preocuparse como un cabrón. Al final todo formaba parte de uno mismo. Eso era lo que enseñaba el budismo zen. ¿Acaso no lo había dicho
Lao-Tse,
siglos antes de que naciera el budismo zen? «Quienes se justifican a sí mismos, jamás convencen». Él no tenía nada que justificar. Y no

pensaba hacerlo. Si el cuello de la señora desaparecía, pues que desapareciese. Si todas aquellas voces contradictorias hacían que la sala se desvaneciera, ya ves tú qué problema. Ya reaparecería. Todo puede suceder. Y ya ha sucedido. Y volverá a hacerlo.

Se bajó de la bici al llegar a su calle y avanzó a pie tirando de ella por el largo acceso circular que conducía a su casa, junto a la piscina cubierta climatizada y su enorme autocaravana, ya cargada y lista para el viaje. A veces, cuando recorría ese camino de acceso, se sentía como si se estuviese dirigiendo al paredón. No siempre, solo a veces. Y aquella mañana era una de esas veces. Sentía que algo se le moría por dentro a cada paso que daba. Pensó que sería por no ser capaz de armonizar con su familia. Nunca alcanzaba un punto de equilibrio que le resultara tolerable. O que les resultara tolerable a ellos, para el caso.

Se dijo que no era cierto. Hubo un tiempo en que vivieron en armonía. El equilibrio estaba ahí. ¿Adónde había ido a parar? ¿Cómo había llegado a distanciarse tanto de…, de…, bueno, a distanciarse tanto de todo? Esa misma mañana, sin ir más lejos, cuando estaba encerrado con Marvella haciendo la cosa más amistosa que pueden hacer dos personas, ella podía haber estado en Europa y él en Tierra del Fuego. En algún momento se había equivocado de camino, había salido de una selva para adentrarse en un desierto. La arena se extendía por todos sus horizontes y se hallaba sin dirección. Pero no dejaba de decirse que, si seguía caminando sin dar su brazo a torcer, acabaría impulsando su vida hacia alguna conclusión.

4

Su hijo estaba sentado delante de la casa, en el césped. Tenía algo en la mano. Duffy supo antes de llegar a su lado que se trataba de una chocolatina. Las once de la mañana de un domingo y el crío zampando chocolatinas. El niño alzó la vista y lo vio llegar por el camino. Alzó una mano blanda y regordeta. No saludó, se limitó a levantar la mano y a dejarla caer lánguidamente en su regazo. A continuación, rasgó un poco más el envoltorio de la chocolatina y le dio otro bocado. Duffy estaba lo bastante cerca para ver qué era. Una Baby Ruth, extra grande, de las de cien gramos. Hizo que se le revolviera el estómago.

—Vente conmigo a la parte de atrás, hijo —dijo Duffy, sin mirarlo, porque no quería volver a ver la chocolatina—. Termínate eso y vente conmigo. Tenemos que meditar un rato.

El crío se levantó como un anciano, lleno de suspiros y gruñidos. Con nueve años y cuarenta kilos, al crío no le sobrarían más de cinco kilos, pero estaba tan sumamente fofo y falto de gracia que parecía pesar lo menos quince kilos más de lo debido. Y, a diferencia de Duffy, nunca se bronceaba. Eso le venía de su madre. Ella era casi una puñetera albina. Bonita, sin duda, pero tenía blanco hasta el coño. Antes de conocerla, Duffy no había visto un coño rubio en su vida, mucho menos uno blanco. Quizá por eso se casó con ella, a menudo lo pensaba. Al ver aquella extraña y asombrosa mata de pelo, tuvo la necesidad de hacerla suya. Él era así. Otra manifestación de su entusiasmo. Bueno, mejor entusiasmo que nada.

Tish estaba sentada en el nuevo sofá del McDougal's, rodeada por una jungla de muebles. Las persianas y las cortinas estaban echadas, tenía la casa herméticamente sellada y el aire acondicionado puesto a todo trapo. Duffy se adentró en la estancia

por el estrecho sendero que se abría entre las sillas, las lámparas y las mesas auxiliares. Notó que se le secaba el sudor de la espalda y el pecho. Se le puso la piel de gallina en los muslos, aún candentes por el trayecto en bici.

—Con el frío que tienes aquí dentro se podría conservar una hamburguesa —dijo.

Ella ni lo miró, parecía que ni respiraba allí sentada con sus shorts morados de quitar el aliento y su blusa transparente de malla. Parecía un anuncio sacado de una de esas deplorables revistas a las que estaba suscrita. Él sabía que aquel peinado tan laborioso con el que había apilado esa mañana su melena plateada hacia lo alto debía de haberle llevado no menos de una hora. Del mismo modo, supo que estaría duro como una piedra gracias a la acción de medio bote de algún espray espantoso. Pasarse toda la santa mañana enredando con su pelo y darle al niño para desayunar una Baby Ruth. En fin, lo bueno con lo malo. Eso era ella. ¿No fue Confucio quien dijo que mejor ser bondadoso que recto? Duffy, sin creérselo y apretando los dientes hasta hacerse daño, se dijo a sí mismo que ella solo era bondadosa.

Tenía una taza de café humeante al alcance de la mano y había empezado a esmaltarse las uñas de un rojo chillón. Sus exquisitos pies metidos en unas zapatillas de andar por casa de suela alta de corcho. Meneó la mano en el aire con indolencia y, al momento, se quedó con la mirada fija en el pulgar durante lo que a Duffy le pareció un tiempo inaceptablemente largo.

—Decía que con el frío que hace aquí dentro se podría conservar una hamburguesa.

Al final ella alzó la cabeza y lo miró, pero, por lo que se tradujo en su rostro, él bien podría haber sido otro mueble que estuviese inspeccionando.

—¿Una hamburguesa? —dijo ella.

—Eso es.

—¿Ahora?

—¿Eh?

—Tendrás que hacértela tú.

—¿Hacerme qué?

—La hamburguesa.

—Sabes muy bien que yo no como esas mierdas grasientas.

—¿Entonces por qué la pides?

—Por Dios.

—No empieces con eso, Duffy.

—¿Con qué?

—Con eso.

—¿Con lo de las hamburguesas?

Ella suspiró y miró al techo.

—¿Se puede saber qué te pasa, Duffy?

Duffy iba a responder, pero se puso también a mirar el techo. Le parecía una buena pregunta. Deseó con toda su alma tener una respuesta.

—¿Vas a estar mucho ahí?

—¿Dónde?

—Haciéndote las uñas.

—Solo hasta que termine.

—Pues date prisa, Tish. —El nombre de su mujer se le desprendió de la boca como un insulto—. Date prisa. Quiero que vengas atrás.

—Ahora no, Duffy. Hoy no.

—Ahora —dijo.

Se dirigió a la cocina, abrió la nevera y sacó una botella con la mezcla que se había preparado en la licuadora esa misma mañana antes de salir. Proteína en polvo de la marca Hoffman, leche desnatada, plátanos, soja, huevos crudos y miel, todo batido con la cantidad justa de germen de trigo para adquirir una textura lo bastante espesa. Se la bebió lentamente hasta no dejar ni gota. Luego volvió al salón, donde Tish seguía tal y como la había dejado.

—Se lo he dicho al niño hace un momento. Ya estará atrás.

—Duffy, esta mañana no tengo el cuerpo para esas historias.

Él mantuvo un tono de voz tranquilo.

—Será cuestión de minutos. No nos llevará más de unos minutos.

—Deja al menos que me haga el pulgar.

Ahora sí lo miró y se quedó quieta con el pincelito de laca posado en el pulgar. Se le agrió la boca como si acabase de probar algo podrido.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Me estampé contra una pared en las canchas.

—¿Es sangre eso que tienes en la camiseta?

—Sí.

—Mírame.

Él la miró.

—Has perdido un diente.

—Sí, se me cayó.

—¿Lo guardaste? Podemos ponerlo debajo de tu almohada. Lo mismo el ratoncito Pérez te trae un poco de sensatez.

—Tish, ¿podrías darte vidilla con eso para que salgamos atrás?

Ella permaneció con el pincelito sobre la uña del pulgar, sin moverse.

—Y te has roto uno. Tienes uno roto ahí delante.

—Tish, o acabas de pintarte esa uña, o con las mismas te doy un bofetón que te avío.

—Eso el día que tengas cojones —dijo ella.

Era cierto que nunca le había pegado, pero no porque no tuviera cojones. Lo que pasaba era que temía matarla. Temía que si le pegaba una vez, ya no fuese capaz de parar.

—Estás feísimo con ese diente así —dijo ella—. Mañana quiero que vayas de cabeza al dentista para que te lo arregle y dejes de estar tan feo.

—Iré al dentista. ¿Pero no crees que ahora podríamos hacer algo juntos con el niño? Está atrás, esperando. A lo mejor esta vez consigues meterte.

—Ve tú. Yo iré en cuanto me termine el pulgar.

A él le hubiera encantado arrancarle el pulgar de un mordisco, pero se limitó a decir con los dientes apretados: «A ver si logras que te lleve menos de una hora».

La casa contaba en la parte de atrás con una terraza de cemento de casi treinta metros. Buena parte quedaba a la sombra por unos vetustos robles de agua. Allí mismo, Duffy había instalado unas esterillas de tatami. Allí era donde ahora estaba sentado el niño, comiéndose otra Baby Ruth de cien gramos. Verlo llevó a Duffy al borde de la desesperación. Pero salió al encuentro de su hijo, se quitó la camiseta y se sentó a su lado en la postura del loto. Felix no podía sentarse en la postura del loto. Le dolía. Y Tish se negaba. Decía que estaba segura de que le afearía las rodillas.

—¿Cuántas de esas te has comido ya esta mañana? —preguntó

Duffy.

—Esta y la de antes.

—¿Desayunaste algo?

—Ajá.

—¿El qué?

—Krinkles.

—¿Qué es Krinkles?

—Cereales. Los hay de chocolate y de fresa. A mamá siempre le pido que pille los de chocolate.

—Te gustan más los de chocolate, ¿a que sí, hijo?

—Son los que traen el coche de carreras más grande —dijo Felix.

Un puto coche de carreras en una puta caja de cereales de chocolate. Él había hecho todo lo que se le había ocurrido para intentar que su hijo fuese más humano, pero no había funcionado.

—Hijo, ¿recuerdas lo que te dije sobre comer dulces, lo que le hace el azúcar a tus dientes y a tu cuerpo?

—Ajá.

—¿Entonces por qué sigues comiendo esas cosas?

El niño miró a Duffy con sus ojos azul claro. Le tendió lo que quedaba de la chocolatina.

—¿Quieres que la tire?

Duffy suspiró. El crío tenía mucho de su madre.

—No es que quiera que la tires, hijo. Lo que quiero es que trates de entender que eso acabará arruinándote el cuerpo. No es bueno.

—¿Entonces no quieres que la tire?

Duffy sintió que una sigilosa furia se apoderaba de su cerebro.

—No, Felix, no quiero que tires la chocolatina. Cómetela.

El niño retiró el envoltorio y se la embutió. Duffy pensó que se iba a pasar toda la vida masticándola. Emitía gemiditos húmedos de placer mientras sus tersas mejillas se afanaban con la chocolatina. Cuando por fin se tragó el último bocado, le dedicó a Duffy una sonrisa lenta, triste y amilanada. Tenía restos de cacahuete, chocolate Baby Ruth y caramelo entre los dientes.

Duffy quería a Felix, sabía que lo quería, pero del mismo modo sabía que no podía aborrecer más aquello en lo que se había convertido. Una puta babosa. Una blanda e inmensa babosa blanca. Bueno, aún era pronto; aún tenía tiempo para recuperarlo. Tenía que lograrlo. Aunque solo fuera por amor propio. No le gustaba

pensar en ello, no le gustaba una mierda pensar en ello, pero tener un hijo así resultaba embarazoso. Un padre no podía tener un hijo así a menos que dicho padre hubiese fracasado. El hijo venía a ser la medida del padre. A Duffy se lo había enseñado su propio padre. Y aunque su padre estuviera un poco desequilibrado, algunos incluso decían que estaba como una regadera (decían que padecía psicosis de combate, pero lo que en realidad querían decir era que estaba como una regadera), no había más que fijarse en lo que su viejo había logrado con él.

La puerta corredera de cristal que daba a la parte de atrás se cerró de golpe y Tish cruzó la terraza haciendo equilibrios sobre sus suelas de corcho. Avanzó agitando la mano derecha en el aire, cada uno o dos pasos fruncía los labios y se soplaba el pulgar. Duffy la observó moverse por la sombra moteada, con lentitud, entre los pequeños charcos de sol, a su ritmo, sin importarle en absoluto haberlo hecho esperar, seguir demorándose. Duffy no podía evitar admirarla, incluso en ese momento. Tenía las piernas largas y bien formadas, los muslos firmes y un culito bien prieto que se movía bajo aquellos pantaloncitos de infarto con un ritmo tan preciso como el de un reloj. Siempre había admirado eso,

tic-tac,

tic-tac,

arriba y abajo, resbalón y deslizamiento. Madre mía, en pelotas era un portento.

Duffy miró cómo se acercaba y se preguntó qué habría sido de aquella chica a la que vio salir del agua hacía ya la tira de años en Crescent Beach, al sur de St. Augustine, el día después de cumplir los veinticuatro. Había ido en coche desde Gainesville, como de costumbre, una costumbre mantenida durante su época de estudiante en la Universidad de Florida y más tarde en la Facultad de Derecho. Crescent Beach era el exhibidor de carne local en los meses cálidos, una playa en la que las bellas jovencitas de la universidad se paseaban por la arena con sus extremidades y sus diversos pliegues lubricados y refulgentes bajo un lustre de aceite para bebés. Mientras tanto, los estudiantes se arremolinaban a su alrededor con los mismos movimientos descerebrados y erráticos con que los insectos giran en torno a las bombillas.

Sin pensarlo, al igual que el resto de los varones, Duffy la había

seguido por la playa. Ella parecía un único músculo extraordinario moviéndose al sol. Su pelo era de no creer.

—Yo…, eh…, tu pelo…, eh…, es de no creer —dijo cuando la alcanzó. Y al momento lo que le pareció de no creer fue haber dicho lo que acababa de decir. Valiente soplapollez.

—Es débil —dijo ella—, muy frágil.

—Eso es justo lo que pensaba —dijo él.

—¿El qué?

—Débil. Frágil.

Se quedó un paso por detrás cuando ella reemprendió la marcha. Tenía la piel tersa, sin imperfecciones, y del color de la leche. Lucía dos hoyuelos en la parte baja de la espalda, justo por encima de la tira del bikini. Devoró aquellos hoyuelos con los ojos hasta que sintió que el corazón se le encabritaba en el pecho.

—Oye, por qué no fingimos que te mueres por conocerme —dijo él, hablándole a su espalda—. Así podrías pensar en algo que decir, porque lo que es a mí no se me ocurren más que chorradas. —Ella lo miró fugazmente por encima del hombro y siguió caminando—. Me llamo Duffy Deeter y soy abogado en Gainesville. Vengo aquí, a Crescent Beach, porque lo llevo haciendo toda la vida, porque es sábado y porque me aburro como una ostra. —Ella siguió avanzando—. Tu pelo me ha dejado flipado. Es bonito, pero es mucho más que eso, es…, bueno, raro.

Esta vez, cuando ella volvió a mirarlo por encima del hombro, sonrió.

—¿Por dónde queda Gainesville?

Al cabo de una semana, la noche del sábado siguiente, tumbada en la cama de él y con el sudor corriéndole entre los pechos, le contó que lo que la llevó a hablar con él fue que le dijera que su pelo era raro. Él no contestó, se quedó mirando el triángulo plateado que brillaba entre sus piernas.

—Nadie había dicho nunca nada así sobre mi pelo —dijo ella.

—Lo más probable es que yo tampoco lo hubiese dicho, pero es que no se me ocurrió otra cosa.

—Hay cosas peores que darse de bruces con la verdad.

—¿Quiere usted la verdad, señora? Pues yo le diré la verdad. Folla usted igual que Genghis Khan entraba en batalla. Esa es la verdad.

Tish esbozó una sonrisita salvaje.

—Yo no quiero que te des de bruces. Pero, eso sí, te quiero encima, debajo, detrás, dentro. Te…, te…

Ella volvió a la carga. Y fue como follar con una ardilla. Se le encaramó por un lado y bajó por el otro. ¡Qué alas tenían en aquellos días! ¡Qué forma de volar!

Al observarla ahora allí, en el patio, con sus pantaloncitos ajustados, intentó recordar en qué momento se había convertido en un desastre sexual con patas. Él ya no era capaz de enardecerla, llevaba mucho tiempo sin poder. Ella ya no parecía tener ganas, y él no se atrevía a preguntarle por qué. Pero, fuera como fuera, follar con ella era lo mismo que zumbarse un trozo de hígado de ternera frío de medio kilo. Peor incluso, porque al menos el hígado no se pondría a decir cada cuatro embestidas: «¿Acabas ya?». Zumba, zumba, zumba, zumba… «¿Acabas ya?» Ni en su ataúd llegaría a estar más tiesa que en la cama.

—Bueno, chicos, ¿habéis tenido una buena charla por aquí? —preguntó Tish con su habitual tono de voz radiante y despreocupado.

—Ajá —gruñó Felix, exhibiendo sus dientes chocolateados.

Tish se sentó.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo.

5

—Recuerda —dijo Duffy, afianzándose aún más en la postura del loto—, la fuerza del zen radica en que no tiene nada que enseñar.

—Va, Duff, ¿tenemos que pasar por esto otra vez? —preguntó ella.

—Sí —dijo él—, porque no se os ha metido en la cabeza.

—Por supuesto que se nos ha metido. ¿A que sí, Felix? ¿A que te acuerdas de cuando papá dijo eso?

—Ajá —dijo Felix, relamiéndose los dientes.

—Sé que os acordáis. Ahora lo que quiero es que se os meta en la cabeza.

—Va, Duff —dijo Tish.

—Va, papá —dijo Felix.

—El zen no es enseñanza —dijo Duffy—. Es visión. Es aceptación. Recordad, ahora estamos pensando en la Unidad, un equilibrio de la naturaleza, tanto de lo humano como de lo no humano, una visión universal de la vida como el Tao o camino natural en que el bien y el mal, lo creativo y lo destructivo, lo sabio y lo necio, son las polaridades inseparables de la existencia. Recordad, el Tao es aquello de lo que uno no puede apartarse. Aquello de lo que uno sí puede apartarse no es el Tao.

—¡Jesús! —suspiró Tish.

Duffy tenía los ojos medio cerrados para que apenas se filtrase la luz entre sus pestañas y pudiera así concentrarse en lo que estaba diciendo, tanto a sí mismo como a ellos. Porque, incluso mientras hablaba, sentía el traqueteo de la bicicleta en los gemelos y los dientes de la chica en sus poderosos hombros, y detrás de sus ojos semicerrados parpadeaban implacables las imágenes de mortandad. Eso fue lo que lo condujo al zen en un principio, el esfuerzo por hallar un contrapunto para su compulsión de competir consigo mismo, una compulsión que convertía cada aptitud y habilidad en

un maratón de autodisciplina.

Pero no podía explicarles lo que era el zen, y mucho menos por qué se dedicaba a ello, por qué sabía que el zen era el reverso de sí mismo.

—¡Jesús! —suspiró de nuevo Tish.

—Hacemos unos cuantos koans y lo dejamos —dijo Duffy.

—Vale. Venga —dijo Tish.

Duffy la miró con odio amoroso y dijo: «Cuando tengas el espíritu elevado, potencia tu espíritu. La carencia de estilo también es una suerte de estilo».

Tish frunció el entrecejo, resquebrajando su quebradizo rostro de alabastro.

—¿La carencia de estilo también es una suerte de estilo?

—Cierto —dijo Duffy, con el corazón henchido de felicidad—. Y ahora uno que guarda una bonita historia.

—Y vamos a tener que tragarnos la historia, ¿no? —dijo Tish.

—Cho y Hu fueron dos hombres de la antigua China, célebres por su integridad —dijo Duffy—. Cuando el emperador Ya, quien, por cierto, vivió dos mil trescientos cincuenta y siete años antes que ese Jesús al que tanto te gusta mentar, bueno, pues cuando el emperador Ya le ofreció el trono a Hu, el anciano se apresuró a restregarse las orejas en un riachuelo, para limpiárselas. Cho, al enterarse, llevó a su buey río arriba para evitar que bebiera del agua en la que Hu se había lavado las orejas. A esta historia le debemos uno de los koans más famosos.

A sus palabras les siguió un largo silencio. El bosque del mediodía bullía en torno a ellos. Felix se succionó los dientes.

—¿Y es? —dijo Tish.

—Cho abreva a su buey, Hu se lava las orejas —dijo Duffy.

El rostro de Tish, que había estado mostrando su irritación a las claras, se quedó de pronto vacío, casi perplejo.

—¿Cho abreva a su buey? —dijo—. ¿Hu se lava las orejas?

—Eso es —dijo Duffy—. Cho abreva a su buey, Hu se lava las orejas. Hay que reflexionar sobre ello. Meditarlo. Por ahí, en algún lugar, está el meollo de todo conocimiento.

—Duffy Deeter —dijo Tish con voz tranquila y letal. Se había puesto de pie y lo miraba desde arriba, con aquellas hermosas piernazas que confluían en aquel inútil matojo de pelo blanco—.

¿Me haces salir aquí fuera para contarme esa mamarrachada y hacerme perder el tiempo? ¿Cho abreva a su puñetero buey y Hu se lava las putas orejas?

Duffy sonreía. Se le estaba hinchando el pecho.

—No me lo he inventado yo —dijo—. Es más antiguo que Roma. Ya era antiguo cuando le quitaron los clavos a Cristo.

Tish se había puesto colorada y parecía estar temblando. Pero fue incapaz de hablar. Se dio media vuelta y volvió a dirigirse a la casa con paso firme. Duffy se quedó mirándola, pensando que si lograra inocular un poco de esa misma pasión en su sangre cuando estaba en la cama, probablemente dejaría de ser un polvo tan lamentable.

—¿Puedo irme ya?

Duffy se volvió y vio que su hijo le estaba sonriendo con timidez y tristeza. Felix se había limpiado los dientes bastante bien, pero los pequeños huecos triangulares de sus encías seguían impregnados de azúcar refinado, chocolate, cacahuetes rancios y pegotes de caramelo.

—No, hijo, no puedes —dijo Duffy Deeter.

—¿No? —dijo el niño.

—No —dijo Duffy.

—¿Vas a contarme más cosas de esas? ¿Sobre lavarle las orejas al buey?

—Es el hombre el que se lava las orejas —dijo Duffy—. El buey solo se bebió el agua.

—¿Vas a seguir contándome cosas?

—No —dijo Duffy—. Eso ya está. Ahora vas a subir conmigo a la sala de pesas y vamos a entrenar un poco.

—¿A entrenar yo? —dijo el niño.

—Eso es.

—¿Con las pesas?

—Sí.

—¿Como tú?

—Sí.

—¿Por qué?

Duffy quiso decir: «Porque tienes los dientes llenos de Baby Ruth». Pero se calló. El niño ya había estado allí arriba y había visto a su padre hacer pesas. Y Duffy sabía que al niño le aterrorizaba

aquella sala: el sudor, los gruñidos, las bruscas explosiones de aliento.

—A todo hombre le llega, hijo —dijo Duffy.

—¿Le llega el qué? —preguntó Felix.

—El momento, hijo. Le llega el momento. Vamos.

Felix se puso de pie con torpeza y siguió a Duffy alrededor de la casa y por el tramo curvo de escalones metálicos hasta la sala construida sobre el garaje. Las cuatro paredes, el techo y el suelo, eran de madera de ciprés. Disponía de aire acondicionado y no tenía ventanas. En un extremo había una barra de bar. También era de madera de ciprés y estaba abarrotada de cuencos llenos de manzanas, naranjas, zanahorias, peras, mangos y ajos. (Duffy Deeter era un consumidor asiduo y voraz de ajos porque estaba convencido de que eran uno de los alimentos más fortalecedores del mundo). En medio de la barra había una licuadora de casi ochenta centímetros de alto, una máquina diseñada para convertir cualquier cosa en zumo.

Dominando la sala, instalada justo en el centro, estaba la Universal, una máquina de dos metros y medio de largo por metro veinte de ancho, compuesta de poleas, placas de acero y barras cromadas. Con ella podías aislar cualquier músculo y trabajarlo hasta la extenuación.

Duffy se quitó las zapatillas. Le gustaba entrenar descalzo. Se giró hacia su hijo, que en lugar de entrar en la habitación se había quedado parado en el vano de la puerta y miraba severamente a su padre con sus ojos azul desteñido.

—Cierra la puerta y quítate la camiseta, hijo —dijo Duffy—. Y los pantalones.

El niño se sonrojó, lo que hizo que Duffy quisiera soltarle un guantazo.

—¿Los pantalones?

—No se puede entrenar con esa ropa tan ajustada —dijo Duffy.

Felix andaba siempre constreñido y sin aliento por culpa del cinturón que le seccionaba su pequeño triponcio, sus prominentes muslos estaban tensos y fruncidos, y sus nalgas rollizas siempre andaban masticándole con avidez los pantalones.

El niño seguía sin moverse.

—Tendré que bajar a por el bañador —dijo.

—En calzoncillos vas que chutas —dijo Duffy—. Venga, cierra la puerta y desnúdate.

Duffy sabía que si dejaba salir al niño, iría derechito a su madre. Ella le tenía prohibidísimo que dejara a Felix acercarse a la Universal. Decía que esa máquina lo convertiría en un niño duro y grumoso, y que ya era bastante penoso tener un marido duro y grumoso. Lo habían discutido una y otra vez desde que el niño empezó a roncar justo después de cumplir los tres años.

—Si hiciera ejercicio, no roncaría. Le ayudaría a respirar —le había dicho Duffy—, salir a correr, un ratito de pesas, esas cosas.

—No es más que un bebé, Duffy.

—Ronca y tiene sobrepeso. Tengo que ponerle una tabla.

—Ni se te ocurra.

—Entonces pónsela tú, me cago en la puta. Lo mismo me da, siempre y cuando la cumpla.

No fue casualidad que ella le pareciera un único músculo refulgente el día que la conoció en Crescent Beach. Era una atleta extraordinaria, una gimnasta, y fue al verla entrenar en las barras asimétricas cuando se percató de que la amaba, de que quería casarse con ella. ¿Acaso no era igual de sencillo enamorarse de una buena reserva genética que de una mala? Por supuesto que sí. Y, siendo ella una atleta, transmitiría a sus hijos el entusiasmo por el sudor y el dolor. Pero no fue así. Aunque ella mantenía su rutina de aeróbic, baile y ejercicios en la barra de equilibrio, trataba a Felix como a una mascota exótica y delicada. Eso enfurecía a Duffy cada vez que se paraba a pensarlo. Y ahora lo estaba pensando.

Felix se había quedado por fin en calzoncillos y Duffy, que lo había visto en porretas prácticamente todos los días de su vida, brincando torpe y alegremente por la casa, lo miró en ese momento como lo había mirado siempre. De la misma forma en que Jert se miraba la tripa. Con asombro e incredulidad. Felix estaba enteramente compuesto de curvas. No había ni una sola línea o ángulo recto en todo su cuerpo. Y la carne parecía falta de sustancia, como si no albergara huesos. El niño se acercó a la Universal, su panza de ombligo insondable se bamboleaba al caminar y el culo le rapiñaba vorazmente los calzoncillos Jockey.

—¿Cuánto tengo que hacer? —preguntó Felix.

—Todo, hijo —dijo Duffy—. Tienes que hacerlo todo.

Se quedaron mirando la máquina.

—Parece mucho —dijo Felix.

—Es mucho —dijo Duffy—. Te lo repaso rápido para que te hagas una idea de lo que vas a hacer. —Contempló a su hijo, que se estaba hurgando la boca con el dedo. Duffy señaló los diversos asientos y bancos dispuestos alrededor de la Universal—. Hijo, tienes delante las catorce estaciones del hombre. De hecho, hay un hombre metido en esta máquina. ¡Mírala! ¡Mírala fijamente, Felix! Está ahí dentro. Enterrado entre todos estos cables, placas de acero, bancos, poleas y barras, hay un hombre. Y te está mirando. ¡Devuélvele la mirada, hijo! Míralo fijamente a los ojos. Es quien tú quieras que sea. Tiene el pecho que tú quieras que tenga, los brazos y las piernas que tú quieras. Ese hombre está ahí, enterrado entre todo ese metal, ¡y quiere salir! ¡Quiere salir y ser tú! —Hizo una pausa, y luego añadió—: Túmbate ahí bocarriba, Felix. Bocarriba, hijo.

Felix se dejó caer fatídicamente sobre el banco. Duffy ajustó los cables a siete kilos.

—¡Doce repeticiones!

Felix tiró.

—¡Respira! ¡Respira! —gritó tan fuerte que al niño le apareció un lagrimón en la temblorosa mejilla. Duffy fingió no verlo. Cuando Felix acabó sus doce repeticiones, Duffy volvió a ajustar los cables, esta vez hasta ciento cuarenta kilos. No dejó de hablar mientras bombeaba—. A ti no te lo vamos a subir mucho. —Uno, dos—. Pero harás muchas repeticiones. —Tres, cuatro—. Pasaremos por cada estación de la máquina. —Cinco, seis—. Tres series. —Siete, ocho—. Mañana estarás hecho mierda. —Nueve—. Pero ese es… —Dieeeeeeezzzz—… el precio.

Con infinita tristeza, Felix se dejó caer en el banco cuando su padre se lo cedió. Duffy ajustó el peso y Felix volvió a tirar, con Duffy gritándole: «¡Respira! ¡Respira!». Después de tres series en el press de banca, pasaron a la barra para el tren superior y de ahí al press militar, luego al remo vertical y así, sucesivamente, fueron dando la vuelta a la máquina. La piel de Felix se fue poniendo cada vez más sonrosada y sus ojos más y más turbios. Duffy estaba frenético. No dejaba de pensar: «Me cago en la puta, es conmigo con el que estoy trabajando, es mi carne, mis huesos y mi sangre. Es

mi pequeño yo. Yo estoy dentro de él. Y por mis huevos que acabaré saliendo».

Duffy hizo que la sesión durara una hora exacta. Luego condujo a su tembloroso hijo hasta el bar, echó en la licuadora quince zanahorias, dos mangos, cinco naranjas, dos manzanas y seis dientes enormes de ajo, apretó un botón y, casi al instante, tuvo un vaso alto lleno de un líquido espeso y ligeramente verdoso.

—Dale un buen trago a esto, Felix. Lo has hecho bien, muy bien. Un buen trago de esto te resucitará.

Los ojos vidriosos del niño ni siquiera se fijaron en el vaso cuando se lo puso en la mano. Lo levantó mecánicamente hacia su boca hinchada y jadeante y bebió. Acto seguido, disparó un chorro de vómito sobre Duffy.

—¿Pero qué cojones…, qué cojones…?

Duffy se volvió para ver a Tish, rígida y gritando, en la puerta. El vómito era una mezcla de zumo ligeramente verdoso y chocolatina Baby Ruth mal masticada y sin digerir. Olía a perros muertos.

—Cabronazo demente, has reventado a mi niño.

Felix se dirigió tambaleante hacia su madre y se quedó exhausto junto a ella. Duffy se quitó la camiseta y la tiró al suelo.

—Solo ha vomitado, Tish. No es el fin del mundo.

—Juro por Dios que te lo va a parecer —gritó Tish. Había enterrado una mano en su cuidadoso peinado, como si quisiera arrancárselo de cuajo.

—¿Significa eso que no te vienes de vacaciones conmigo en la Winnebago?

—¿Tú qué crees?

—En realidad, hace tiempo que pienso que nunca has querido venir.

—Lo que quiero es ver a un abogado. Hijo de puta, dentro de seis semanas no tendrás ni la Winnebago. ¡Mira lo que le has hecho al niño! ¿Qué le has hecho?

Duffy miró a su hijo, cuya lengua rosada palpitaba entre sus labios entreabiertos.

—Cambiarlo un poco, espero —dijo Duffy.

—Te has pasado de la raya —dijo Tish. Se había retirado la mano del pelo y ahora su voz era sosegada, distante, gélida—. Al

final te has pasado.

—¿Y tú qué, Felix? ¿Te vienes conmigo?

El niño se arrimó más a su madre y no dijo ni pío.

—Ahí lo tienes —dijo Tish con cierta satisfacción—. ¿Te sirve eso como respuesta?

Felix observó a Duffy con ojos inseguros durante unos segundos antes de que su madre lo cogiera de la mano y se lo llevara de la sala de pesas. Cuando se fueron, Duffy dijo en voz baja: «Sí, me sirve como respuesta».

Ya era bien entrada la tarde cuando Duffy se marchó en la Winnebago. Emprendió el camino de acceso riéndose, pero, antes de llegar a la calzada, una inmensa ola de angustia inconsciente se abatió sobre él y transformó la risa en otra cosa. Cualquiera que lo hubiese escuchado mientras conducía por las calles oscuras habría sido incapaz de distinguir si el sonido que emitía era de alegría o de desesperación. Ni él mismo lo sabía. Claro que, en aquel momento, lo que sabía del mundo hacía que todo se la trajera completamente al pairo, de hecho, le parecía lo más adecuado.

6

Duffy estaba en la pista con un cronómetro en la mano. Era una vieja pista de ceniza situada detrás de una escuela rural en ruinas. Unos chavales negros jugaban al baloncesto en una cancha de cemento y sus voces le llegaban desde la tierra apisonada del patio del recreo, teñida de rojo por los últimos rayos del sol.

Ahora hacía más fresco y Duffy se sintió fuerte al agacharse para estirar los isquiotibiales. Era una pista de cuatrocientos metros y ya había dado un par de vueltas lentas para calentar. Era el momento de hacerlo. Se acabaron las tonterías. Volvió a consultar el cronómetro. Quería correr la milla en cuatro y medio y no estaba muy seguro de si iba a poder hacerlo. Pero lo sabría enseguida. Y esa era la cuestión, obtener una respuesta, una respuesta indiscutible. Se colocó en la línea de salida y, al dar la primera zancada, pulsó el botón del cronómetro con el pulgar. Cuando tomó la curva más próxima a la cancha de baloncesto, los chavales dejaron de jugar para mirarlo.

—¡Eh! ¡Mirad cómo corre el viejales!

—¡Ya te digo, tío!

Sus voces agudas y excitadas le hicieron sentir bien. Se concentró en relajarse y conservar la figura. Se alegraba de estar corriendo. Lo que ocurriera después ya se solucionaría solo. Pero ahora lo que había que hacer era precisamente lo que estaba haciendo.

Al salir de su casa, bramó, rio y aulló durante casi media hora, y, cuando se quiso dar cuenta, ya había dejado atrás la ciudad por la autopista 20 y no tenía ni repajolera idea de adónde iba. Tampoco es que tuviera muy claro si quería ir a alguna parte. Pero el querer o no querer era lo de menos. Tenía que ir a alguna parte. En el salpicadero de la Winnebago estaba la carpeta con las reservas: el hotel de Miami, los billetes de avión a Kingston, el hotel

de Jamaica. Pero todo eso ya estaba cancelado. Y ni tan mal. A saber cómo habría logrado sobrevivir a dos semanas en compañía, más o menos constante, de una familia que llevaba ya mucho tiempo supurando como una llaga infectada para la que no había remedio. En fin, ya no tenía que preocuparse por las vacaciones. Ese puente estaba quemado.

Siguió conduciendo como si nada, pero cada vez era más consciente de que algo iba mal. Se estaba hundiendo. Sentía una fuga en su interior, como un neumático que se estuviera deshinchando. Intentó adivinar la causa. No podía ser lo de Tish. Eso se veía venir desde hacía tantísimo tiempo que, en el fondo, se sentía aliviado de que por fin hubiese acabado. ¡Claro que tampoco podía estar seguro de que hubiese acabado! Ya habían tenido peleas antes. Tal vez esta última solo fuese una más de una larga serie que duraría para siempre. Le dio por pensar que echaba de menos a su hijo, pero era lo bastante honesto consigo mismo como para reconocer que eso tampoco estaba tan claro. El niño le revolvía las tripas, al menos en ocasiones. ¿Se podía querer a alguien que te revolvía las tripas permanentemente? La respuesta era fácil: sin duda. La repulsión se antojaba una parte indispensable del amor. La idea le hizo sentirse algo más tranquilo. Todo tendría que acabar resolviéndose solo.

A la altura de la pequeña localidad de Hawthorne se puso a pegar voces: «¡Ponlos a todos en su sitio! ¡Me cago en la puta, hijo, ni lo dudes! ¡Sargento, haz que formen filas, humíllalos y que se enteren de lo que vale un peine!».

Pero su voz llegó a sus oídos hueca y vencida. Por Dios, tenía que controlar eso, dominar lo que quiera que fuese aquel sentimiento. Su cabeza, de alguna manera, le había fallado, había emprendido el camino equivocado. De nada le valía excusarse solo por haberse despertado esa mañana pensando en el extraño giro de los acontecimientos que le había hecho perder el caso del latigazo cervical, y que a eso le hubiese seguido un día irremediablemente nefasto. Y tampoco ayudaba pensar que tal vez también había sido un día irremediablemente afortunado, pero que él no era lo bastante humano como para reconocerlo.

Justo cuando estaba pensando que aquella interminable especulación no serviría de nada, vio por la ventanilla lateral un par

de porterías combadas y, al otro lado de las porterías, un campo de entrenamiento hecho polvo y, más allá, una pista de ceniza de cuatrocientos metros. Giró la Winnebago hacia el arcén y, antes incluso de detenerla, se puso a tantear por detrás del asiento en busca de la bolsa Nike en la que llevaba sus zapatillas de suela plana para medio fondo, los pantalones de correr, la camiseta de tirantes y, por último, el cronómetro.

El cronómetro. Se sintió mejor nada más tocarlo. Para él era una especie de metáfora de todo lo limpio, lúcido y, en última instancia, comprensible. Por eso le gustaban los deportes. Los deportes se fundaban en un sistema de medición que nunca mentía. Si un hombre afirmaba que podía levantar doscientos kilos, no tenías más que tumbarlo en un banco. O podía hacerlo o no podía. Y si alguien decía que podía correr las cuarenta yardas en cuatro-cuatro, no tenías más que cronometrarlo. A un cronómetro no se la cuelas.

Pero a todo lo demás, sí. A todo. La imagen del padre de Tish emergió flotando de la pista de ceniza y trató de considerarla en abstracto para alejar de su mente la marca de cuatro-treinta que estaba empezando a quemarle los pulmones. Edward Martin, el Manos, era un hombre gordo pero macizo, con un rostro rubicundo y sonriente y unos modales endiabladamente exuberantes que a veces —al parecer de Duffy— rozaban la histeria.

—¡El Manos! —le gritó a Duffy cuando Tish los presentó al poco de conocerla en Crescent Beach—. ¡Llámame el Manos, sin más!

—Es un placer conocerlo, señor Martin —dijo Duffy—. Le estaba comentando a Tish…

—¡He dicho que me llames el Manos! —exclamó el padre de Tish. Extendió las manos para que Duffy pudiera inspeccionarlas—. ¡Mira estas nenas!

Eran unas manos enormes, con el dorso espolvoreado de pecas y gruesos pelos rojos, y Duffy se exprimió los sesos en busca de algo que decir al respecto, pero al final resultó que no hizo falta que dijese nada porque estaban en el apartamento que la familia Martin tenía en St. Augustine Beach para pasar las vacaciones y, de repente, el Manos se dio la vuelta hacia el amplio ventanal y se puso a contemplar a los niños que jugaban en las olas de la playa. «¡Agua!», exclamó. «¡Haz el favor de mirar eso! El océano. Te levanta el ánimo cuando todo lo demás falla. ¿No crees?»

Lo que Duffy creía era que no tenía que haber ido a conocer a aquel hombre, que debería estar de vuelta en Gainesville, tumbado en su cama de agua, montando a Tish como quien monta un camión. El Manos se peinaba con esmero, llevaba un traje informal de poliéster con colores a juego, complementado con un cinturón y unos zapatos blancos, el tipo de indumentaria que los abogados favorecían y que Duffy detestaba. Pero no le quedó más remedio que ir. El Manos era el padre de Tish y Duffy tenía que conocerlo. Aunque no tenía por qué gustarle.

—Es muy agradable, eh…, Manos —dijo Duffy.

El Manos se giró hacia él, su voz se tornó mortalmente seria.

—Es mucho mejor que eso. Es la vida. Y la vida es mi negocio.

Sacó una pequeña tarjeta de visita y se la entregó a Duffy. Duffy la miró. EDWARD EL MANOS MARTIN ENCANTADO DE VERLE LA ESPALDA. Debajo figuraba el dibujo curvo de una columna vertebral. Cuando alzó la vista, vio que el padre de Tish había vuelto a extender las palmas de las manos para que las inspeccionara.

—Hay vida en estas manos. Curan a los enfermos. Hacen caminar a los cojos. ¿Hablamos de artritis, bursitis, pies planos, dolores de oído, dolores de muelas, dolores de la región lumbar, mareos o náuseas? Todo está en la columna vertebral. ¿Te han manipulado alguna vez la columna vertebral?

—Sí, señor, alguna vez —dijo Duffy. Estaba mintiendo, pero mentir le pareció un precio barato si con ello podía evitar que el señor Martin lo tirara al suelo y se pusiera a manipularle la columna allí mismo, una posibilidad que parecía bastante factible.

—Bien —dijo el Manos—. Eso demuestra que eres un hombre sensato. Me gustan los hombres sensatos.

Una vez dicho esto, salieron a tomar cócteles a la terraza, cócteles de zumo de zanahoria y ron dulce. Extraordinario. Y, mientras apuraban las bebidas, el Manos le habló a Duffy de la madre de Tish, que se había quedado en Connecticut porque no podía librar en su escuela, una escuela concebida por ella misma en la que todo el plan de estudios se basaba en la elasticidad.

—Ni te imaginas lo que es capaz de hacer esa mujer —dijo el Manos, reponiendo sus bebidas con una jarra que trajo de la cocina —. Cuarenta y ocho años y todavía es capaz de cruzarse los pies en la nuca, los dos pies, ¿cómo te quedas?

Duffy miró a Tish y se preguntó si ella también podría cruzarse los pies en la nuca. Tish se limitó a sonreír y a asentir de un modo cautivador mientras su padre siguió disertando sobre los huesos durante la cena, incluso cuando Duffy se dio cuenta de que cada pieza de la cubertería de plata tenía grabada la imagen de una columna vertebral.

—La columna vertebral ha sido mi vida —dijo el Manos—. Un dispositivo asombroso. La pieza central de todo el cuerpo, confeccionada con unos huesos planos de diseño extraño a los que llamamos vértebras, cada vértebra separada por unos cojines a los que llamamos discos. ¿Sabes lo que yo digo que es, Duffy? ¿La columna?

—No, señor, no lo sé —dijo Duffy.

—El Buda del que fluye toda la bondad y la misericordia, porque abraza estrechamente nuestro núcleo, el cordón central y esencial de la vida.

—Extraordinario —dijo Duffy.

—Extraordinario, ya lo creo que sí. Pero eso no es ni la mitad. Deja que te ponga al corriente.

El Manos puso a Duffy al corriente de que, probablemente, tuviese doscientos seis huesos. Aunque puede que fuesen doscientos nueve. La gente sana, a veces, contaba con una costilla adicional. Puede que incluso dos. Cerca del cuello. También podía ser que tuviese uno o dos huesos extra en el coxis. ¿Sabía Duffy que su esqueleto, en conjunto, no pesaría más de nueve kilos, pero que su tibia por sí sola podía soportar el peso de un automóvil con cuatro pasajeros? Duffy lo ignoraba. Pero era cierto. Se debía a que los huesos eran muy flexibles, veinte veces más resistentes que el acero. Si se parecieran más al metal, se quebrarían mucho más fácilmente. Pero por suerte no se parecían al metal en nada.

—Aunque solo fuese por eso, deberíamos estar agradecidos —dijo Duffy.

—Y tanto que deberíamos —dijo el Manos sin ni siquiera parpadear ante el sarcasmo de Duffy—. Y tanto.

El Manos se trinchó otra tajada chorreante de la pata de cordero y Duffy se preguntó si sabría que dos kilos adicionales en la tripa ejercían una presión suplementaria de veintidós kilos sobre la espalda, sobre la columna vertebral de la que tanto le gustaba

hablar. Pero, por supuesto, lo sabría. Los dolores de espalda de las embarazadas no eran ningún secreto. Aquello no eran más que paparruchas, las paparruchas que el Manos soltaba para lucirse y causar la admiración de cualquiera que se las tragara. El saber no tenía nada que ver en aquel asunto.

Con saber, como con pensar, no se ganaba nada. Esa certeza proporcionó un enorme consuelo y una inyección de potencia a Duffy mientras se esforzaba por mantener el ritmo en la pista de atletismo, los chavales negros de la cancha de baloncesto gritaban y le animaban cada vez que pasaba junto a ellos. No, no tenía fe en el pensamiento. Pensar te mantenía siempre en el mismo sitio. Con el pensamiento no podías escaparte de una cámara de gas ni atravesar una alambrada de púas. Lo que importa es el acto.

—Lo que importa es el acto —había jadeado más tarde aquella noche, presionando la boca contra la oreja de Tish.

—Oh, sí, oooohhhh, Dios, sí —voceó Tish despatarrada, mientras él la empotraba bajo el oscuro muro del castillo.

—No, no, no es eso —dijo él, sin alterar el ritmo de la cabalgada —. No lo entiendes. Pero lo entenderás. Yo te lo haré entender.

—Házmelo. Sí. Házmelo, cielo.

Tras despedirse de su padre, Tish y él pasearon por St. Augustine Beach hasta el enorme fuerte español, el castillo de San Marcos, donde se tumbaron en la hierba oscura con el oleaje retumbando a sus espaldas y él pudo comprobar que, en efecto, ella era capaz de cruzarse los pies en la nuca.

—Osceola —dijo él, respirando fuerte—. Osceola, el gran jefe de los seminolas, atravesó con su cuchillo el tratado de rendición. Ahí tienes un acto, el acto.

—Sí —dijo Tish—. Dios, sí, lo que importa es el acto.

Con la respiración jadeante en contrapunto a lo que iba diciendo, Duffy prosiguió: «Osceola les dijo que su cuchillo era su respuesta al tratado de rendición».

—Rendición —dijo ella, la voz distante, perdida ahora, él lo supo, al momento y en sus propias carnes—. Rendición.

—Pero al final lo apresaron bajo una bandera de tregua y lo encerraron aquí, en este fuerte, para el resto de sus días. Pero siempre conservó el recuerdo de su cuchillo.

—Su cuchillo —dijo ella.

—Su cuchillo —dijo él—, el momento, el acto.

Tomó la curva junto a la cancha de baloncesto y se enfrentó a la recta final de cien metros. Los chavales estaban a pie de pista, vitoreándole.

—¡Vuela, colega, vuela! —vociferó uno de ellos.

—¡Métele caña, métele caña, reviéntalo!

—¡Dale, dale, tú puedes, tú sí que puedes!

Al pasar frente a ellos a pleno pulmón, Duffy se concentró en mantener la cabeza firme, conservando la figura, sin perder comba en ningún momento. Presionó el botón del cronómetro al cruzar como un rayo la línea de meta. Siguió trotando otros doscientos metros antes de volver andando a la Winnebago. Una vez repuesto, con la respiración ya normalizada, consultó el cronómetro. No había llegado a los cuatro-treinta. Se había quedado a once segundos de los cinco minutos. Pero ni le sorprendió ni se sintió decepcionado. Era una respuesta sólida a una pregunta sólida, y con eso bastaba. Después de todo, había sido un día muy largo. Al final se había quedado en tablas, ningún subidón. La milla en cuatro-cuarenta y nueve no era una mala marca, mucho menos para un hombre de su edad. Simplemente no era la marca que quería, la marca que sabía que era capaz de igualar. Tendría que volver a los entrenamientos fraccionados y a trabajar más el esprint.

Al abrir la puerta y entrar en la Winnebago, ya se sentía mejor de como se había sentido en todo el día. Volvió a meter el cronómetro en la bolsa Nike, se quitó los shorts y la camiseta y los lanzó al cesto de la ropa sucia. De camino a la ducha, se detuvo en el corto pasillo que unía el compartimento del conductor con el dormitorio principal. Las largas estanterías que cubrían las paredes del pasillo estaban protegidas por una rejilla metálica para que los libros no se cayeran en los frenazos y los giros bruscos. No le gustaba alejarse mucho de sus libros. Eran —los mejores, al menos — esfuerzos por entender el mundo, por nombrar el abismo, batirse con él y, a la vez, evitar las gilipolleces.

Su mirada se paseó por la balda de casi un metro de poesía y fue a detenerse en un libro de Leonard Cohen: *Flores para Hitler*. Se acordaba de que incluía un poema titulado «Goebbels abandona su novela y se une al partido». Habría releído ese libro unas mil veces, pero, por mucho empeño que pusiera, era incapaz de recordar nada

más. Pensó que, en condiciones normales, se acordaría. También había leído *Los hermosos vencidos*, la novela de Leonard Cohen. Pero de esa solo recordaba el título. Se quedó un rato mirando el lomo del poemario. ¿Qué hacía un judío escribiendo algo con Hitler en el título? Y encima flores para Hitler. Tal vez fuera porque Leonard Cohen era un vencido. Un hermoso vencido. Tal vez porque los vencidos son los vencedores. Había que tener en cuenta que la obra de un gran escritor a menudo resultaba diametralmente opuesta en estilo y contenido a la de otro gran escritor. Extraño, muy extraño. Pero Hitler estaba muerto. Y lo último que había sabido de Leonard Cohen era que estaba cantando en la radio.

En la balda de debajo de la poesía buscó una novela para leer esa noche en Crescent Beach, porque en la pista había decidido que Crescent Beach iba a ser donde acamparía hasta el día siguiente, cuando regresara a Gainesville para sacar del banco dinero suficiente para alejarse todo lo que necesitara del bufete y de Jert, de su mujer y de Marvella, dinero suficiente para ausentarse todo el tiempo que le hiciera falta. Abrió la rejilla y sacó uno de sus libros favoritos, *El poder y la gloria*, de Graham Greene. Supo que era el libro que le hacía falta porque, nada más verlo, lo recordó tan vívidamente como recordaba a su padre, muerto hacía ya unos años. Recordaba al protagonista, un cura seriamente averiado, un maravilloso cura católico alcoholizado y con un hijo ilegítimo que, no obstante, continúa ejerciendo de siervo de Dios en el mundo. El tipo no solo cree ser el siervo de Dios, o no solo está convencido de serlo, sino que, además, actúa conforme a esa creencia y ese convencimiento para administrar la extremaunción, a pesar de que, en la época y el lugar donde se desarrolla la historia, el catolicismo ha sido prohibido. Y la pena por administrar la extremaunción es la muerte. Pero con todo lo imperfecto y hecho mierda que está, el cura sigue siendo el instrumento perfecto de Dios. Maravilloso. Todo funciona. Todo encaja. Se trata de ser capaz de reconocerlo. Hoy era rabia e indignación.

Duffy ya había tenido días así, suficientes como para que no le pillaran por sorpresa. Por eso guardaba parte de su colección de discursos grabados a bordo de la Winnebago. No le gustaba alejarse mucho de sus discursos. Grandes discursos de la humanidad. Grandes discursos de hombres no necesariamente tan grandes.

Tenía uno memorable sobre organización del Gran Mago del Ku Klux Klan y tenía a Martin Luther King hablando en el Lincoln Memorial de Washington, D. C. Tenía a Winston Churchill después de Dunkerque y a Roosevelt después de Pearl Harbor. Y, por supuesto, tenía a Hitler.

Después de ducharse y mudarse de ropa, puso a Der Führer en el equipo de sonido a todo meter. Con lo que sonó como si todos los alemanes del mundo estuvieran desgañitándose al grito de «¡Sieg Heil!», Duffy se puso de nuevo al volante y salió pitando hacia Crescent Beach.

Era de noche cuando llegó a la playa y aparcó. La luna llena pendía sobre el Atlántico. Una senda de luz amarilla se dirigía hacia él sobre el agua y se detenía justo delante de la ventanilla de la Winnebago. Pensó que una noche junto al océano le ayudaría. El suave chapoteo de las olas, el viento impetuoso, serían balsámicos, le ayudarían a poner las cosas en su sitio, aunque no estaba muy seguro de qué era lo que había que poner en su sitio, ni de si tal cosa era posible.

Se sirvió un whisky, se sentó en una silla bajo una lucecita amarilla y se puso a leer *El poder y la gloria*. El whisky le calentó el estómago y, como ya había leído la novela cien mil veces, la lectura fue como conversar con un viejo amigo. Podía abrirla por cualquier página, empezar a leer por donde fuera, y así fue como vino a dar con el pasaje en que el cura lleva el libro sagrado oculto bajo una cubierta pornográfica, se entona con el vino sacramental y atiende a las almas de los hombres en las vaporosas selvas de México, donde la religión se prohibió más o menos en la época en que Duffy vino al mundo. Al final, se le cansaron los ojos, dejó el libro a un lado y apagó la luz. Despacio, para no perturbar la frágil paz a la que había llegado consigo mismo, se desvistió y se tumbó desnudo en la cama. Cerró los ojos y se obligó a acompasar la respiración. Se enorgullecía de ser un dormilón. Pero el sueño no se presentó. La paz precaria se desvaneció y sintió con extrañeza cómo se le tensaban los músculos del cuello y de los hombros. Hasta que abrió los ojos. Algo iba mal. ¿Qué cojones era? Suspiró, se levantó de la cama y salió a la playa.

Al norte brillaban las luces de St. Augustine. El inmenso monolito del castillo de San Marcos se alzaba más sombrío que el

cielo ensombrecido, y él vio, o creyó ver, el edificio donde la familia de Tish tenía su apartamento. Martin, el Manos, ya no se contaba entre los vivos, había muerto de un ataque al corazón. Y la madre de Tish, aquella encantadora señora que siguió siendo capaz de cruzarse los pies en la nuca hasta el día en que se partió el cuello esquiando en Aspen, también había hecho mutis por el foro. Igual que la adorable chica a la que Duffy había relatado la historia de Osceola, aquella chica apasionada, jadeante y deliciosamente sudorosa. La mujer que había dejado en Gainesville chillando sobre el descalabro de su hijo no se parecía en nada a la chica a la que se había trajinado bajo el oscuro muro del castillo de San Marcos hacía ya la tira de años.

Volvió a pensar en el Manos, podía oírlo por encima del vaivén de las olas.

—Se llama Jesús —decía el Manos—, el único amigo verdadero. Llámalo a cualquier hora. Su número es Juan 3:16.

El Manos tenía una fijación con el agradecimiento a Jesús. Era superior a su paranoia con los huesos. Resultó que el Manos le daba las gracias a Jesús poco menos que todo el rato. Si un semáforo en rojo se ponía en verde, el Manos, al volante de su gigantesco Cadillac, decía: «Gracias, Jesús». Cualquier cosa, hasta la más peregrina, era motivo de agradecimiento a Jesús. Pero Duffy sabía que era una patraña, sabía que, en lo más hondo de su corazón, lo que el Manos siempre decía era: «Y no sabes cómo te agradecería, Jesús, si tuvieses a bien descalabrar unas cuantas lumbares y remitirlas a cualquiera de los Refugios de Medicina Quiropráctica del Manos, de verdad que no sabes cómo lo apreciaría, Jesús, te lo agradecería infinitamente». El Manos abrió clínicas quiroprácticas por todo el país, incluso cuando dejó de ejercer. Duffy suspiró. El Manos nunca fue un mal tipo, ahora bien, soltaba memeces a punta pala.

Duffy contempló la luna y la senda de luz amarilla que se derramaba hacia él sobre el agua. Escuchó atentamente el siseo de las olas y el viento impetuoso. Y de golpe y porrazo supo de qué se trataba, el motivo de que no pudiera dormir. El sonido estaba mal. Artificial y deficiente. Era como si hubiesen grabado el océano y el viento en un estudio de tres al cuarto y los estuviesen reproduciendo en un equipo de sonido infecto. Un tocadiscos

combado. Amplificadores cutres. Volvió a entrar en la autocaravana, cerró todas las ventanas y seleccionó uno de sus casetes de alto rendimiento. En la etiqueta figuraba la leyenda: Océano y Viento. Lo puso, subió el volumen y se metió en la cama. Ahí estaba. Ahora sí. Enseguida se sintió apaciguado y mecido por el sonido del mar, el mar primordial y eterno, reproducido a través del mejor equipo de sonido que podía comprarse con dinero, bueno, el mejor compatible con las limitaciones de espacio impuestas por la Winnebago modificada. Al momento se quedó profundamente dormido, y no soñó.

A la mañana siguiente, se despertó temprano, como de costumbre, y vio al sol emerger del océano. Para limar las asperezas de la frustración y la ansiedad del día anterior, decidió entrenar. Sin más ropa que un suspensorio, subió las escaleras de acceso al gimnasio que se había montado justo encima del dormitorio principal. El techo del gimnasio era demasiado bajo para hacer press de hombros erguido, pero contaba con un buen banco desde el que podía hacer press inclinado, pullovers, extensiones de piernas para ejercitar los cuádriceps y muchos ejercicios ingeniosos para embrutecer y dominar a todas las provincias de su cuerpo. Las ventanas con persianas dispuestas a cada lado de la estancia le permitían escuchar el sonido falso del viento y del mar mientras se ejercitaba.

Una vez concluido el entrenamiento, que incluyó un trote pausado de cinco kilómetros por la playa, condujo de vuelta a Gainesville. Entró en el banco a primera hora de la tarde, apenas veinte minutos antes de la hora del cierre. Extendió un cheque de mil quinientos dólares y se dirigió a la cajera, una agradable jovencita a la que conocía de toda la vida.

—Buenos días, señor Deeter —dijo la chica, dedicándole una brillante sonrisa que él al momento reconoció forzada y artificial.

Recordando cómo habían sonado el agua y el viento la noche anterior, pensó: «Jesús, ¿es que todo va a parecer falso?». Pero dijo: «Buenas tardes, Ruth. ¿Cómo te trata este precioso día de primavera?».

—Bien. ¿Y a usted?

Llevaban años con aquel intercambio de cortesías, y siempre le había parecido de buen tono y amable. Pero hoy le parecía de lo

más inapropiado y estúpido. Ruth tomó el cheque y le dio la vuelta, mirándolo como si fuera el primero que veía en su vida. Duffy se dio cuenta con un sobresalto de que la chica se estaba sonrojando.

—¿Algún problema? —preguntó.

La chica dejó el cheque sobre el mostrador, equidistante entre ambos, y al pronunciarse no se atrevió a mirarle.

—Me temo que la señora Deeter ya se pasó por aquí esta mañana.

Duffy la miró fijamente. ¿Se lo temía? ¿Se temía que su mujer ya se había pasado? «No entien…» Y entonces lo entendió. La letra de una vieja canción de Hank Williams sonó en su cabeza: «Cuando fui al banco esta mañana, la cajera me recibió con una sonrisa. Dijo: "Lo siento mucho por ti, Hank, pero tu mujer ya se ha pasado por aquí"».

—¿Quieres decir que se lo ha llevado todo? ¿Cerró la cuenta?

—No —dijo la cajera, aún sin mirarlo.

—Ya veo —dijo Duffy.

—Dejó dos dólares y ocho centavos.

—Oh —dijo Duffy—. ¿Y la cuenta de ahorros?

—Ahí también dejó dos dólares y ocho centavos.

—Bien —dijo Duffy—. Bien.

—Supongo que sí —dijo la cajera.

Duffy recuperó el cheque del mostrador y lo rasgó cuidadosamente por la mitad. Sintió que le invadía un entusiasmo gozoso y salvaje. Se había topado con otro muro, otra barrera, otro desafío. Su corazón vibraba. ¡A saber en qué acabaría todo aquello!

Al darse la vuelta para marcharse, le guiñó un ojo a la cajera.

—En la mayor democracia del mundo, esto ocurre a diario en las mejores familias.

—¿Señor Deeter? —Duffy se volvió hacia ella—. Eh, el señor McPhester estaba con su…, uh, con su mujer y dijo que en caso de que usted viniese le dijese…, eh, que le gustaría que se pasara un momento por la oficina.

La sonrisa de Duffy se volvió más maníaca.

—Gracias —dijo por encima del hombro, dirigiéndose ya hacia la puerta como si sus piernas contasen con rodamientos de bolas.

Jert con Tish. La cosa se ponía cada vez más interesante. Algo en lo que centrarse. La guerra. Probablemente una guerra abierta, con

todas las fuerzas desplegadas. De vuelta en la Winnebago, Duffy atravesó Gainesville a toda velocidad por las calles distorsionadas por el calor, doblando las esquinas como un vendaval, balanceándose peligrosamente debido a la inestabilidad del vehículo y, en dos ocasiones, a punto de llevarse por delante a unos cuantos universitarios.

7

El bufete de Deeter y McPhester estaba en la segunda planta de un edificio de cristal y ladrillo de diseño moderno, brutal e inhumano, o al menos eso le parecía a Duffy. Subió las escaleras de tres en tres. La secretaria alzó la vista en cuanto irrumpió por la puerta. Se ruborizó y se giró para mirar por la ventana. «Vaya, vaya —pensó Duffy—, hoy es el día de los sonrojos y los ojos desviados». Pero sabía que él, en efecto, padecía una enfermedad social bochornosa, la enfermedad endémica de la desintegración familiar. «Bueno —se dijo a sí mismo mientras se dirigía a su despacho—, todo se desintegra y de la desintegración siempre nace otra cosa, es una ley natural, como la de la gravedad».

Pasó a su despacho, que era tan básico y austero como la celda de un monje. La mesa era de lo más sencilla, de madera natural, tres sillas con respaldo de listones y el suelo al descubierto. Su título de abogado era lo único que colgaba de la pared detrás de la mesa. Su forma de decorar siempre había enfurecido a Jert McPhester, que no dejaba de insistir en que tenían una imagen que dar. El despacho de Jert parecía el harén de un jeque árabe: en el suelo una alfombra de pelo largo en la que se te hundían los pies hasta los tobillos, cuadros del diseño más estrafalario en la pared, portaplumas de oro sobre una mesa de caoba tallada. Hortera de bolera siglo XX, tal cual, eso es lo que le parecía a Duffy.

Pero no era culpa de Jert. El problema de Jert era que nunca podría perdonarse el haber salido de la mismísima cabecera del río Suwannee, allá donde nacía, en el pantano de Okefenokee. Era un auténtico gañán criado en una casa con ventanas de madera y tejado de lata, un pedazo de bigardo blanco de hablar lento que había jugado al fútbol americano en el instituto en Waycross, Georgia, y que luego había sido reclutado por las principales universidades del país. Después de llegar al equipo All-America y de

haber sacrificado su rodilla por la Universidad de Florida, un exalumno marica agradecido se encargó de que contase con respaldo financiero para cursar la carrera de derecho. Pero no había suficientes distinciones ni títulos de fútbol americano en el mundo que redimiesen a Jert del hecho de haberse criado en una casucha en mitad de un bosque de pinos a base de bagre, cola de caimán y col de los pantanos. Por eso se autoengañaba enfundándose en aquella ropa que solo podría admirar un proxeneta y decoraba su despacho como si se tratase de un prostíbulo de altos vuelos.

Jert pensaba que Duffy amueblaba su despacho de forma tan sobria porque era un tacaño de tomo y lomo, al igual que Tish pensaba, sin duda —si es que tenía capacidad de pensamiento—, que se oponía a lo del cuarto sofá por considerar que era un despilfarro. El despilfarro no tenía nada que ver. Duffy jamás dudaba a la hora de gastar dinero en cosas que tuvieran una función. La Winnebago, minuciosamente modificada, era necesaria. La colección de cintas, el sistema de altavoces, los libros, el gimnasio en lo alto y, sobre todo, la movilidad que proporcionaba la Winnebago, todo ello contribuía a mantenerlo cuerdo. Pero tener cuatro sofás no era razonable ni cumplía función ninguna. Lo mismo podía decirse de las cosas de las que Jert se rodeaba, desde el modo en que decoraba su despacho hasta el coche que conducía.

En un rincón del despacho de Duffy había una fea y modesta caja fuerte de hierro. Se dirigió a ella y marcó la combinación. Cuando la pesada puerta pivotó, Duffy sacó una bolsa de terciopelo del tamaño de un melón. Estaba llena de krugerrands, unas gruesas monedas procedentes de las minas de oro de Sudáfrica. «Cúbrete a las seis», solía decir su padre. Su padre había sido piloto de combate y las seis en punto quedan siempre justo detrás del piloto. Cúbrete a las seis —cúbrete el culo— porque si no lo haces tú, no lo hará nadie. Duffy había procurado hacerlo, cubrirse el culo. Esa era la razón por la que los krugerrands estaban en la caja fuerte de su despacho y no en una caja de seguridad de un banco. Quería tener su oro donde siempre que quisiera pudiera ponerle las manos encima.

Ya había sacado la mitad de las monedas de la bolsa de terciopelo y cerrado la caja fuerte cuando entró Jert, con el triponcio meciéndose bajo el chaleco de su colorido traje de

poliéster de tres piezas.

—Hombre, Duffy —dijo Jert—. Esperaba que te pasaras hoy por aquí. Te…

—Me lo dijo la cajera del banco —dijo Duffy, dedicándole a Jert su sonrisa más aviesa.

—Entonces ya sabrás que…

—Sé que la muy zorra me ha dejado sin blanca.

El rostro de Jert estaba dolido, serio.

—Vamos, Duffy, no llames zorra a esa dama tan encantadora. Estas cosas son siempre difíciles.

Duffy se preguntó si Jert se habría estado triscando a Tish. De ser así, a Duffy no le sorprendería, aunque lo cierto es que ya nada humano le sorprendía. Tish tenía un gusto de lo más rancio para todo. El gordo ratero de Jert era justo el tipo de hombre que ella admiraría. Y Duffy se imaginó que medio kilo de hígado frío de ternera sería todo lo que Jert podría manejar cada noche entre las sábanas. Duffy se dijo que no le importaba, incluso esperaba que fuese cierto. Eran tal para cual.

—¿Qué cosas, Jert? ¿Qué cosas son siempre difíciles?

Jert respiró hondo y ladró la palabra como una orden en el terreno de juego:

—Divorcio.

—Sabes demasiado sobre mi vida. Te veo muy apegado a Tish, entrenador —dijo Duffy.

—La represento —dijo Jert.

—¿La representas en qué?

—En todo.

Duffy sintió que la vena de la frente le latía. Fue hacia la puerta. Jert se interpuso en su camino con la misma fluidez que un bailarín de ballet. Seguía teniendo un excelente equilibrio para ser un atleta arruinado que se precipitaba hacia la obesidad.

—¿A dónde vas, Duff?

—Pensaba pasarme por casa a ver si logro que Tish se trague el dinero que sacó de nuestras cuentas conjuntas.

Jert no se apartó.

—Yo no lo haría, Duff.

—Tú no harías casi nada de lo que yo hago. Ni podrías.

—Por favor, no pongas esto más difícil de lo que ya es.

—Jert, vas a hacer que pote.

—No puedes volver por allí.

Las manos de Duffy se alzaron como por voluntad propia, rígidas y planas como placas, dispuestas a golpearle con la pulsera budista de calaveras que llevaba en la muñeca.

Aun así, Jert no se movió. Y Duffy consideró el hecho de que, en su día, Jert había bloqueado a algunos de los running backs más peligrosos y con más mala hostia de la Conferencia del Sureste. Jert suspiró.

—Tiene una orden de alejamiento, Duff. Como vayas a tu casa, en menos de veinte minutos estarás entre rejas. Tienes expresamente prohibido acercarte a esa casa y hablar con ella. Hemos embargado todos los bienes en espera de la resolución del proceso de divorcio.

—Deberías haberte mantenido al margen, Jert.

—Ella necesitaba consejo. Acudió a mí. No esperarías que le diera la espalda, ¿no? Sabes que en mi corazón solo velo por sus intereses. Los suyos y los tuyos.

—Yo me paso sus intereses por los huevos —dijo Duffy.

—Cualquier día de estos esa agresividad te va a acabar metiendo en problemas serios. ¿Es verdad que ayer te ensañaste con tu propio hijo?

—Por así decirlo.

Jert McPhester sacudió la cabeza.

—Y eso después de haberte ensañado con Tump Walker en las canchas de frontón. Duff, siento decirlo, pero creo que deberías buscar ayuda profesional para controlar tus emociones. Tienes problemas serios.

Duffy dirigió la mirada hacia la puerta del despacho, que Jert había dejado abierta. Forzó una expresión en la cara que esperaba que pareciera compungida y atribulada.

—¿Te importa que cierre un momento la puerta, Jert? Tengo que abordar un asunto muy delicado.

Jert sonrió sebosamente.

—Lo que sea para ayudarte, Duff.

Duffy cerró la puerta, se giró, lanzó el brazo hacia la entrepierna de Jert y le aprisionó las pelotas con su mano de uñas rotas. Apretó con fuerza y tiró. Jert se encorvó como si fuese a hacer sentadillas y

se le disolvió el color de la cara.

Cuando le salió la voz fue apenas un susurro jadeante.

—Hijoputa descerebrado.

Pero se mantuvo completamente inmóvil, porque al menor movimiento, Duffy apretaba con más fuerza.

—Como te me pongas farruco —dijo Duffy—, te arranco las pelotas. ¿Entendido?

—Sí. ¡Ah! ¡Ah, sí!

—Ven conmigo —dijo Duffy.

Condujo a Jert alrededor de la mesa. Jert lo siguió de puntillas. Duffy le hizo dar tres vueltas antes de detenerse.

—Lo estás haciendo requetebién —dijo Duffy.

—Controla —susurró Jert, empezando a babear.

—¿Que controle? Joder, Jert, ¿no te parece que tengo el control? —apretando como para exprimir un limón—. ¿No te lo parece?

Jert se puso a bailotear.

—¡Oh, Dios! Sí. Tienes el control. ¡Total!

—Muy bien. En ese caso, grandullón, súbete a la silla. —Duffy elevó el brazo y Jert lo siguió como por arte de magia. Cuando estuvo sobre la silla, Duffy le dijo—: Ahora a la mesa. —Jert dio un paso y se quedó mirando la mano que le aprisionaba la entrepierna.

—Por el amor de Dios —gimoteó—. Por el amor de Dios.

—Vale —dijo Duffy con evidente satisfacción—, ahora quiero que te pongas a cacarear como un gallo.

—¿Cacarear como un gallo?

—Como un gallo.

—Ki-ki-ri-ki —dijo Jert.

—¡Que se oiga! —dijo Duffy entre dientes, estrujándole las pelotas como si fuesen dos nueces que pretendiese cascar entre sí.

—¡Ah, coño! —aulló Jert, poniéndose de puntillas. Luego echó la cabeza hacia atrás y cacareó con todas sus fuerzas—. ¡Kiii-kiiiii-riiiii-kiiiiii!

—Mucho mejor. Una vez más.

—¡Kiii-kiiiii-riiiii-kiiiiii!

Duffy estaba atento a la puerta.

—Otra vez —dijo.

Jert volvió a cacarear y Duffy lo soltó y se apartó de la mesa en

el momento en que la secretaria irrumpió en el despacho con su fina boca abierta y los ojos desorbitados de espanto. Jert estaba de pie sobre la mesa, ahora medio encorvado, su tez pálida se había vuelto gris pizarra.

—Oí… —dijo la secretaria—, me pareció oír… —Por lo visto no era capaz de articular lo que creía haber oído.

Duffy la miró y meneó la cabeza con tristeza.

—Se ha subido ahí de repente y se ha puesto a cacarear. Creo que necesita ayuda profesional. —Le hizo un guiño—. Lo mejor sería que llamases a alguien. Ya sabes a lo que me refiero.

—Dios mío, sí —dijo ella, apresurándose hacia su mesa.

Jert, aún encorvado sobre sus pelotas lastimadas, estaba diciendo: «No. Mitzi, no. No llames». Pero su voz apenas se oía y Duffy, mientras salía tan campante del despacho y se dirigía a las escaleras, oyó que la chica estaba hablando atropelladamente por teléfono.

Duffy se subió a la Winnebago sintiéndose considerablemente mejor. Sacó una botella de Jack
Daniel's
de debajo del asiento, se la llevó a la boca y la hizo borbotear un par de veces para celebrar su victoria. Una victoria menor, sin duda, pero victoria a fin de cuentas. Mientras esperaba a que el whisky le hiciera efecto, trató de pensar qué hacer a continuación. Justo al advertir el aullido de la sirena, vio la ambulancia del Servicio de Emergencias y a los dos paramédicos que entraban a toda prisa en el edificio. De la mano de uno de ellos pendía una prenda de tela pesada con amarres de cuero. Duffy volvió a empinar el codo y, al bajar la botella, oyó los gritos que se desataron en el bufete. A los pocos segundos, vio a Jert salir disparado del edificio, embutido en una camisa de fuerza. Los dos paramédicos iban detrás. Uno lo derribó con un durísimo placaje en campo abierto sobre la pequeña franja de hierba que se extendía entre la acera y la calzada. Jert se puso en pie al momento. Incluso con sobrepeso y enfundado en una camisa de fuerza, seguía haciendo gala del increíble equilibrio que lo había llevado a formar parte del equipo All-America en la posición de ala defensiva. Mientras lo metían en volandas en la ambulancia, Jert no paraba de gritar: «¡No me toquéis las pelotas! ¡Cuidado con las pelotas!».

Y ya estaría. Ahora que Jert McPhester explicara a quien correspondiera lo de subirse a una mesa y ponerse a cacarear como un gallo, así como lo de su preocupación por sus pelotas. Duffy arrancó y se adentró en el escaso tráfico de la media tarde. Sin saber a dónde iba, se dirigió directamente al apartamento de Marvella.

8

Entró con su propia llave y, nada más cruzar la puerta, miró hacia el dormitorio, donde estaba Marvella, desnuda y a cuatro patas, con un joven dándole por detrás. El chaval se detuvo a media embestida para mirar a Duffy. Duffy volvió a sentir el maravilloso ensanchamiento de su pecho. Por fin algo funcionaba bien. Ella creía que se había ido de vacaciones con Tish, así que había invitado a ese chaval, al que Duffy no conocía de nada, para echar un polvo mañanero. ¿Qué podía haber más natural y apropiado que eso?

Duffy se acercó a la cama y le tendió la mano.

—Me llamo Duffy Deeter —dijo.

El chaval, de rodillas, extendió el brazo por encima de la espalda primorosamente musculada de Marvella y le estrechó la mano.

—Yo soy Skipper. Skipper Frong.

—Frong —dijo Duffy—. ¿Frong?

—Tal vez le suene el nombre de haber visto por ahí un

Frong's

Chick'N'Fish.

Es la cadena de restaurantes de mi padre.

Marvella tenía el cuello doblado y los miraba por encima del hombro. Los ojos tranquilos, el rostro sereno, como si llevase toda la vida allí mirando, apoyada en las manos y las rodillas.

—Dile a tu padre que hace unos bocadillos cojonudos —dijo Duffy.

—Duffy —dijo Marvella—, ¿te importa? Estamos ocupados.

—Has pensado en tirarte a unos cuantos cachorrillos, ¿eh? —dijo Duffy—. Voy a la cocina a ver si como algo. —Le dio una leve palmada en el trasero—. Tú tranquila. Sé dónde está todo.

Duffy se preparó un sándwich de pavo con pan de centeno y mostaza y se sirvió un vaso de vino de Borgoña caliente. Desde que

había hecho borbotear la botella después de ir al bufete, se había estado planteando muy seriamente la posibilidad de agarrarse una cogorza, una cogorza de campeonato. Podría ir a una whiskería de las afueras y dejar que le metieran una paliza. Nada más refrescante que una buena somanta de hostias. Duffy siempre se sentía purificado y santificado después de una tunda. Masticó el sándwich despacio y escuchó el agradable y salvaje sonido de la carne que restallaba en la habitación de al lado.

Mientras se bebía su tercer vaso de vino, oyó el ruido de la ducha y, seguidamente, Skipper Frong y Marvella entraron en la cocina con el pelo mojado y la cara sonrojada. Skipper le tendió la mano.

—Mire, ahora me tengo que ir cagando leches. Tengo que estudiar para un examen de humanidades. Pero de verdad que ha sido un placer conocerlo.

Duffy le estrechó la mano.

—El gusto es mío —dijo Duffy—. Quizá nos volvamos a cruzar.

—Eso —dijo Skipper Frong, y se marchó.

Marvella se sentó a la mesa y se sirvió un vaso de vino.

—Deberías haber llamado a la puerta.

—¿Cuándo me has visto tú a mí llamar a la puerta?

—Ya, pero…, ¿sabes?, la próxima vez que me digas que estás fuera de la ciudad, si vienes, llamas. Dios, ha sido incomodísimo.

—No quería avergonzarte.

—No me has avergonzado. Pero habría que observar algo de decencia. Los modales son lo único que nos queda para protegernos en este mundo.

—Para ti los modales. Yo prefiero una pistola o un machete.

Ella se estiró por encima de la mesa y le pellizcó la mejilla.

—Mi pichurrín violento y descerebrado. Si es que te quiero.

—Solo faltaba.

—¿Vas a decirme por qué al final no te has ido de vacaciones? ¿Qué coño ha pasado?

Le contó lo que había pasado, o al menos lo que había pasado hasta el momento en que su hijo echó la pota y Tish se puso a vociferar que quería ver a un abogado.

—Eso es bastante drástico —dijo ella—. Huele fatal.

—Y que lo digas. Toda mi vida se está yendo por el retrete. Pero

tampoco es tan malo como parece.

—Bastante malo. Y caro también.

—De gastos nadie va a saber más que tú. Pero aún no me han vencido. —Se sacó un puñado de krugerrands del bolsillo y los apiló sobre la mesa—. Esto nos mantendrá durante una temporadita.

—¿Es oro legítimo?

—Legítimo no, pero oro ni lo dudes.

Ella de pronto se alteró, se retorció en su asiento y se tiró de la nariz con el pulgar y el índice.

—Cristo bendito, voy a darle a la farlopa. La visión del dinero auténtico siempre hace que me entren unas ganas locas de enfarloparme.

Alguien llamó a la puerta.

—Hostia, Culobonito, los tienes haciendo cola. —Hizo bocina con las manos y gritó hacia la puerta—. ¡Todo vendido! ¡Agotadas las localidades! ¡Solo hay sitio de pie!

—Basta que piense que aún hay esperanza para ti, para que vayas y sueltes una cosa tan irritantemente burguesa. —Ella ni se había movido para ver quién era—. No tengo ni puta idea de quién es.

Quienquiera que fuera, se había puesto ahora a martillar la puerta como un energúmeno.

—¿Quieres ir a comprobarlo, o nos quedamos aquí sentados a ver hasta cuándo aguantamos?

Ella se dirigió a la puerta y abrió. Se oyó un bramido de rabia que Duffy reconoció al instante. Jert McPhester. Duffy se volvió para ver cómo se abalanzaba hacia él. Su modo de andar era extraño, un poco encorvado y escorado hacia la izquierda.

Duffy se relajó deliberadamente y procuró parecer despreocupado, pero plantó bien los pies en el suelo, listo para lanzarse en cualquier dirección si era preciso. Jert se detuvo al otro extremo de la mesa. Movía la boca, pero el sonido que emitía era una maraña de gruñidos y arcadas de asfixia.

—Parece que esos shorts te aprietan más de la cuenta, machote —dijo Duffy.

—Voy a llevarte ante los tribunales, mierdecilla —dijo Jert, cuando por fin fue capaz de articular palabra—. Te mataría ahora mismo de una paliza si no tuviera intención de demandarte por

agresión.

—Solo por curiosidad, ¿cómo has sabido dónde estaba?

—Puto comemierda, ¿acaso ignoras que hasta el último mono de esta ciudad, incluida Tish, sabe que mantienes aquí a este zorrón?

Marvella había cogido una manzana y le había arrancado un buen trozo con sus dientes blancos y perfectos. Masticó despacio y preguntó con un tono de voz tranquilo y displicente: «¿Vas a dejar que este seboso de mierda me llame zorrón?».

Duffy le dedicó una sonrisa de genuino afecto.

—Por supuesto, cariño. Nada despeja mejor el aire que la verdad.

—Te gustan las verdades, ¿eh? —jadeó Jert—. Bueno, pues aquí tienes otra. Tú y yo nos veremos en el juzgado. Quería decírtelo a la cara.

—Jert, ¿de verdad vas a intentar convencer a un juez y a un jurado de que tu socio te cogió de las pelotas y te hizo subir a una mesa para obligarte a cacarear como un gallo?

Marvella dejó la manzana sobre la mesa.

—¿Perdoooooona?

—Tump Walker también te ha demandado. Por un millón de dólares. Tiene testigos. Yo mismo soy uno de ellos, me cago en la puta. ¿Qué me dices a eso?

—¿Un millón de dólares? ¿Y lo quiere en efectivo o crees que aceptará un cheque? —dijo Duffy.

—Esta vez la has cagado pero bien, Duffy Deeter —dijo Jert—. De esta no te libras.

—¿Librarme? —dijo Duffy—. ¿Librarme? Querido, de esta no sale vivo nadie, nos acabaremos viendo todos a dos metros bajo tierra.

Jert sacudió la cabeza.

—Todavía no sé por qué no te mato.

Duffy se puso de pie.

—Ya estás poniendo los pies en la calle. Noto que se está apoderando de mi cerebro un impulso psicótico, el impulso de estrujar pelotas.

La ingle de Jert sufrió un espasmo involuntario. Dio un paso atrás, se giró y salió corriendo del apartamento, gritando: «¡Locura! ¡Locura!».

Cuando se fue, Marvella miró a Duffy por encima de la mesa.

—¿De verdad le cogiste de las pelotas y le hiciste subir a una mesa?

—Y lo obligué a cacarear como un gallo —dijo Duffy.

9

Marvella aspiró otra raya. Duffy la observaba, la consumidora absoluta: cocaína, manzanas, hijos de propietarios de franquicias o lo que se le pusiera a tiro.

—¿Por qué estás tan callado? —dijo ella.

—Estoy maquinando —dijo Duffy.

—¿Quieres otra rayita?

—La cocaína me parece un muermo. Y lo único que me parece más muermo que la coca es la gente que se mete coca.

—Yo no soy un muermo —dijo ella, con la nariz bañada en mocos transparentes como agua de manantial.

—¿Llevas mucho tiempo sin hablar contigo misma?

—Lo que dices no tiene ningún sentido, Duffy. —Se sorbió los mocos del labio superior y reaparecieron al instante—. No irás a ponerte rarito, ¿verdad? Porque tienes toda la pinta de estar a punto.

—Acaba de abrirse la veda de lo rarito.

—Vuelve a contarme lo del tío ese que te va a poner una demanda de un millón.

Se lo contó.

—No hay duda —dijo ella—. Rarito.

—Vivimos tiempos extraordinarios y se requieren medidas extraordinarias. ¿Estás conmigo?

—Todo depende —dijo ella.

—Nada depende, y eso es lo único de lo que podemos depender.

—¿Qué tienes en mente? —dijo ella.

—Guerra —dijo él.

—¿Guerra?

—Eso parece.

—Pues para la guerra voy a necesitar más farlopa. —Soltó una risita y se inclinó hacia el espejito que tenía delante. Cuando volvió

a erguirse, dijo—: Estas rayas son las últimas que me quedan. Dios, me gustaría pillar quince gramos para repeler el invierno, en caso de que llegue.

—¿Tienes dinero? Hasta que no me deshaga del oro, estoy pelado.

—Claro. Son solo setecientos por una mierda que no haya sido adulterada hasta matarla.

Solo setecientos. Dios, sí que salía cara la chica. Pero, al igual que la Winnebago, era necesaria. Estaba convencido de que era imprescindible para su salud mental. Y, si eso era lo que pensaba, no había vuelta de hoja. Como dijo Shakespeare: «Nada es verdadero o falso hasta que el pensamiento lo dispone».

—Vale. Te lo devolveré. Ve a por lo que necesites para el viaje.

—¿Qué viaje?

—El que vamos a hacer.

—Rarito y maravillosamente pirado —dijo ella. Duffy vio que tenía las pupilas dilatadas y supo que se le había ido un poco la mano con la farlopa—.

Ding-dong,

Duffy, ¿es que te has olvidado de que tengo clases, por el amor de Dios? ¿Cuándo has decidido que nos íbamos de viaje?

—Bueno, no es algo que haya decidido ahora. Iba a irme de todas formas, ¿recuerdas? Así que la cosa sigue en pie. Solo que será un viaje un poco diferente al que tenía pensado, eso es todo.

—¿Y a dónde pensabas ir?

—Ni zorra.

—¿Cuándo te vas?

—Ni zorra. Nos iremos cuando nos vayamos.

—Yo no voy.

—Tú harás lo que yo te diga.

—Está bien, Duffy.

Así había sido desde que se conocieron y llegaron a un acuerdo en Atlanta, en una asamblea del Colegio de Abogados. Ella se acababa de graduar en la Universidad de Auburn, en Alabama, y estaba en la plantilla de un senador estatal que también ejercía de abogado. Marvella fue a la asamblea en calidad de asistente del senador y Duffy para distraerse de su matrimonio, su carrera y su vida, todo lo que se le estaba empezando a avinagrar. Ella era joven

y guapa y estaba a la venta sin tapujos. Así que la compró y se la trajo a Gainesville. Solo la necesitaba cuando la necesitaba, y cuando no, era libre de hacer lo que se le antojara. Ninguno trató nunca de fingir que lo que había entre ellos era algo distinto a lo que era. Por lo general, cada vez que a él le daba por pensarlo, ella se le aparecía como algo absolutamente carente de sustancia. Pero, claro, la carencia de sustancia era también una suerte de sustancia, ¿o no? Al mirarla ahora, ese pensamiento revoloteó fugazmente por su cráneo antes de espantarlo de un manotazo.

—Cuando vuelvas con la coca, ponte las pilas y estate preparada para salir. Yo también tengo que hacer un par de cosas.

—¿Te refieres a vender el oro?

—Eso y otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Tengo que pasarme por un par de sitios.

—¿A qué?

—A buscar y a destruir.

—Creo que voy a hacer como que no he oído eso —dijo ella, lamiendo el espejito hasta dejarlo limpio. Se levantó sin añadir nada y la puerta se cerró de golpe tras ella. Duffy sabía que ahora solo tenía ojos y oídos para la cocaína, y la nariz saturada, y que era incapaz de pensar en otra cosa. El mundo entero podría estar ardiendo a su alrededor y ella ni lo notaría.

Duffy se duchó y se puso ropa limpia del montón que guardaba en el armario. Después, al regresar a la Winnebago y conducir por las calles a última hora de la tarde, se sintió mejor. Hacer algo, lo que fuera, siempre alteraba el día y lo ponía de mejor humor.

En la avenida de la Universidad, siete manzanas al este de la calle Mayor, se metió en el aparcamiento de La Fosa del Oro de Poppandopolous, un edificio de bloques de hormigón pintado de rojo vivo con letras blancas de treinta centímetros en los cuatro costados que decían: ¡SI LO QUIERES, LO TENEMOS! ¡SI LO TIENES, LO QUEREMOS! ¡COMPRA Y VENTA DE ORO! ¡LOS MEJORES PRECIOS! El pequeño edificio era como una fortaleza, con sus altas y estrechas ventanas provistas de duros barrotes de acero. Duffy abrió la puerta y vio a Solomon Keppleman sentado donde siempre, al fondo, ante una mesa astillada, bajo la tenue luz de una lámpara con cuello de cisne. Llevaba una visera sobre las

gafas redondas de montura de acero. Duffy avanzó por el pasillo entre largas vitrinas en las que centelleaban collares, monedas, relojes y pendientes de oro de todos los diseños imaginables, detrás de un entramado de acero asegurado con gruesos candados.

—Hola, Sol —dijo Duffy, plantándose frente a la mesa.

—Buenos días, señor Deeter —dijo Sol, volviendo hacia arriba las suaves palmas blancas de sus manos y encogiéndose un poco de hombros. Era un gesto habitual, un gesto que casaba muy bien con la voz tranquila y deferente del señor Keppleman.

La Fosa del Oro de Poppandopolous llevaba allí, en la avenida de la Universidad, desde que Duffy tenía uso de razón, y Solomon Keppleman había sido siempre el propietario.

—¿Y qué puede hacer hoy Sol por usted, señor Deeter? ¿Una pequeña transacción, quizá?

Duffy depositó la bolsa de terciopelo sobre la mesa. Las monedas produjeron el consistente y grato tintineo del oro macizo. Duffy las había metido en esa bolsa sobre aquella misma mesa seis años atrás.

—Aaahhh —exhaló Sol al distinguir el color del oro. Hizo revolotear una mano sobre el cuello de la bolsa sin llegar a tocarlo —. ¿En qué puedo ayudarle? —Sus ojos no se desprendían de la bolsa.

—Necesito… —Duffy se interrumpió. No había pensado a qué clase de acuerdo quería llegar—. Necesito seis mil dólares. —Siempre podía volver, si hacía falta—. Y los necesito en metálico. Ahora mismo, esta tarde.

Duffy desparramó algunas monedas sobre la mesa y las dispuso en montones de cinco. Luego observó a Solomon Keppleman observar el oro, sus labios grises y resecos se movían sin emitir sonido, se los saboreaba, como si estuviera haciendo cálculos.

—Por usted, lo que sea, señor Deeter —murmuró—. Cualquier cosa. Podría darle seis mil dólares por veintidós de estos krugerrands.

—Hecho —dijo Duffy.

Duffy apartó cuatro montones de cinco y uno de dos y devolvió el resto a la bolsa. Solomon Keppleman salió de detrás de la mesa. Iba en pantuflas. Se dirigió a la entrada y aseguró la puerta con una barra doble de hierro. Al volver, abrió la caja fuerte Diebold y sacó una caja metálica que se puso sobre las rodillas. Duffy estaba

vendiendo a menos de trescientos dólares la pieza y las había comprado a cuatrocientos cincuenta. Aun así, ni estaba decepcionado ni se sentía estafado. En realidad, todo lo contrario. Experimentó una profunda inyección de confianza y optimismo mientras Solomon Keppleman iba contando sobre la mesa los billetes que iba sacando de la caja. El oro no se andaba con gilipolleces, y jamás mentía. Solomon no le había preguntado por qué vendía a la baja, y Duffy sabía que no lo haría. Tampoco quiso saber por qué quería el dinero en metálico en lugar de un cheque. Ni Solomon ni Duffy tenían de qué preocuparse. El oro era bueno, una mercancía que siempre daba la misma respuesta.

Duffy contó el dinero y se lo metió en el bolsillo.

—Ha sido un placer, Sol —dijo.

—Por usted lo que sea, cuando sea. —Hizo su gesto habitual de manos y hombros—. Sol Keppleman siempre se alegra de verlo, señor Deeter.

Metió los krugerrands en la caja fuerte y luego fue a desbloquear la puerta para que Duffy pudiera salir. El sol se había puesto y hacía algo de fresco cuando salió del aparcamiento y volvió a adentrarse en el tráfico. Giró hacia el oeste por la avenida de la Universidad y luego hacia el norte por la calle Mayor sin ninguna razón en particular. Marvella aún no habría regresado y la idea de volver a esas habitaciones vacías no le hacía ninguna gracia. No tenía ni idea de lo que quería hacer, hasta que pasó por delante de una tienda Eagle de excedentes del Ejército y la Marina y se oyó a sí mismo diciéndole a Marvella: «A buscar y a destruir».

En ese momento no había sabido por qué había dicho tal cosa, pero ahora, mientras cambiaba de sentido para volver a la tienda de excedentes del Ejército, lo supo. Por supuesto que quería buscar y destruir. Lo habían echado a patadas de su casa y le habían quitado su dinero. Le habían saqueado la vida. Había dicho que era la guerra y lo era. La tienda del Ejército parecía ser el lugar que necesitaba. Aparcó, entró y, en efecto, aquel era el lugar. Definitivamente, necesitaba unos pantalones y una camisa de camuflaje para la jungla. Y ese pasamontañas negro de la Marina se ajustaría perfectamente a su cráneo. Y calzado. El calzado de calle no serviría.

Un joven con la nariz llena de venitas rotas se le había arrimado.

Duffy se volvió hacia él y le dijo: «Necesito calzado especial».

—Calzado especial ¿para qué?

—Para arrastrarme.

—¿Para arrastrarse?

—Y para reptar.

—No tenemos calzado para arrastrarse y reptar, señor. Distinto es que quisiera saltar de un avión, marchar por la selva tropical, sobrevivir en el desierto o estar abrigado en el Ártico, entonces sí podríamos ayudarle. Venga por aquí y déjeme que le muestre algún modelo para desembarcos anfibios. Estoy seguro de que…

No compró el calzado para desembarcos anfibios, pero le habría gustado. Y también hacerse con los de la selva tropical, los de saltar de los aviones, los de sobrevivir en el desierto y los de explorar el Ártico helado. Las posibilidades lo abrumaban. Se quedó un rato fantaseando con el calzado, imaginándose bosques goteantes y el griterío de aves extrañas, escuchando el aullido del viento glacial y el crujido de la nieve.

Al final decidió que tendría que conformarse con sus Adidas. No obstante, se compró un cinturón militar, una bayoneta, un botiquín, una cantimplora y una navaja suiza. Lo mejor sería arramblar con todo. Hacer las cosas bien. Ir a saco. La oscuridad había caído mientras estaba en la tienda y tuvo que encender las luces interiores de la Winnebago para ponerse todo lo que había adquirido. Los pantalones y la camisa de camuflaje estaban algo acartonados, pero eran de su talla. Se miró en el espejo. Algo fallaba. La cara. Sacó un bote de betún negro y se marcó los pómulos y la barbilla, se rayó la frente. Eso estaba mejor. Esa noche había luna y una cara blanca destacaría como una bombilla en la oscuridad.

Apagó el motor a media manzana y rodó en punto muerto hasta los árboles de la parte superior del camino de acceso, pasada la casa. Las luces del salón le permitieron ver el coche de Tish en el garaje y, allí al lado, el Corvette rojo de Jert. Le llegaba el estruendo de la televisión puesta a todo volumen. Consultó la hora. Las nueve menos dos. Se quitó el reloj y lo dejó en el salpicadero, frente al volante.

Salió de la Winnebago, se metió entre los árboles y se deslizó como una sombra bajo las hojas moteadas por la luz de la luna. En una ventana con las cortinas mal cerradas, pegó la cara al cristal. A

través del triángulo de luz pudo ver el salón más allá de la cocina y el comedor. El desangelado bulto de su hijo hundido frente a la tele. Estaba comiendo algo que sacaba de una caja, sus mandíbulas rollizas se movían a un ritmo lento y continuo.

¿Pero dónde andaban Tish y Jert? Las luces del otro extremo de la casa estaban encendidas, así que se giró para echar un vistazo. Como obedeciendo a una señal, la luz del dormitorio principal se apagó. Avanzó en silencio hasta el otro extremo. Las puertas correderas de cristal daban a la terraza desde todos los dormitorios. Saltó con ligereza la barandilla de madera y se plantó junto a la puerta de cristal tras la que había pasado tantísimas noches miserables. Oyó el chapoteo y los embates de su enorme cama de agua y un sordo murmullo de voces, un murmullo que al momento se transformó en una serenata de gruñidos y resoplidos. Seguida de un sonido de babeo que solo podía venir de Jert. Ah, por el amor de Dios, el crío ahí fuera, frente a la tele, entristeciéndose y engordando por minutos, hinchándose a anuncios, y ahí atrás, en la oscuridad, Tish y Jert quizá a punto de concebir otro igual en un único y sudoroso espasmo nocturno. Pero era improbable. Tish se habría puesto el tapón. O lo mismo no. Lo mismo querían un hatajo de pequeños Jerts. Qué cosa más horriblemente deprimente. Necesitaban ayuda. Y él, Duffy Deeter, iba a brindársela. Se había arrastrado, se había arrastrado y se había puesto a husmear, y por Dios que iba a ayudarles. Se acercó a la puerta de cristal que daba a la habitación de su hijo. Se sacó del bolsillo la navaja suiza y forzó la cerradura. Una vez dentro, se dirigió por el pasillo hasta el cuarto que utilizaba de estudio. No le preocupaba el ruido. El sonido atronador de la televisión reverberaba por toda la casa. Además, la capacidad auditiva de su hijo estaría probablemente dañada de manera irreversible debido a las largas y aturdidoras sesiones de coches chocando, tiroteos y cantantes chillones. En el estudio, fue directo a por su vieja paleta de la fraternidad, que colgaba de una correa de cuero en la pared. Se enroscó la correa a la muñeca, alzó la paleta y efectuó unas cuantas batidas suaves. Era una tabla tremenda. Medía cerca de un metro, con dieciocho centímetros de ancho y cuatro agujeros en el extremo. Con ella había levantado ampollas como fresones en los culos de unos cuantos novatos.

Cruzó el pasillo hasta el dormitorio. Tanteó el pomo de la

puerta. No estaba trabada. Extraño. Tish siempre trababa la puerta durante sus apareamientos. Lo hacía para que no entrara el pobre Felix. Nunca había entendido el motivo, de todas formas Felix solía estar inerte. Abrió la puerta sin problemas. En la habitación oscura, la enorme grupa pujante de Jert parecía hacer temblar hasta las paredes.

—Ounch —gruñía Jert—. ¡Ounch! ¡Ounch! —Sus dientes rechinantes lo hacían sonar como si estuviese mascando vidrio.

Tish gemía.

—¡Empuja, pedazo de hijoputa, empuja!

Hacía mucho que no la oía hablar así y eso le hizo recordar la noche en que estuvieron tendidos en la hierba junto al muro del castillo de San Marcos. Sintió que el corazón se le revolvía con una extraña frialdad. Pero solo por un momento. Ya hacía tiempo que era consciente de que Tish albergaba mil voces, todas ensayadas, a cuál más falsa.

De ella no se veían más que las rodillas suaves y redondeadas, vibrando como diapasones. El bueno de Jert la tenía realmente clavada al colchón. Duffy se situó a los pies de la cama y contempló las enormes cachas del culo de Jert. Bajó la mirada hacia la imprecisa silueta del tablón que sostenía en la mano. Se echó hacia atrás, apuntó con cuidado y descargó el golpe moviendo las caderas para concentrar el impulso de todo su cuerpo.

El dulce y satisfactorio restallido de la madera contra la carne reverberó en las paredes revestidas de roble. Jert se puso rígido y gritó, revolviendo las sábanas como un nadador en apuros. Pero, antes de que pudiera moverse, Duffy le asestó otro zurriagazo, lo que hizo que Jert se abalanzara hacia delante y se estampara contra la pared.

Con Tish gritando: «¿Pero qué coño…?, ¿pero qué coño…?» y Jert aullando como un perro, Duffy se escabulló y volvió al oscuro pasillo, al final del cual se distinguía la luz incierta del televisor parpadeante y se oían los vítores de Felix por encima de un follón de disparos y coches que colisionaban.

Mientras subía la pendiente de vuelta a la Winnebago, Duffy pensó en lo que acababa de hacer como si fuera un titular del periódico del día siguiente: UN LUGAREÑO GOLPEA AL AMANTE DE SU MUJER EN EL CULO CON UNA TABLA. ¿Cómo luciría eso? Bueno, ¡qué

hostias!, luciría de maravilla, ¿no? Cualquier hombre lo aplaudiría.

En la Winnebago se limpió el betún de la cara, se quitó el cinturón militar y se despojó de la ropa de camuflaje. Mientras se cambiaba, se le ocurrió que lo que acababa de hacer podía ir más allá de la mera satisfacción que le había reportado. Podía constituir una especie de punto de inflexión en su vida. En cierto modo, así lo sentía. Pero nada más pensarlo se le presentó la duda. No estaba tan seguro. (¿Volvería a haber algo seguro?) Necesitaba confirmarlo, hablarlo con alguien. Y su corazón se desbordó de alegría por saber exactamente a dónde acudir para hablar de algo así.

Gracias a Dios por las madres. O al menos por la suya. Su comprensión iba más allá de toda comprensión. Eso le gustaba, y mientras hacía bramar el motor por las calles y sorteaba las esquinas como un poseso, lo fue coreando sin parar, una y otra vez: «Comprensión más allá de toda comprensión».

10

—Sumerge los peces de colores, hijo.

—Eso hago, mamá.

—Bueno —dijo la anciana—, pues hazlo.

—Un poco más de luz ayudaría —dijo él.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Luz —dijo él, alzando la voz—. Lo haría mejor con un poco más de luz.

—¿Se te ha escapado alguno?

—Creo que no.

—Que no se te escapen mis putos peces de colores.

Con una redecilla, no más grande que una taza de té, Duffy sacaba los pececillos de colores de las peceras y los iba metiendo en un barreño amplio y poco profundo. Su madre estaba sentada al otro lado de la habitación, junto a la ventana cubierta con gruesas cortinas marrones. Todas las ventanas estaban cubiertas con el mismo tipo de cortinas. También las habían colgado en las ventanas de la casa donde vivía antes de que Duffy la trasladara allí, a aquel apartamento de la séptima planta del edificio más alto de Gainesville. Tras la muerte de su padre, ella parecía haber acusado la soledad de aquella casa que siempre había sido oscura y sofocante. Así que la había llevado allí, al Hogar Dorado, donde residían otros cien ancianos, para que dispusiera de aire, luz y un buen montón de amigos, y no se sintiera sola.

Pero no había funcionado. Su madre mantenía el lugar sellado y oscuro, y sus únicos amigos eran los peces de colores. Cientos de pececillos de colores en peceras de cristal esparcidas por todo el apartamento.

—Deberías cuidar mejor de estas cosas, mamá —dijo, mientras intentaba dar con un pez en una pecera turbia.

—Esos putos peces viven como Dios —dijo su madre. Desde que

encontró a su marido muerto, no paraba de soltar improperios.

Duffy removió el agua lechosa con la redecilla.

—Hay que cambiarles el agua —dijo.

Duffy la oyó resoplar en la otra punta de la habitación, sin moverse de su asiento, un minúsculo bulto de camisones ceñidos, una vaga silueta frente a la gruesa cortina que cubría la ventana desde la que se divisaba una panorámica ilimitada de la pradera de Payne. Aquellas vistas le habían costado a Duffy un ojo de la cara. Se preguntaba si su madre se habría asomado alguna vez.

Ella volvió a resoplar y dijo: «Hasta el mismísimo coño me tienes, tanto ir de listillo».

Duffy dio con el pez que llevaba un rato buscando. Estaba muerto. Se lo metió en el bolsillo. Ya iban diez. Notaba su peso en el bolsillo, húmedos contra su muslo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—¿Eh? —dijo él. Pensó que lo mismo le había visto meterse el pez en el bolsillo.

—¿Los estás sacando para cambiarles el agua o qué? Si no, ¿qué cojones estás haciendo? Y si es eso lo que estás haciendo, ¿por qué me dices que hay que cambiarles el agua? Sinceramente, Duffy, a veces me recuerdas a tu padre antes de que entregara la herramienta.

«Entregar la herramienta» era una de sus expresiones. Tenía muchas del mismo cuño. Las había empezado a soltar, junto con los improperios, cuando encontró a su marido muerto. Duffy sacó un pez semicomatoso y lo dejó caer en el barreño, donde no llegó a ponerse panza arriba, pero se quedó tumbado de lado.

—Hoy parece que estás en la parra —dijo su madre—. ¿Estás en la parra?

Duffy sintió que le estaba clavando la mirada y dejó un momento los peces para considerar la pregunta. Le pareció una pregunta de lo más atinada.

—Estoy bien —dijo por fin, sin responder a su pregunta. Sentía que le fallaba la confianza. Empezaba a sentirse reblandecido por dentro.

—Sé lo que tienes —resopló la anciana. Parecía incapaz de hablar sin resoplar. No la recordaba así de crío.

La miró, medio temeroso de que, en efecto, supiera lo que tenía

y, aún peor, estuviese a punto de soltárselo a bocajarro.

—Problemas —ladró ella—, eso es lo que tienes. Ven aquí un momento y siéntate.

Dejó la redecilla junto al barreño lleno de peces enfermos y moribundos y fue a sentarse frente a su madre.

—Muy bien —dijo ella—, todo empezó el día en que tu padre decidió llamarte Duffy. Aún estabas en el hangar, no sé si me entiendes, y me dijo: «Lo llamaremos Duffy».

Le brillaban los ojos y tenía la tez tirante y suave como un hueso.

—Tengo un problemilla en casa —dijo Duffy, y sintió renacer una oleada de confianza.

—Así que le dije a tu padre, le dije: «¿Qué clase de nombre es ese?».

—Hice vomitar a mi hijo —dijo Duffy.

—Le dije que Duffy no era un nombre apropiado para una niña.

—Y parece que Tish se está follando a Jert —dijo Duffy. Hablar de ello, sacarlo todo a la luz, le estaba sentando de maravilla.

—Y tu padre dijo: «No será niña, y le pondremos Duffy».

—No —dijo Duffy—. Se lo está follando seguro. De eso no hay duda.

Verbalizar certezas ayudaba. Le hacía sentir una felicidad indefinible en la sangre.

—Y tu padre no estaba muy bien de la azotea —dijo—. Se le habían fundido unos cuantos plomos.

—Y a Jert le di un buen trallazo en el culo con una tabla —dijo Duffy—. Eso nadie me lo va a discutir. Es lo que es.

—Tu padre era un buen hombre —dijo ella, mostrándole los dientes. Tenía un canino afiligranado en oro. Ella pensaba que el oro le daba más autenticidad a su dentadura postiza, y así era—. Un buen hombre, sin duda. Lástima que estuviera como una regadera.

Él sonrió y le cogió la mano.

—Bueno, al menos tú y yo somos sensatos, mamá. Dignos de confianza.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza. El movimiento repentino hizo que le chasquearan los dientes.

—Yo no he dicho que no fuese sensato. Ni digno de confianza. —Se soltó de su mano—. Lo que pasa es que lo metieron en un

avión y mató a cinco hombres, y eso nunca lo superó. Porque la guerra es legal. Eso fue lo que pudo con él, que fuese legal. Si los hubiese degollado en un callejón y lo hubiesen mandado a prisión de por vida, habría seguido tan campante. Pero los acribilló desde el cielo y, en lugar de meterlo entre rejas, le concedieron una medalla. Eso fue lo que no pudo soportar, el muy cabronazo. Lo que le dejó esa mirada tan rara para el resto de su vida.

«Oh, Dios», pensó Duffy, «ya estamos otra vez con lo mismo. Los dichosos aviones».

Duffy se levantó.

—Tengo que acabar con los peces.

Su madre se levantó con una rapidez y una agilidad sorprendentes para una mujer de setenta y tres años.

—Vamos a hablar de los aviones, me cago en la puta. Vamos a hablar del cabronazo encantador que era tu padre antes de que perdiera la cabeza y doblara la servilleta. Así que trae ahora mismo aquí ese culo, jovencito. No te hará ningún daño recordar a tu padre.

—No me hace falta verlo —dijo Duffy—. No lo he olvidado.

Pero, aun así, la siguió hasta el fondo del apartamento. Su madre se plantó delante de una puerta y tomó aliento antes de abrirla. Y allí estaba. La habitación de su padre, o, como él la llamaba, su hangar. Ella había hecho que transportaran todas sus cosas desde el cuarto donde había muerto y que las colocaran exactamente igual. Las mismas gruesas cortinas cubriendo las ventanas y, en medio de la penumbra, los aviones planeando en todos los ángulos posibles de ataque, cayendo en picado, ladeándose, ascendiendo y girando en espiral por el aire muerto y espeso de la estancia sellada.

Su madre pulsó un interruptor de la pared y la luz captó los finos cables de los que pendían los aviones desde el techo. Los cazas americanos
P-51
Mustangs,
P-47
Thunderbolts y
P-40
Warhawks se arremolinaban en un combate estático contra los

BF109 Messerschmitts y FW190 Focke-Wulfs alemanes. Los bombarderos (Flying Fortresses, Liberators, Marauders y Black Widows) volaban en estrecha formación, mientras los cazas de escolta, punzantes y mortíferos, se apiñaban a su alrededor.

Duffy los miró como siempre, con pasmo y una especie de horror, pero también con envidia por los hombres que habían pilotado aquellos aviones en combate. Qué cosa más admirablemente homicida habían llevado a cabo. Hablando de condenadas respuestas que no admitían soplapolleces. Seguro que un uno contra uno a tres mil metros de altura con un cañón de veinte milímetros purificaba y santificaba a cualquiera. Tenía que ser una sensación increíble, y su padre, sangre de su sangre, la había experimentado. Pero fue demasiado para él, y los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se los pasó encerrado en un cuarto muy parecido a este, construyendo aquellos aviones, réplicas exactas a escala, colgándolos y viéndolos planear, con la mirada perdida en sus terrores y ensoñaciones.

La madre de Duffy había permanecido inmóvil, mirando los aviones del mismo modo que una serpiente acecharía a un pájaro. Se las había apañado espléndidamente todos aquellos años, yendo una vez al mes al buzón a por la pensión de invalidez de su marido y gestionando el hogar y su vida con notable eficacia, sin oponerse nunca a la obsesión del viejo, sin ni siquiera poner peros a los estruendosos ruidos de motor que solían salir de sus labios, los estallidos de las bombas y los crepitantes cañonazos que a veces explosionaban desde su lengua cuando empezaba a anochecer.

Hasta que se lo encontró tieso, desplomado sobre su mesa de trabajo, con la cara hundida en el armazón a medio montar del avión que estaba construyendo en el momento en que se le paró el corazón. Era un caza

P-38

Lightning. El avión que había pilotado en la guerra. El que se estrelló en Francia. El que le reportaba la pensión de invalidez y la obsesión que dominaba cada minuto de su vida, tanto en las horas de vigilia como en sueños.

Allí estaba su mesa de trabajo, contra la pared del fondo, y sobre ella el

P-38

aplastado por su cara.

Ella volvió los ojos, brillantes como el cristal mojado, hacia Duffy.

—Bueno, coño, no te quedes ahí como un pasmarote. ¿Qué te parece?

—Creo que deberías deshacerte de toda esta basura —dijo él amargamente, con una amargura que incluso a él mismo le sorprendió. Pensaba que lo tenía superado desde hacía tiempo. Intentó pensar en el Tao. Centrar su corazón en el zen. No pudo. Al momento, se le iba.

—Oh, no, ni hablar —dijo ella, jovialmente—. Quiero seguir viendo su cara ahí, en el avión aplastado, donde me lo encontré.

—Eso es cruel —dijo Duffy.

—No, eso es… —Se le quebró la voz y se giró con una brusquedad que sobresaltó a Duffy, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó contra su pecho con una fuerza que él jamás hubiera imaginado posible—. ¿Por queeeeeeeé? —gritó, un único y prolongado lamento que podría haber sido el de una niña—. ¡Oh, vamos! ¿A dónde se fue lo que teníamos? ¿Dónde está ese hijo de puta? Lo amo. Lo odio. Oh, me gusta odiarlo y me cago en ese pobre y encantador cabronazo, ¡y cómo odio amarlo! ¿Por qué? ¿Podrías decirme por qué?

Duffy no solo no podía decirle por qué, es que ni siquiera podía pronunciarse. Su corazón y su mente estaban vacíos de palabras.

Y, con la misma brusquedad con que se puso a chillar, su madre se calló de repente. Al separarse de él, volvía a tener el rostro sereno y los ojos secos.

—¿Qué coño llevas en el bolsillo? —le preguntó. Miraba hacia abajo—. Está empapado.

—No llevo… —dijo Duffy.

—No me mientas, jovencito. Déjame ver.

Como no supo qué otra cosa hacer, Duffy se sacó despacio del bolsillo un puñado de peces de colores.

—Dios mío, he criado a un imbécil —dijo—. No hay que meterse los peces en el bolsillo cuando se les cambia el agua.

—Están muertos —dijo Duffy.

—Da igual, cambia el agua y vuelve a ponerlos donde estaban. ¿Cómo sabes que a los peces muertos no les gusta el agua limpia?

Lo único que pudo hacer fue mirarla. No tenía respuesta.

—¿Te coscas o no? —dijo ella.

—Me cosco, mamá.

«Te coscas». Cielo santo, su madre hablando como una pandillera. ¿Y no había oído nada de lo que le había dicho acerca de Tish, Felix y Jert? En su corazón estaba convencido de que sí. De que lo había oído y entendido. Pero quizá, a su edad y en su mundo, cosas como hacer vomitar a tu hijo o zurrar al amante de tu mujer en el culo con una tabla mientras están follando, fuesen cosas fortuitas, irrelevantes. Ni por un momento pensó que se le hubiese ido la pinza, aunque sabía que había personas que lo pensaban. Duffy se preguntaba si no sería más bien que su madre había visto lo que había al otro lado, un lugar que él nunca había tenido el privilegio de ver.

Salió con su madre de la habitación, cogió la redecilla y retomó su tarea con los peces muertos y moribundos.

11

Cuando salió del apartamento de su madre en el Hogar Dorado, caía una llovizna y había vuelto a refrescar. Al oeste de Gainesville, en dirección al golfo de México, los relámpagos destellaban a baja altura. Mientras Duffy atravesaba la bruma que brotaba de las calles vaporosas, la voz de su padre resonaba en sus oídos y sus ojos bullían de cazas ladeados y cayendo en picado. No había querido entrar en el cuarto de su padre, en su hangar, pero no había podido evitarlo y ahora ni los aviones ni el recuerdo de su padre le darían tregua. Duffy no quería pensar en el mundo de su viejo porque ya no había vuelta atrás, ni para lo que le había sucedido ni para lo que resultó de todo aquello. Y lo que él quisiera hacer o dejar de hacer daba lo mismo. Pensaría en él, al igual que sabía que tomaría la Octava Avenida en dirección este hasta la carretera de Waldo, y luego al norte hasta el aeropuerto.

Paró en una licorería y se compró una botella de Wild Turkey, no porque le apeteciera especialmente, sino porque era el whisky favorito de su padre. En el aparcamiento, con la bruma aún en descenso, destapó la botella, la levantó para hacer un brindis y dijo: «Va por ti, viejo». Dio un largo y vigoroso trago antes de bajar la botella.

—Duffy —se dijo a sí mismo—, eres un gilipollas sentimental, y él eso no lo aprobaría. No, ni de coña lo aprobaría.

Salió del aparcamiento de vuelta a la carretera de Waldo y trató de convencerse de que el whisky era la causa de las lágrimas que le nublaban la vista. Ah, qué hostias. Así que echaba de menos a su padre, ¿y qué? Quería al viejo, siempre lo había querido, incluso en los momentos en los que se avergonzaba de él. A lo lejos, Duffy distinguió las luces parpadeantes de un avión que iniciaba el descenso y oyó el rugido de los motores, y, aunque intentó evitarlo, visualizó las manos de su padre batiéndose en combate aéreo.

Para Duffy, el viejo había sido un padre maravilloso, entre otras cosas porque era hijo único y su padre era el compañero de juegos perfecto. En todas las habitaciones y pasillos de la enorme casa resonaban las risas y el estruendo de los aviones, los bombardeos y las explosiones. Era una casa victoriana de dos plantas con tejado a dos aguas que la madre de Duffy había comprado con el dinero que le había proporcionado su familia al casarse, el mismo dinero que, más tarde, pagaría los estudios de derecho de su hijo. Las habitaciones eran de techo alto y, en su memoria, siempre entraba un torrente de luz por los amplios ventanales. A la muerte de su padre fue cuando la luz quedó clausurada con aquellos pesados cortinajes.

Duffy aparcó la autocaravana en el arcén y se quedó mirando un avión que iniciaba la maniobra de aterrizaje con las luces de navegación intermitentes. Abrió la botella de Wild Turkey y le dio otro buen tiento mientras el avión pasaba a baja altura por encima de la Winnebago con el grave sonido rasante de los flaps.

—Abajo flaps —decía su padre.

—Abajo flaps, papá —confirmaba Duffy, adelantando el mango del martillo de juguete que llevaba en el regazo.

Estaban sentados en el suelo del pasillo, en el recuadro luminoso que proyectaba la luna a través de la ventana que tenían detrás. Duffy se había despertado hacía media hora, con su padre arrodillado junto a la cama.

—Hora de volar —le había dicho.

—Sí, señor —dijo Duffy, balanceando los pies hacia el suelo. Iba descalzo y con la bata roja de botoncitos nacarados que le había hecho su madre, y siguió a su padre hasta el aeródromo para inspeccionar el avión que iban a pilotar en la misión. Después de dar una vuelta alrededor del avión imaginario emplazado en el salón, se pusieron a hablar con los pilotos acerca del plan de vuelo, las condiciones meteorológicas y las fuerzas enemigas que les saldrían al encuentro en cuanto los bombarderos a los que iban a escoltar se aproximasen a su objetivo. De los otros pilotos nunca escuchaban nada halagüeño. Invariablemente, el plan de vuelo corría a cargo del comandante del ala de combate, que era subnormal profundo, las condiciones meteorológicas eran nefastas y el enemigo los superaba en número con una dotación de aeronaves

con mayor potencia de fuego. Pero, aun así, volaban. Siempre volaban, pasara lo que pasara.

Con los flaps bajados, habían iniciado la maniobra de aproximación y su padre hablaba desenfrenadamente con la torre porque los habían acribillado. El estabilizador estaba dañado, no funcionaba, les habían volado la punta del ala izquierda y el sistema hidráulico fallaba, por lo que tampoco disponían de tren de aterrizaje.

—Torre, aquí nueve siete nueve —decía su padre, con voz tensa —, aproximación final.

—Nueve siete nueve —decía también su padre, ahora con la voz calmada y segura de la torre, respondiéndose a sí mismo—, el equipo de emergencia está en marcha, espuma antiincendios esparcida, vuelvan a casa.

—Mantenlo estable —le gritó a Duffy—. Se acabó.

Duffy lo mantuvo estable con el mango del martillo que tenía en el regazo. Su padre echó la cabeza hacia atrás y de su boca emergió el sonido agudo y chirriante del avión destartalado en descenso. Los dos se pusieron a dar tumbos y se estrellaron contra el recuadro de luz de luna del suelo del vestíbulo, el padre imitando el raspado metálico de la panza del avión contra la pista. El rostro del padre brillaba de sudor, pero al hablar su voz sonó firme.

—Hemos estado de miedo, Duffy.

—Es que somos la leche, papá, ya te digo, los dos.

De la penumbra del final del pasillo, silenciosa como un fantasma, emergió la madre de Duffy. El cuello de su larga bata blanca tenía un lazo azul y en su boca se perfilaba el esbozo de una sonrisa. Soltó un pequeño cloqueo al acercarse a ellos.

—Sal de la carlinga, Henry —dijo.

—Hemos tenido suerte de volver con vida —dijo él.

Ella le tendió la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

—Si estoy hablando es que estoy vivo, y si estoy vivo, estoy bien.

—No podemos estar mejor, mamá —dijo Duffy—, pero esta vez nos quedamos sin ruedas.

—Venga —dijo ella—. Venid a la cocina y os prepararé un chocolate caliente.

Cuando su madre encendió la luz de la cocina, su padre se detuvo y miró pausadamente a su alrededor, examinando con detenimiento los fogones y el frigorífico.

—Veo que tienen una cafetera como la nuestra —dijo.

Su madre estaba echando cacao en un cazo y no levantó la vista.

—Sí, Henry, igualita.

—¿Cuánto tiempo han dicho que podíamos quedarnos? —preguntó él.

Ella dejó de hacer lo que estaba haciendo y le puso las manos sobre los hombros.

—Henry, he hablado con ellos y me han dicho que podemos quedarnos todo el tiempo que queramos. Me dijeron que disfrutáramos de la casa como si fuese nuestra.

—Vaya, a Dios gracias —dijo él.

Duffy se metió otro lingotazo de Wild Turkey y observó al avión que rodaba hacia la terminal. Aquellos años previos al colegio fueron maravillosos, pero las cosas se torcieron el primer día de clase, en el recreo, al ponerse a jugar con los otros niños. Al principio ni se enteró de lo que decían. Pero luego se dio cuenta de que hablaban de su padre y de que, además, estaban diciendo cosas horribles. Decían que su padre estaba pirado y no dudaban en llamarlo Barón Rojo y Mad Bomber[5]. Así que, en su primer día de colegio, por todo aquello que estaban diciendo, Duffy tuvo su primera pelea. Le encajó dos puñetazos a un niño y, antes de que él mismo se diese cuenta de lo que había hecho, el niño estaba sangrando por la nariz. Desde aquel primer día se corrió la voz de que Duffy Deeter enloquecería y mordería, patearía y le sacaría los ojos a cualquiera que se atreviese a decir algo sobre la obsesión de su padre con los aviones. Por consiguiente, los demás niños aprendieron a no mentar a su padre cuando Duffy estaba presente, pero él siempre supo, o eso creyó, que hablaban a sus espaldas, y fue así como acabó avergonzándose del padre al que tanto quería.

Duffy arrancó la Winnebago y avanzó por la carretera de Waldo hasta la entrada del aeropuerto. Se detuvo junto a la terminal y se quedó mirando cómo tomaba tierra un avión de Eastern Airlines. Agarró la botella del asiento del acompañante y volvió a soltarla al momento. El whisky no le hacía efecto. Le caía en el estómago como si fuese agua. Había dejado de llover. Salió de la

autocaravana y fue a situarse junto a la valla.

En esa misma valla había estado con su padre tres semanas antes de que sufriera el infarto masivo que lo mató. Habían ido a ver el Gran Espectáculo Aéreo de Gainesville. Noviembre, sábado por la mañana. El aire gélido se agitaba con el rugido de los motores revolucionados y, por encima de sus cabezas, recortado contra un cielo sin nubes, un biplano hacía un bucle, dejando una estela de humo. Su madre no había querido acompañarlos. Detestaba los aviones y solo de pensar en que iban a ver las aeronaves anunciadas para la exhibición se ponía mala: Corsairs de ala de gaviota invertida, bombarderos pesados

B-29

y Zeros japoneses, todo tipo de cazas, incluyendo el

P-38

en el que su padre fue derribado.

—No pienso ir —dijo su madre en el desayuno, repitiendo lo que llevaba advirtiendo toda la semana—. Y preferiría que tú tampoco fueras.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no veo un

P-38?

—dijo su padre.

Duffy estaba concentrado untando mantequilla en su muffin inglés, pero aun así vio a su madre estremecerse cuando su padre pronunció el nombre del avión.

—Sé perfectamente cuánto tiempo ha pasado, Henry —dijo ella.

—Hace un día precioso y creo que Duffy y yo nos lo pasaríamos genial si saliésemos a dar una vuelta por ahí —dijo su padre—. Un paseo en familia, si te animas.

—No voy a ir, Henry —dijo ella—. No me gusta ese…, ese…, todo ese ruido.

Duffy, que en aquel entonces solo tenía doce años, quería ir, se moría por ir, porque ansiaba ver un

P-38

de verdad. Hasta ese momento, solo los conocía por las maquetas que llevaba años montando mano a mano con su padre.

—No nos quedaremos mucho, mamá —dijo Duffy. Y al momento añadió—: Estaremos bien. No nos pasará nada.

Duffy sabía exactamente lo que le rondaba a su madre por la

cabeza, lo que le preocupaba. Su padre llevaba ya varias noches de calma, incluso por el día lograba comportarse. Pero ¿podía fiarse y dejar que asistiera al espectáculo aéreo sin ella, y encima con el niño? Duffy sabía que ella deseaba creer que sí, porque se desvivía por creer que su marido se estaba recuperando. Desde que Duffy tenía uso de memoria, su madre venía insinuando, y a veces hasta lo llegaba a manifestar abiertamente, que su marido se estaba fortaleciendo. Fortaleciéndose, así era como lo decía, pero lo que en realidad quería decir era que, el día menos pensado, su marido dejaría de pasarse los días encerrado en el hangar. Dejaría de bombardear y ametrallar la casa por las noches.

—Entonces id —dijo su madre—. Id vosotros. Yo tengo miles de cosas que hacer, no me aburriré.

Y, Dios, cómo se lo pasaron. Perritos calientes y

Coca-Cola.

Veteranos de las Guerras Extranjeras, con sus gorras azules y doradas, charlando delante de las aeronaves, moviendo las manos a ciento cincuenta kilómetros por minuto, ladeándose, rodando, perdiendo velocidad, haciendo bucles y lanzándose en picado. Música militar con montones de tubas y tambores saliendo de los altavoces. Duffy lo recorrió todo en compañía de su padre, cuyos ojos brillaban con una excitación inédita para él.

Y su padre habló sin parar de los aviones: del

P-51

Mustang que entró en la guerra en 1944 y era el único caza que podía escoltar a los bombarderos desde Inglaterra hasta Berlín; del

B-29

que lanzó la bomba atómica; del Heinkel HE111 alemán que luchó en la batalla de Inglaterra contra los Spitfires y los Hurricanes británicos; y del F4U Corsair que contaba con cuatro cañones de veinte milímetros y bastidores bajo las alas para ocho misiles.

Duffy ya estaba mareado con tantos nombres de aviones y armamento cuando, por fin, llegaron frente al viejo avión de su padre, el

P-38.

De golpe y porrazo, su padre enmudeció. Sus ojos brillantes se volvieron aún más brillantes. Se puso rojo. Duffy esperó a que dijera algo. Pero no dijo nada.

—¿Disfrutaste, papá? —dijo Duffy. Era algo que sospechaba desde hacía tiempo.

Su padre estaba como si le hubieran ofrecido sostener una serpiente.

—¿Eh?

—Disfrutaste, ¿a que sí? ¿A que te lo pasaste pipa?

—Fue la cosa más horrible del mundo. Y la más maravillosa —dijo.

—Y disfrutaste —dijo Duffy, convirtiéndolo en una afirmación.

—Sí, disfruté.

—¿Y crees que yo disfrutaría, papá? —Y, a continuación, al ver que no respondía—: ¿Lo crees?

Dio media vuelta y se alejó del

P-38.

Habló sin volver la vista.

—Pronto lo sabrás, hijo. A todo hombre le llega su hora, y a ti también te llegará. En realidad, lo de menos es si vas a la guerra o no. En la nación del corazón, hay guerra de sobra para cualquiera.

Duffy se apartó de la valla y escupió en la hierba húmeda. Tenía un regusto agrio en la base de la lengua. Había empezado a chispear de nuevo. Volvió a la Winnebago y destapó la botella de Wild Turkey. Bebió para combatir el sabor agrio de la boca y luego se sentó al volante mirando la etiqueta. Podía oír la voz de su padre con la misma claridad con que la oyó el día que fueron a ver los aviones: «Pronto lo sabrás, hijo. A todo hombre le llega su hora, y a ti también te llegara».

Pero su hora nunca llegó. Pese a poder pasarse todo el día corriendo y ser tan duro como una roca, algo tan absurdo como un cuadro de asma le había impedido ir a Vietnam. En lugar de ir a la guerra, fue a la universidad con el dinero de su madre. Pero su padre tenía razón, pensó amargamente: no ir a la guerra era también ir a la guerra.

Intentó no pensar ni en los aviones ni en los hombres que entraban en combate. Pero aun así pensó en ellos. Era el precio a pagar por entrar en la vieja habitación de su padre. Como muy bien supo cuando su madre insistió en que entrara con ella.

12

Duffy aparcó la autocaravana y subió en volandas las escaleras hasta el apartamento de Marvella. Había luz bajo la puerta, pero eso no significaba necesariamente que estuviera en casa. Cuando Marvella se hacía con un buen suministro de cocaína, todas las garantías saltaban por la ventana.

Accedió con su llave y vio a Tump Walker por la puerta iluminada del dormitorio, tan refulgentemente negro como una foca recién salida del agua, recostado en el suelo sobre un codo y con un espejito al lado surcado de rayas de coca. Sostenía un billete enrollado entre el pulgar y el índice. Marvella estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y a Duffy no le hizo falta acercarse más para ver que tenía las pupilas dilatadas y la boca ligeramente flácida y aborregada.

Tump lanzó una mirada fugaz a Duffy, acto seguido se agachó y aspiró una raya por el billete.

—Empezaba a pensar que no ibas a volver a casa, hermanito —dijo Tump, poniéndose de pie con un simple movimiento fluido que fue pura magia.

—Me llamo Duffy, me cago en la puta, no hermanito. —La presencia de Tump, que no pintaba nada allí, le despejó la cabeza. En cualquier caso, era un nuevo reto. Y se dijo a sí mismo que estaba preparado para afrontarlo.

—Sé cómo te llamas, tío —dijo Tump.

—Bien —dijo Duffy—. Al menos eso lo tenemos claro.

Duffy desvió la mirada de Tump a Marvella y de Marvella a Tump con tantas preguntas bullendo en su cabeza que no sabía ni por dónde empezar. Tump iba hecho un pincel con shorts, calcetines y zapatos blancos, y llevaba una camisa de punto azul celeste de un tejido tan fino que casi parecía pintada en la piel. El corte de la camisa dibujaba una V pronunciada que le llegaba hasta

el ombligo, y Duffy pensó que con todas las cadenas de oro que llevaba colgadas al cuello se podría sacar un camión cargado de cerdos de una zanja.

Marvella dejó caer sus largas y estupendas piernas por el borde de la cama y dijo: «Ha llamado Tish».

—¿Tish ha llamado aquí?

—Dos veces —dijo Marvella—. Estaba histérica.

Tump recogió el espejito, lo dejó en una mesa auxiliar y se sentó en la silla de al lado.

—¿Cómo cojones sabes que estaba histérica?

Marvella se acercó, le arrebató el billete enrollado a Tump y se metió una raya.

—Porque fue lo que dijo. Estoy histérica. Lo soltó las dos veces que llamó. Dijo que la llamases en cuanto llegaras.

Tump sacudió una mano primorosamente musculada hacia Duffy.

—Parece que por aquí ya lo tienes bastante crudo sin mí, tío…, Duffy. No he venido buscando movida. Solo me estaba dando un garbeo por la ciudad para ver si me agenciaba un poco de perico y Marvella… Por cierto, vaya nombre se gasta la chica. Nombre de hermana. El caso es que aparece y yo no la conozco de nada, pero oye a uno de los hermanos decir mi nombre y resulta que ella sí que me conoce, y nos ponemos a hablar…

—¿Histérica y quiere que la llame? —dijo Duffy.

—… y yo solo quería venir a decirte que siento mucho lo del diente, tío. Joder, un puto diente. Yo también he perdido un par, y eso de perder dientes no es ninguna tontería, ¿sabes lo que digo? Es un putadón del que no hay vuelta atrás. Las costillas, un hombro, incluso una puta rodilla se pueden curar. Pero los dientes no se curan.

Tump se hallaba en pleno balbuceo cocainómano y Duffy lo sabía. Pero había algo que lo agradaba mucho en el hecho de que se hubiese dejado caer por el apartamento para disculparse por lo del diente.

—La mierda del diente me la suda —dijo Duffy—. Lo superaré. —Se preguntó si debería meterse una rayita para atajar el efecto del alcohol antes de llamar a Tish—. Lo del taconazo con el que casi te abro la cabeza no fue accidental. Fue totalmente intencionado.

—Oye, no soy imbécil, blanquito. Ya lo sé. Verás, solo estaba de vacile, aburrido. Se suponía que iba a ser una broma o algo así. Yo qué sé. Solo de vacile.

—Supongo que Marvella te habrá contado que sé lo de la demanda de un millón de dólares.

—Me contó que Jert te dijo eso.

—Eso fue lo que dijo.

Tump exhibió ante él unos dientes blancos y parejos, increíblemente blancos, salvo dos del lado izquierdo, que eran dorados.

—Y tú le creíste. —Era una afirmación, no una pregunta—. Te soltó eso y tú le creíste.

—Yo me lo creo todo. Soy el campeón mundial de creerse cosas —dijo Duffy.

—Duff, ven aquí y empólvate un poco la nariz —dijo Tump—. Tienes una mente retorcida.

—Ahí has dado en el clavo y no sé si me conviene meterme nada por la nariz, pero de todas formas probaré un pelín. Me da que va a ser una noche larga.

—Tío, si me hubiese dedicado a demandar a todos los fulanos que me han fundido los plomos desde que empecé en esto, no tendría tiempo para hacer nada más. No sé qué le llevaría a Jert a soltarte algo así.

Duffy pensó en decirle a Tump que le había estrujado las pelotas a Jert, pero se lo pensó mejor.

—Se le da de miedo liarla parda, me refiero a Jert.

Tump volvió a mostrarle la dentadura.

—No te jode, tío, a mí también se me da de miedo. Cualquier mala bestia de la NFL podría decirte lo mismo.

—No me refería exactamente a eso. Lo que quería decir…

—Sé lo que querías decir, Duff. Era una puta broma. En la universidad no solo fui a los entrenamientos. También fui a clase. Este perro negro que ves aquí te tiene bien calado. Nada más verte entrar, supe que estabas metido hasta el culo en un blues de primera.

—¿Se puede saber dónde coño te has metido? —dijo Marvella.

—Fui a ver a mamá.

Tump sacudió su cabezón primorosamente cincelado.

—Eso me gusta, un hombre que va a ver a su mamá. Eso sí que me gusta. ¿Vas a meterte algo o no? ¿Por qué no te metes una rayita y te espabilas?

El teléfono sonó, Duffy le arrebató a Tump el billete enrollado y se metió dos rayas en un visto y no visto.

Marvella ni se movió de la cama.

—Será mejor que lo cojas, Duffy. Es ella otra vez.

Duffy descolgó el teléfono.

—Hola.

—Duffy, tienes que venir ahora mismo. —Era Tish, pero le pareció bastante tranquila.

—Lo siento, Tish. Pero Jert dijo que tenías una orden judicial y que…

—Por el amor de Dios, Duffy. Olvídate de esa mierda. Nos han robado y…

—Robado. ¿Os han robado a ti y a Felix?

Titubeos, y seguidamente:

—Estaba aquí Jert. Alguien entró y… Fue un horror.

—Yo no soy la poli —dijo Duffy—. Llama a la puta policía.

—Ya lo he hecho. Duffy, por favor. Felix está aquí. Esa persona podría volver.

—Ni siquiera sé por qué me llamas. Y tampoco veo qué podría hacer.

—Podrías venir y punto. Eres mi marido, por eso te llamo.

Por Dios, pues sí que sonaba un poco histérica, la voz se le había ido poniendo tensa y estridente según avanzaba la conversación.

—Coge algo del dinero que sacaste del banco y págate un guardia de seguridad.

—Duffy, estaba muy cabreada cuando hice eso. Solo intentaba desquitarme. —Su voz ahora se había apaciguado hasta adoptar un tono suplicante—. Si no eres capaz de hacerlo por mí, hazlo al menos por Felix.

—A nadie en su sano juicio se le ocurriría secuestrarlo —dijo Duffy—. ¿Quién pagaría un rescate por un crío así? —No lo decía en serio, y lo sabía. Daría su vida por ese pobre gordito.

—Duffy, eres un hijo de puta cruel.

—A veces. Pero la crueldad es bondad. Tú deberías saberlo. Deberías saberlo mejor que nadie.

—Dios mío, te crees de verdad todas esas majaderías que sueltas.

Duffy comprendió con repentina y horrorosa claridad que no, que no se las creía ni por el forro. Pero entonces, en algún lugar dentro de su cabeza, oyó una voz, su propia voz, pronunciándose sin emoción, como transida, diciendo: «No creer es también una forma de creer. La falta de fe es fe».

—Olvídate de lo que he dicho. ¿Sigue Jert por ahí?

—Está hablando con la policía.

—Me acercaré —dijo. Aquello era, en cierta forma, maravilloso. Ojalá pudiera ir con su madre. Era la clase de mierda retorcida a la que ella le sabría sacar todo el jugo.

—¿Vienes ya?

—Ya mismo. —Colgó.

—¿Que Jert está dónde? —dijo Tump, inclinándose para meterse otra raya.

—En casa de mi mujer.

—¿En serio? —preguntó Marvella—. ¿Qué cojones está pasando?

—Tengo que acercarme por allí. Dice que alguien entró y los atacó. Jert está allí. La policía está allí. Sabe Dios quién más. Y me insiste en que vaya. No sé qué del niño.

—Pensé que estaba tramitando el divorcio —dijo Marvella—. Pensé que tenía una orden de alejamiento…

—A ver, Marvella, cocainómana de los cojones… —dijo Duffy.

—Joder, vaya lengua nos gastamos —dijo Tump.

—… trata de concentrarte un poquito, fíjate en mi cara. ¿Acaso tengo pinta de saber qué cojones está pasando?

—No iba con segundas —dijo ella.

—Lo sé —dijo Duffy—. El cerebro no te da.

—Eso es cruel —dijo Tump—. Eso es cruel que te cagas, Duffy.

Duffy extendió las manos con las palmas hacia abajo.

—Así que no te muevas. Volveré en un pispás. Luego ya veremos qué pasa.

Se dirigió a la puerta y hasta que no tuvo la mano en el pomo no se dio cuenta de que tenía a Tump pegado al culo, la soltura con que se desplazaba aquel grandullón era de no creer.

—¿Te vas? —le preguntó Duffy.

—Te acompaño.

—Estás loco, tío. Esto podría ponerse feo. Y no te concierne.

—Jert me concierne. Ir soltando mierdas de mí en la calle. Ya lo creo que me concierne. Está allí, así que te acompaño.

Los enormes ojos oscuros de Tump hacían malabarismos y la cocaína le hacía rechinar los dientes. Se le había hinchado una vena bifurcada en la frente por encima del puente de la nariz. La droga le hacía respirar como si hubiese estado esprintando.

—Puedes ir a verlo mañana.

—Mañana puedo estar muerto. Quiero verlo ahora. Con la calma. Te lo prometo. Tienes mi palabra, con la calma. Solo quiero decirle a ese tío que Tump Walker responde por sí mismo. —Sonrió—. Además, estoy en deuda contigo por lo de ayer. Por lo del diente. Si todo va como tendría que ir, puede que necesites refuerzos.

—No sé, Tump.

—Yo sí que lo sé. Y soy el único que tiene que saberlo. ¿Estamos?

A Duffy le bastó con eso. Le gustaba esa forma de hablar. Necesitaba escuchar algo así, necesitaba calentarse un poco con esa clase de calor que solo se obtiene de la confianza.

—De acuerdo —dijo Duffy—. Pero, por el amor de Dios, intenta calmarte. Allí hay policías. —Le preocupaba Tump, lo cerca que parecía estar del límite—. Policías. ¿Recuerdas a los policías? ¿Esos tipos con placas y pistolas?

—Me bajará en el trayecto.

—No vamos muy lejos —dijo Duffy.

—Ni te preocupes. —Tump le mostró sus dos dientes de oro.

Duffy abrió la puerta.

—Tump, ¿te importa si me hago unas cuantas rayitas más con tu coca?

—Hazte las que quieras, hermana —dijo Tump por encima del hombro—. Pero haz caso a un profesional. Ya vas fina.

13

Ya de camino, Duffy se dispuso a contarle a Tump todo el asunto, estrujamiento de pelotas incluido. Pero no pudo. Se lo impidió no saber por dónde empezar. ¿Azotar a un fulano en el culo mientras estaba follando? ¿Era una locura? Probablemente sí. A Duffy no le importaba que pensaran que estaba como una chota. Pero sí le importaba que lo considerasen idiota. Tal vez solo un idiota haría lo que él había hecho.

—No es asunto mío, Duff, pero ¿qué hace Jert en casa de tu señora a estas horas?

—Tienes razón. No es asunto tuyo. Pero me toca los huevos. Va a representarla cuando pida el divorcio.

—La Virgen —dijo Tump—. Eres como una caja de Cracker Jacks[6]. Cada vez que abres la tapa, salta una sorpresa. Creí entender que era tu socio en el bufete.

—Lo es. Era.

—Eso sí que es retorcido.

—Ya lo vas pillando.

Dejaron atrás unas cuantas manzanas en silencio.

—Deberías mirar lo de ir a arreglarte el diente —dijo Tump.

—Es lo mismo que dijo mi mujer.

—Pues lleva razón. Un hombre debe velar por su boca, tenerla arreglada. Un diente roto —dijo Tump, sacudiendo la cabeza—. Un diente roto es un putadón. Los dientes no se curan.

—Ya me lo dijiste antes.

Siguieron avanzando en silencio y, al tomar el camino de acceso, se toparon con dos coches patrulla aparcados en medio, con las luces rotativas azules girando y parpadeando.

—Vaya casa guapa te gastas, colega —dijo Tump.

—Me gastaba, Tump, me gastaba. Ahora es de Tish.

—¿Se la vas a dar a esa zorra?

—Se la darán los tribunales si decide seguir adelante con lo del divorcio. Nunca te divorcies en Florida. Es el estado de la Unión más cabrón para divorciarse si eres un tío. Recuérdalo cuando llegue el momento, Tump.

Tump ya había abierto la puerta y estaba saliendo, pero al oír sus últimas palabras se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—¿Cuando llegue el momento? Hay que estar casado para poder divorciarse. Y aquí a este menda no lo verás tú nunca llevar comida a un bufé libre.

—Tump, ¿por qué no te conocí hace diez años? La de disgustos que me habrías ahorrado.

—Bueno, me has conocido ahora. Y lo mismo aún puedo ahorrarte unos cuantos. Conozco a un hermano que le pegaría fuego a esta puta casa por quinientos dólares.

Se habían quedado de pie en el camino de acceso, Duffy no apartó ni un segundo la mirada de la puerta principal mientras hablaban.

—Mantén el contacto con ese tipo. Puede que nos haga falta.

—Coño, no va a irse a ninguna parte.

—Será mejor que entremos y acabemos de una vez con esto —dijo Duffy.

Duffy abrió la puerta y, justo al otro lado de la estancia, de espaldas a él, estaba Jert hablando con dos policías, ambos con libretas y apuntando cosas. Jert se giró al oír el sonido de la puerta, miró a Duffy, se sonrojó violentamente y volvió a dirigirse a los policías. Felix estaba en el sofá y, había que joderse, el cabrón también le dio la impresión de que se sonrojaba. ¿A cuento de qué tanto sonrojo?, se preguntó. Tish no estaba; probablemente anduviera en el sótano o en la parte de atrás.

Tump entró detrás de Duffy, cruzó la habitación directamente hasta donde estaba Jert y, tal y como suelen hacer los atletas con total naturalidad, le propinó un palmetazo en el culo al tiempo que le decía: «¿Qué te cuentas, tío?».

Jert profirió un aullido y dio un brinco que estuvo a punto de derribar a uno de los policías.

—Hostia, Jert —dijo Tump—, ¿tienes el bullate sembrado de hemorroides?

—¡Menudo susto! Esta noche ha sido un infierno. ¿Qué hacéis

aquí, si se puede saber?

—Estamos en mitad de una investigación, caballero —dijo uno de los policías—. Si no le importa…

Tish llegó corriendo desde el pasillo con la boca abierta y los ojos como platos. Vio a Duffy y se frenó.

—Gracias a Dios. Pensé que había vuelto el… —Se interrumpió al ver a Tump—. ¿Y este quién es?

—Tump Walker. Soy el que le rompió el diente a su marido. —Miró a Jert—. Y voy a demandarlo por un millón de dólares, ¿verdad, Jert?

—Verás, Tump, yo…

—Ándate con mucho ojo si vuelve a salir mi nombre por tu boca. Ni se te ocurra volver a soltar mierdas sobre mí —dijo Tump, y Duffy pudo distinguir la cocaína cociéndose en su voz.

—Señor Walker, apártese y mantenga la boca cerrada —dijo el policía—. Ya le he dicho que estamos en mitad de una investigación.

—Tiene razón, agente. Tiene razón. Jert es un tío cojonudo, pero de vez en cuando hay que meterlo en vereda.

El otro policía señaló a Tump, casi tocándole el pecho.

—¿Era tan grande como este?

—No tan grande, por Dios —dijo Jert.

—¿Como este? —dijo Tump—. ¿Como este qué?

El policía consultó su libreta.

—Varón, negro, más de uno ochenta, muy musculado.

La cara de Tump estaba tensa.

—Ah, se refiere a otro negrata.

—Solo estoy leyendo lo que ha declarado el señor McPhester. Aunque la descripción no nos sirva de mucho. Llevaba una media en la cara.

—Es que los negratas somos muy de ponernos medias en la cara para robar casas y Seven Eleven.

—¿Es que nadie de los aquí presentes va a decirme qué cojones está pasando? —dijo Duffy.

—¿Es usted el señor Deeter? —El policía echó un vistazo a su libreta—. ¿El señor Duffy Deeter?

—El mismo que viste y calza.

—Puedo decirle lo que tenemos hasta el momento.

Lo que tenían hasta el momento daba gusto escucharlo. A Duffy le encantó. Menuda panda de troleros, no se libraba ni uno, ni siquiera el pobre Felix.

—Bien, a ver si lo he entendido —dijo Duffy—. Jert, tú y Tish estabais aquí, en el salón, hablando de… —Miró primero a uno y luego al otro—. De negocios.

—Así es —dijo Jert, sin mirarle a los ojos.

—¿Y Felix ya estaba en la cama? ¿A esa hora? Hijo, ¿por fin has seguido el consejo de tu viejo padre y has dejado de ver la tele? Nada de tele esta noche, ¿eh?

Felix no contestó. Miraba fijamente a Tump.

—Ya te he dicho yo que estaba en la cama, Duffy —dijo Tish—. No lo pongas más difícil. Estoy agotada.

—Solo estoy tratando de entender. Alguien forzó la cerradura de una de las puertas correderas, la tele estaba apagada, ¿y no lo oísteis entrar? ¿Qué cojones estabais haciendo? ¿Hablabais a gritos?

—En esto estamos tan a oscuras como tú, Duffy —dijo Jert.

—¿Estabais a oscuras? —dijo Duffy, disfrutando cada vez más. Podía seguir jugando un rato con ellos—. ¿Y se puede saber, en nombre de Dios, por qué estabais a oscuras?

—Es una manera de hablar —dijo Tish.

—Solo una manera de hablar, estar a oscuras —dijo Jert.

—Me vais a perdonar —dijo Duffy—, pero todo esto es muy raro. Me parece que no acabo de entenderlo.

—Estábamos muy concentrados en lo que hacíamos —dijo Tish —, y no lo oímos entrar.

—¿En lo que hacíais? —dijo Duffy. Iba a ponérselo lo más difícil que pudiera.

—Diciendo. Concentrados en lo que estábamos diciendo —dijo Jert.

—Ha sido una época difícil, Duffy —dijo Tish.

—Y de eso mismo estábamos hablando, de lo difícil que ha sido —dijo Jert.

Jert estaba alterado y a Duffy le estaba encantando.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo uno de los policías—. Tenemos que avanzar.

—Vale, pongamos que no lo oísteis —dijo Duffy—. ¿Qué hizo cuando entró en la habitación?

—Les robó —dijo Felix. Duffy dirigió la mirada a su hijo. El pequeño infeliz sonreía, lucía una sonrisa de oreja a oreja. ¿Estaba disfrutando de aquello tanto como él?

—Se quedó con el Rolex del señor McPhester —dijo uno de los policías. Jert ni llevaba ni tenía un Rolex. Debió informar de eso a los policías antes de que Tish se asustara y llamase a Duffy para decirle que viniera. Una vez registrado en el informe de robo, Jert no podía retractarse, decir que era un error. Duffy volvió a mirar a Jert y, de un modo casi imperceptible, empezó a menear la cabeza —. Luego le quitó la cartera y, por último, su anillo de diamantes. —Jert tampoco llevaba un anillo de diamantes, así que Duffy meneó la cabeza con más énfasis. Jert no tenía un anillo de diamantes, pero Tish sí. Le había costado un ojo de la cara y la muy zorra aún lo lucía en el dedo.

—Veo que tú todavía tienes el tuyo, Tish —dijo Duffy.

—Fue entonces cuando me golpeó con la pistola, y eso hizo que me saliera de mis casillas. —Jert se apartó el pelo de la frente y mostró el esparadrapo que le cubría un par de marcas en el nacimiento del cabello. El tablero de la parte frontal de la cama de agua le había hecho un buen estropicio.

—Creemos que en ese momento se asustó —dijo un policía—, y salió huyendo.

—Eso no se lo cree ni su puta madre —dijo Duffy.

—¿El qué? —preguntó Jert, y Duffy vio que algo relampagueaba en su rostro. ¿Era la constatación furibunda de que la estaba cagando?

—Vamos a ver, estáis aquí, de noche, no muy tarde, con las luces encendidas, dos coches aparcados ahí delante, y va un fulano, fuerza la cerradura, entra y os pilla por sorpresa. Eso es lo que no se cree ni su puta madre. ¿No te parece, Tump? —Pero Tump no contestó, se había despatarrado en el sofá al lado de Felix, sudando a mares por el subidón de coca y probablemente preguntándose cuándo se largarían de allí para poder meterse otra raya.

—¿Es usted ese Tump Walker? —preguntó Felix—. El que lleva el cerdo[7].

Si Felix lo hubiese dicho en griego en lugar de en inglés, a Duffy no le habría sorprendido tanto como que dijera «el que lleva el cerdo» en lugar de «el que lleva el balón».

Tump le guiñó un ojo al crío.

—Otra cosa no, pero cargar con el cerdo es lo mío.

—¿Me firmaría mi balón? —preguntó Felix.

La amplia y hermosa mano de Tump se posó en el hombro rollizo de Felix.

—Hijo, me encantaría firmarte el balón.

Duffy no tenía ni idea de que Felix tuviese un balón de fútbol. Nunca se le había ocurrido preguntárselo. Quizá la televisión sirviera de algo, después de todo.

Felix saltó del sofá y se dirigió a su habitación por el pasillo. Tish se acercó y se encaró a Tump con una mano en su espléndida cadera, luego arqueó la cadera hacia un lado para que el cuerpo se le curvase en un arrebatador signo de interrogación.

—Juega usted al fútbol profesional, señor Walker. —Fue una afirmación.

—Tump, solo Tump —dijo. Pero ni lo confirmó ni lo negó. Se limitó a mirarla, con los ojos brillantes y entrecerrados bajo su frente lisa. Duffy los observó. Parecían estar columpiándose en sus miradas. Duffy pensó que Tump debía de haber distinguido en su voz lo mismo que había distinguido él. Ni siquiera él supo identificar de qué se trataba, pero lo que quiera que fuese le sobrevino como una impresión de calor, algo que había sido aplacado y que llevaba ardiendo y cocinándose a fuego lento desde hacía mucho tiempo. Era la misma cualidad que había apreciado en su voz cuando estaba inmovilizada en la cama y recibiendo lo suyo por parte de Jert. La idea de que no conocía en absoluto a Tish comenzó a ganar terreno en su cabeza.

Felix volvió con el balón y un rotulador indeleble. Se lo entregó a Tump.

—Ponlo bien grande, Tump, los Dolphins están a puntito de nombrarte jugador franquicia para que no vuelvas a Philly[8]. ¡Ya verás cuando lo vean en el cole!

Duffy sintió que el suelo se movía bajo sus pies, o eso le pareció. ¿Ese que hablaba era Felix, su Felix?

—Señor Deeter —dijo uno de los policías, que había estado escudriñando su libreta como si estuviese sumando una columna de cifras—. ¿Dónde estaba usted esta noche entre las ocho y…, digamos, las diez?

Duffy miró al policía. ¿Iban a por él?

—¿Estamos hablando por hablar o lo quiere saber por algo en concreto?

—Por favor, intente cooperar, señor Deeter. Tenemos que hacer un informe lo más exhaustivo posible.

—Estuvo conmigo —dijo Tump, devolviéndole el balón a Felix, que se quedó mirando fijamente la firma que daba toda la vuelta—. Conmigo en casa de su mamá. Fue a verla y yo fui con él.

Jert no daba crédito.

—¿Fuiste con él a visitar a su madre?

—Las mamás son mis personas favoritas del mundo. Los hombres que van a ver a sus mamás me caen bien. ¿Tú visitas a tu mamá, Jert? Apuesto a que casi nunca. De lo contrario, no serías tan bocachancla ni irías por ahí largando cosas inventadas de otras personas. Las mamás enseñan a sus hijos a no ir así por la vida.

—¿Tú…, tú has conocido a Deeter madre? —dijo Tish.

Duffy no había logrado que Tish dejara de llamarla así. Su madre no lo soportaba, él había logrado que no lo hiciera delante de ella, pero siempre se refería a su madre de esa manera cuando la anciana no estaba presente.

—La conocí y me agradó desde el primer momento. Me recuerda a la mía.

Jert frunció el ceño y se acomodó las pelotas, una clara señal de que estaba furioso o perplejo, o ambas cosas.

—¿Cómo coño os habéis hecho tan amigos de repente? El domingo ni siquiera os conocíais.

—Somos de la misma calaña —dijo Duffy—. Nos reconocimos nada más vernos, tal cual.

—Por nuestra parte, ya estaría —dijo uno de los policías—. Más no podemos hacer esta noche. Estaremos en contacto y aumentaremos las patrullas en esta calle durante los próximos días. Aunque en realidad no es necesario. Casi nunca vuelven.

—Si vuelve, a mí esta noche no me va a encontrar —dijo Tish—. Felix y yo nos vamos.

—Nuestro hombre ya les ha asegurado la puerta hasta que puedan llamar a un cerrajero —dijo el policía—. Yo sugeriría un sistema de alarma, me refiero a si yo estuviera en su lugar, si tuviese una casa como esta. Espero que todo vaya bien, señor

Deeter. —Se detuvo y miró a Tump—. Siento haberle hablado antes de ese modo. Solo estaba haciendo mi trabajo. Le necesitamos en Miami con los Dolphins…, y quiero que sepa que yo seré uno de los muchos que le darán la bienvenida al estado.

—Lo mismo digo —dijo el otro policía—. No hay tutía. Usted hace lo que hace mejor que nadie.

Tump sonrió y los despachó con un gesto.

—Uno nunca se cansa de oír esas cosas. Muchachos, tomáoslo con calma.

Cuando la puerta se cerró detrás de los policías, se hizo el silencio. Nadie parecía saber qué decir. Jert se tocó la frente con cuidado. Felix sostenía su balón y miraba absorto la firma de Tump. Tish se puso a trastear con un cigarrillo y un mechero.

Tump se levantó del sofá y sacudió sus inmensos hombros.

—Bueno, Duffy, no sé qué hemos venido a hacer aquí, pero sea lo que sea, parece que ya está. Si quisieras llevarme de vuelta, yo…

—No hay problema —dijo Duffy—. Tish y yo tenemos problemillas, así que no voy a quedarme.

—Bueno, yo ya he dicho que no me quedo aquí esta noche ni de puta coña —dijo Tish.

—Yo quiero ir con papá —dijo Felix con una extraña exaltación en la voz que Duffy no recordaba haberle oído nunca.

—¿Quieres ir con tu padre? —dijo Tish.

—Y con Tump Walker —dijo él—. Quiero ir con Tump y con papá.

—Yo podría acercar a Tish a un motel —dijo Jert.

Duffy lo fulminó con la mirada y, para su sorpresa, sintió en la boca del estómago la repentina sacudida de algo que, en un primer momento, no supo identificar como celos. Y al registrarlo como tal, se quedó pasmado. ¿Celoso? ¿Él? Pues sí, blanco y en botella, ahí estaban. Se obligó a mantener la dureza de la mirada.

—Ya sabes, eh…, llevarla, eh…, a un motel cercano —dijo Jert, trastabillándose de mala manera—, y…, eh…, ya si eso mañana retomamos.

—¿Puedo ir contigo y con Tump, papá? ¿Puedo?

Duffy no respondió. Estaba mirando a Tish, contemplando la deliciosa curva de su trasero, pensando en los sonidos que le había oído hacer con Jert. Sin duda, eran tiempos confusos.

—Que se venga el chaval, Duffy —dijo Tump—. Ya ni me acuerdo de la última vez que tuve cerca a un pichón como este.

—Dadas las circunstancias —dijo Jert—, no sería mala idea, Tish. Una buena noche de sueño reparador te vendría de perlas.

Duffy pensó: «¿Incluso después de que te hayan estrujado las pelotas y reventado el culo a paletazos, después de haber estado a punto de partirte la crisma contra el cabecero de la cama, gordo cabrón, quieres seguir zumbándote a mi mujer esta noche?».

Pero, en lugar de rabia y de ganas de liarse a puñetazos, lo único que le provocó aquel pensamiento fue una inmensa tristeza, pesada y palpable como una piedra.

14

La luna llena inundaba con su luz dorada el campo de fútbol situado en el centro del enorme estadio y daba la impresión de que el aire emitía un fulgor centelleante. Marvella, que había sido animadora en el instituto, lideraba las gradas vacías con volteretas laterales, cabriolas y cánticos. Hizo un mortal hacia atrás, se impulsó hacia arriba y coreó: «¡Dos piezas, cuatro piezas, seis piezas, un dólar, todos con Tump, todos en pie y a animar!» [9].

Y, desde la portería del fondo, Tump, una oscura sombra flotante recortada contra el césped, esprintó cuarenta yardas antes de aminorar la marcha, regresar al trote a la posición inicial y volver a salir disparado.

Felix, situado en la banda con un cronómetro en la mano, gritó: «Cuatro-seis, Tump. Cuatro-seis». Tump pasó trotando a su lado, giró la cabeza hacia él y le mostró sus brillantes dientes en una sonrisa relajada. La sonrisa pareció activar algo en el niño. Brincó sobre sus gruesas piernecillas y gritó: «Dame un cuatro-cuatro, Tump. Aunque solo sea uno. Un cuatro-cuatro. ¡Vamos! ¡Vamos!».

Marvella daba giros y se volteaba, animando sin cesar a las gradas vacías para que apoyasen el esfuerzo desplegado sobre el terreno de juego. Duffy, sentado en el césped con las piernas cruzadas, jadeante, solo podía mirarla y preguntarse cuánto tiempo aguantaría a ese ritmo. La cocaína ayudaba, desde luego, pero, por Dios, esa manera de dar volteretas, abrirse de piernas y brincar no parecía humana, más bien ella parecía un artilugio mecánico. Tump esprintaba del mismo modo. Y el gordo de Felix, que, por lo general, a eso de las once de la noche, ahíto de galletas y leche, empezaba a dar cabezadas, se hallaba ahora sumido en un auténtico frenesí, y ya eran las dos de la madrugada.

Duffy era el único que estaba en las últimas, y era plenamente consciente de ello. Había intentado correr con Tump, pero carecía

de velocidad para las cuarenta yardas y, aparte, para su gran sorpresa, los cuatro esprints que había emprendido lo habían dejado exhausto. Era indudable, las cosas se habían ido definitivamente a la mierda. Había tomado el camino equivocado. En algún momento había tomado el desvío que no tocaba.

Tump pasó como un rayo, una sombra borrosa que no parecía ni rozar el suelo.

Felix chilló. Un sonido semejante al que habría hecho si se le hubiera quedado la mano atrapada en una picadora de carne. A continuación, gritó: «¡Cuatro-cuatro! ¡Un puto cuatro-cuatro!».

Duffy nunca había oído a su hijo hablar de esa forma. Tump volvió al trote y se detuvo al lado de Felix. Felix le pasó el balón, Tump lo recibió con una sola mano y le dijo: «Hijo, hay un montón de gente capaz de hacer las cuarenta yardas en cuatro-cuatro».

Que era precisamente lo que Tump le había dicho antes, cuando entraron en su apartamento. Fue la afirmación que, al final, les había llevado hasta el estadio en mitad de la noche.

En el camino de vuelta a casa de Marvella para que Tump recogiera su alijo de coca, este sugirió que fuesen todos a su apartamento.

—Podríamos dejarnos caer por mi choza —dijo—. Hay sitio de sobra. Ningún problema.

—Sí —gritó Felix junto al oído de Duffy—, vamos a la choza de Tump.

—¿Y cómo es que tienes alojamiento en Gainesville? —preguntó Duffy.

—No es mío, tío. Es prestado.

—¿Prestado?

—Parte del trato.

—¿De qué trato estamos hablando?

—Un porcentaje en la distribución de una marca de cerveza. Así es como llegué a McPhester en un principio. No te irás a creer que se me ocurriría juntarme con esa gentuza si no tuviesen algo que ofrecerme, ¿verdad? El tema de la cerveza venía incluido en lo del traspaso a los Dolphins. Necesitaba un abogado y mi agente… Oye, ¿no te aburre toda esta murga? A mí me parece un coñazo. ¿Vamos a mi casa a relajarnos? —Se giró para mirar a Felix, que estaba justo detrás de él—. ¿Tú cómo lo ves, vaquero? ¿No crees que

necesitamos relajarnos?

Felix, con una vocecilla tensa y grave, dijo: «Yo sí que necesito relajarme».

Duffy se quedó mirando al frente y se preguntó por aquel extraño en el que se estaba convirtiendo su hijo.

Marvella no se podía creer el sitio donde vivía Tump. Era enorme. Y todo blanco, incluso las alfombras. El apartamento ocupaba una planta entera del edificio.

—Virgen santa, Tump —dijo Marvella—, podrías criar caballos aquí dentro.

Tump contempló el salón como si lo estuviese viendo por primera vez.

—Nunca lo había pensado así. Pero, sí, unos cuantos caballos sí que caben.

Duffy miró a Marvella con una aversión disimulada y cariñosa. ¿Usar el salón para criar caballos? Sí. Claro. Era una buena chica de Alabama y nunca dejaría de serlo. Era pura, perfecta en su especie. Estaba bien saber que seguía habiendo cosas puras y perfectas en el mundo. Tal vez por eso no la había mandado a tomar viento.

—Tengo que comer —dijo Tump—. Necesito meterme en vena dos kilos y medio de carbohidratos.

—¿Comer? —dijo Marvella—. Dios mío, ¿tienes hambre después de toda esa… —miró a Felix, pero siguió adelante y lo soltó—:… farlopa que te has metido?

—El hambre no tiene nada que ver, preciosa. Tengo que alimentar a la máquina. La máquina es todo lo que tengo y no puedo descuidarla solo porque esté haciendo el imbécil. Voy a llamar por teléfono y a pedir cinco o seis pizzas.

—¡Claro que sí, Tump! —gritó Felix—. Yo también me comería unas pizzas. ¡Alimentemos a la vieja máquina!

—Supremas, ¡con un par! Sin tonterías. Pepperoni, salchichas, champiñones, todo lo que haya. Incluso anchoas. ¿Algún problema con las anchoas, Felix?

—Tump —dijo Felix, ahora muy serio—. Yo me zampo lo que me echen.

A Tump le pareció descojonante. Entre risas, dijo: «Pues yo puede que me coma hasta los putos cartones de las pizzas, fíjate lo que te digo, figura».

—Toma, y yo —dijo Felix—. Primero nos comemos las pizzas y luego los cartones.

Tump miró a Duffy y a Marvella.

—¿Alguien en contra de las anchoas?

—Va a pasar un buen rato antes de que pueda volver a pensar en comida —dijo ella—. Y tú no sé cómo puedes darle a la farlopa y comer.

—¿Cómo cojones te crees que estoy así de grande? El perico no tiene calorías.

—¿Comes esa basura, Tump? —preguntó Duffy—. ¿De verdad comes eso?

—Rebobina, Duff —dijo Tump.

—¿Eh? —Duffy estaba desconcertado. La cocaína le estaba afectando a la cabeza. Iba a tener que bajar a la Winnebago a por su botella de Jack
Daniel's.

—Que lo repitas, tío duro. Tump y yo estábamos un poco en Babia —dijo Marvella, y se le escapó una risita.

—Digo que en una pizza hay suficiente sodio y grasa para matar a una mula —dijo Duffy.

—Pero no a un negrata —dijo Tump—. Y mucho menos al negrata que lleva… —y miró a Felix para guiñarle un ojo—… el cerdo. El sodio evita los calambres. Y la grasa está llena de energía potencial.

—La grasa está llena de energía potencial —murmuró Felix, hablando consigo mismo, rumiando la frase, que le había encantado. De alguna manera, justificaba su existencia. No podría decir cómo, pero así era—. La energía potencial de toda la vida —dijo casi en un susurro.

Tump descolgó el teléfono y pidió cinco pizzas.

—Sí —dijo—. Sí, supremas, ¡con un par!

Duffy bajó a la Winnebago a por su botella de Jack
Daniel's
y Marvella se hizo unas rayas sobre un espejo. Al cabo de un rato, durante el cual casi nadie dijo nada, salvo Felix, que no dejó de parlotear sobre la Liga Nacional de Fútbol Americano, los jugadores, los equipos, los entrenadores, los calendarios y las últimas Super Bowl, estaban todos sentados en la mullida alfombra

del salón, Tump y Felix desgarrando enormes porciones de pizza y Duffy y Marvella en la posición del loto, Duffy dando pequeños tragos a su botella y Marvella inclinándose sobre el espejo para meterse una raya.

Duffy miró la pizza y fue como si acabara de oler algo podrido.

—No entiendo cómo un atleta de talla mundial se permite comer esa bazofia.

Tump se limitó a sonreír.

—Hay bazofias y bazofias, colega. No creo que Herschel Walker[10] comiera en la mesa del equipo con el resto de los jugadores cuando jugaba en Georgia. Herschel vive a base de hamburguesas. Sale por ahí, se zampa cinco hamburguesas del tirón, sus brazos crecen lo menos una pulgada y luego va y te marca medio segundo menos en las cuarenta yardas. ¿Cómo lo ves? De niño yo me comía todo lo que caía en mis manos, y me ponía la mar de contento. Y lo sigo haciendo. Me zampo lo que me echen.

Felix, dando buena cuenta de una porción de pizza, clavó sus ojos en Tump y dijo: «Tú y yo nos parecemos mogollón».

—Lo sé —dijo Tump—. Lo supe nada más verte. Porque…, ¿sabes qué? A tu edad yo tenía tu misma constitución. Fue lo primero que pensé en cuanto te vi. Joder, chaval, seguro que cuando crezcas serás el que lleve el cerdo.

Felix dejó de masticar y soltó su porción de pizza. Miró a su padre y luego volvió a mirar a Tump.

—Bueno, no creas que no lo he pensado.

Todo aquello superaba a Duffy. Marvella se había zafado de la posición del loto, que él le había obligado a adoptar, y le dijo que la retomara. Ella ya había pasado mil veces por eso, así que obedeció sin rechistar. Pero sujetando delicadamente el billete de un dólar enrollado entre el pulgar y el índice, dijo: «No has dicho nada sobre el viaje. ¿Cuándo salimos?».

—Me temo que ya hemos salido —dijo Duffy—. Sí, definitivamente ya estamos de viaje. No es lo que planeé, pero bueno, también la ausencia de plan es en cierto modo un plan.

Tump dirigió la mirada hacia Duffy, pero no dijo nada.

Duffy cerró los ojos y dijo:

—Ahora estamos pensando en la gran Unidad, tratamos de evitar la avidya, la ignorancia y el engaño que resultan de la

creencia en la separación del yo y el mundo. —A través de la escasa luz que se filtraba por sus pestañas, distinguió la forma borrosa de Marvella inclinándose hacia el espejo, y la oyó esnifar—. La avidya nos aleja del bodhi, que es la iluminación, la única iluminación. —Sabía que ella no le estaba haciendo ni puñetero caso, nunca le prestaba atención cuando trataba de conducirla por el camino del zen. Pero hasta entonces no le había importado. Ahora se sentía estúpido. Y, aún peor, no tenía ni la más remota idea de por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo. Ansiaba un trago de whisky, pero no cedería a la tentación. No se permitiría parar—. La naturaleza de Buda se mantiene férreamente en los cuatro votos que todo budista recita cada mañana y cada noche, tratando de tenerlos siempre presentes, siempre ante sí.

La voz de Tump se abatió sobre su última palabra.

—Dime una cosa, Duff.

Duffy no abrió los ojos, no giró la cabeza.

—Duffy. Oye, vamos, mírame.

Duffy abrió los ojos y miró a Tump, que estaba masticando lentamente, blandiendo una porción de pizza en el aire, chorreante de hilos de queso.

—Dime una cosa, no andarás tú metido en el fraude ese del gilipollananda chupamelananda, ¿verdad? Ya sabes, esos cretinos rapados con túnica y coletitas que siempre intentan darte el sablazo en el aeropuerto.

—No sabes lo que dices, Tump —dijo Duffy—. Lo que hace esa gente, su forma de vida, se basa en un antiguo y honorable libro, un libro religioso, si quieres verlo así, el Bhagavad-Gita.

—Ya te conté que no fui solo a entrenar, también asistí a las clases. No irás a decirme que en alguna parte de ese libro pone que esos mamones tienen que andar choriceando a la gente en los aeropuertos.

—En ningún momento me habrás oído decir tal cosa, Tump. Podría hablarte de los votos de pobreza, pero paso.

—Sí, mejor. Yo y los míos no tuvimos que hacer ningún voto para ser pobres. Vinimos ya así de fábrica. Pero, oye, tú sigue a lo tuyo. Felix y yo nos apañamos bien solos. Esta pizza está que te cagas. Tú sigue y cuéntanos lo de los cuatro votos esos que todo budista recita por las mañanas y por las noches. Tranqui, Duff.

Siento haberte interrumpido. Y deja de fruncir el ceño, tío. Como estires la pata, vas a estar feísimo en el ataúd.

Duffy no se había dado cuenta de que estaba frunciendo el ceño. Buscó la botella y le dio un buen tiento. Comenzó a recitar los votos de memoria. No significaban nada para él. Divagó sobre el samsara, la rueda del Nacimiento y de la Muerte, y sobre la relación entre el nirvana y el karma, pero de nuevo iba con el piloto automático. Por lo que las palabras significaban para él, lo mismo podría haber estado recitando la lista de la compra. En lo que en realidad estaba pensando era en los cadáveres que guardaba en la cabeza para poder seguir follando, en la bicicleta ligera y la cadena pesada, en el juicio por latigazo cervical que había perdido porque el cuello de la señora, así como el accidente, se habían volatilizado en la sala del juzgado, y de pronto fue extremadamente consciente de la mano que tenía apoyada en la botella de whisky mientras recitaba los votos sagrados, y de Tump —un magnífico atleta—, que devoraba porciones de pizza como si no tuviera fondo, deteniéndose de vez en cuando para meterse una rayita de coca en el espejo de Marvella, y, por último, de Tish…, momento en el que su voz se ralentizó hasta interrumpirse en mitad de una frase. Tish, Dios mío, Tish: su voz al otro lado de la puerta corredera y debajo de Jert, el modo insolente y ardoroso con que amartilló la cadera al toparse con Tump.

Duffy descompuso la posición del loto y dijo con voz estrangulada: «Tenemos que acabar con esto».

—Lo sé —dijo Tump, relamiéndose los dientes.

—Y yo también —dijo Felix, terminándose el último trozo de borde que quedaba en uno de los cartones.

Tump miró al niño y le puso la mano en el hombro.

—Hostia, hijo, esto ha sido una comilona en toda regla. Sigue zampando así y ya verás cómo derribas a un montón de capullos antes de llegar a la línea de anotación.

—Ya te digo, a mí es que me pirran las comilonas en toda regla —dijo Felix.

Tump miró a Duffy, que no se había movido.

—¿Tienes algo en mente, Duffy?

Duffy volvió a plantearse desembucharlo todo, tal y como había pensado hacía un rato, pero al final contestó: «No, nada».

Tump se levantó, desprendiéndose del suelo como un resorte.

—Bien, porque yo sí. Me apetece correr. ¿Quieres que nos echemos unos esprints, Duffy? ¿Les damos a las cuarenta yardas?

Felix se revolvió en el suelo hasta que, por fin, logró ponerse en pie, con la cara enrojecida.

—¡Hostia puta! ¡Ahora sí que sí! ¡A por las cuarenta yardas!

—¿Correr después de haberte zampado todas esas pizzas? —dijo Duffy.

—Claro.

—Es una locura. ¿Vas a ponerte a esprintar con toda esa comida en la tripa? Como lo hagas ya puedes ir dándote por muerto.

—Duffy, uno no hace un viaje y a la vuelta le pone gasolina al coche. Primero le pones gasolina y luego sales de viaje. Yo tengo que pensar en mi cuerpo como si fuera una máquina, si no, no podría competir. Cuando estoy entrenando, o jugando, tengo la imagen de un hombrecillo sentado en mi cráneo, justo encima de los ojos, delante de un panel de control, y, tío, ese panel está lleno de interruptores y de lucecitas de distintos colores, y tiene un pequeño altavoz que transmite mensajes de todo mi cuerpo.

—Raro —dijo Marvella.

—Es posible —dijo Tump—. Pero me doy un trompazo en el campo y el mensaje le llega por el altavoz al hombrecillo de mi cabeza: «¡Daño en la rodilla derecha! ¡Rodilla derecha a tomar por culo!». El hombrecillo consulta el panel de control, y te aseguro que puedo verlo, y enseguida me transmite las instrucciones y la orden: «Ningún daño en la rodilla derecha. Repito: ¡ningún daño! ¡Vuelve a lanzarte, sin cuidado!». Y eso hago. Ese hombrecillo lleva acompañándome desde…, desde… —Miró a Felix—… Desde que tenía su edad.

El blando cuerpecito de Felix se agitó de placer.

—Voy a tener que conseguir uno de esos. Me vendría muy bien uno de esos hombrecillos en la cabeza. —Miró a Duffy—. Me vendría bien para mogollón de cosas.

Al propio Duffy le gustó la idea. No contaba con uno de esos hombrecillos, ni tenía intención de procurárselo. Pero lo que sí tenía, por Dios, era entusiasmo.

—¿Podríamos colarnos en el estadio de la universidad? —preguntó Tump—. Me gustaría disfrutar de una buena superficie

plana.

—Colarse no será ningún problema —dijo Duffy—. Pero sería menos lío ir a la pista de atletismo.

Marvella se ruborizó y, cuando habló, su voz fue casi un berrido.

—El estadio. Oh, sí, vamos al estadio. Yo haré de animadora, pondré a todo el público en pie.

«Colgadísima y desfasadísima», pensó Duffy. Pero lo que dijo fue: «No hay público, Marvella. No va a haber ni Dios. Nadie».

Con las pupilas dilatadas, Marvella se volvió hacia él para aferrarse a sus ojos, con el rostro tenso y serio.

—La ausencia de público es también una suerte de público.

—Parad ya de decir esas chorradas —dijo Tump—. Me dan mucho por culo.

—¿Sabías que en mis años de instituto iba todos los veranos a la Escuela Nacional de Baton Twirling de Dixie[11]?

—No —dijo Tump—. No tenía ni idea.

—Pues sí —dijo Marvella—. En mi época, el director de la escuela era Don Sartell. Lo llamaban señor Bastón. —Balbuceante, hizo una pausa para tomar aliento—. Claro que ahora no tengo mi bastón. Pero puedo animar. Chico, espera a verme animar. La escuela de twirling estaba en el campus de Ole Miss. Eso no está en Alabama, que es de donde yo soy. Está en Jackson, Mississippi. ¿Sabes dónde queda?

—Claro que lo sabe —dijo Felix. Una vez más, se puso muy serio y su dulce carita se tensó en una mueca—. Todos los habitantes del planeta Tierra, salvo quizá cinco o seis, saben que Tump Walker nació en Tupelo, Mississippi, pero que jugó al fútbol universitario en Florida A & M.[12] —Miró a Tump—. Una pena que llegaras demasiado tarde para que te entrenara Jake Gaither. —Volvió a mirar a Marvella—. Una leyenda, Jake Gaither. Todo el mundo sabía que era mejor que el entrenador Bryant, el Oso. Incluso el Oso lo sabía. Lo que pasa es que el entrenador Gaither estaba en una escuela más pequeña.

Duffy no podía apartar la mirada de su hijo. ¿Quién era ese extraño?

—Hostia, vaquero, lo mismo te hago un cuatro-cuatro —dijo Tump—. Y tú podrías hacerte cargo del cronómetro. Esta noche hay luna, una luna bien grandota. Tráete el balón. Puede que tengas que

correr para pillar un par de pases largos.

—¿Todavía puedes hacerlo en cuatro-cuatro? —Felix hizo la pregunta como si estuviera preguntando por la existencia de Dios.

—A veces —dijo Tump—. Esta noche me siento bien, me siento ágil, móvil y hostil. —Sonrió.

—¡Vamos! —gritó Felix—. Eso es del entrenador Jake Gaither. Son sus palabras. Así es como les decía a sus jugadores que tenían que ser.

—También les decía que, de lo contrario, les rompería el plato —dijo Tump.

—¿Les rompería el plato? —dijo Duffy.

Felix miró a su padre como si fuese un imbécil integral.

—Significa que no podrían comer en la mesa del equipo. Por lo que tendrían que pagarse su propia comida.

—Y para un chaval pobre con una beca de fútbol —dijo Tump—, eso es una putada.

—Claro —dijo Felix.

—Mi madre te caería bien —dijo Duffy—. Está llena de frases como esa, habla en una especie de código.

Tump se quedó mirando a Duffy un buen rato.

—Seguro que me caería bien. Pero no por eso. Me gustan las mamás y punto. —Dirigió la mirada hacia Felix—. También me gustan los papás, pero no son tan importantes como las mamás.

—Yo opino igual que tú —dijo Marvella.

A Duffy no le gustó oír eso, sobre todo delante de Felix. Aunque su reacción inmediata fue pensar que probablemente tenían razón.

—Eso que decís es una barbaridad.

—Lo digo por experiencia, Duffy —dijo Tump.

—Yo también —dijo Marvella.

Duffy pensó en su madre ocupándose de la casa, desviviéndose por mantener unida a la familia, mientras su extraño padre bramaba por los pasillos en misiones secretas y peligrosas y hacía ruidos de ametralladora sobre las maquetas de los aviones de la Segunda Guerra Mundial que montaba con pegamento pieza a pieza. Entonces se dio cuenta de que él había hecho muy poco por mantener unida a su familia. El pensamiento no le agradó y lo desechó al momento. A él nunca lo pillarían comparando vidas. El mundo se reiniciaba, flamante, con cada vida, y se clausuraba con

cada muerte. Había tantos mundos como personas, y él había hecho todo lo posible por el suyo. A tomar por culo, no iba a machacarse por eso. Eso se lo dejaba a los debiluchos. Él sabía lo bastante del mundo como para perdonarse a sí mismo. No era el responsable de su vida; la vida era algo que le había sucedido. Pensó que seguramente había leído eso en alguna parte. Pero el hecho de haberlo leído era lo de menos. Lo importante era que lo creía.

—Vamos a ver si podemos trasladar el circo a otra parte —dijo Duffy, con una voz demasiado sonora y repentina.

Felix le lanzó a Tump el balón.

—¿De verdad que todavía haces las cuarenta en cuatro-cuatro?

—Hijo —dijo Tump—, hay un montón de gente que puede hacer las cuarenta yardas en cuatro-cuatro.

Y esa fue la frase, la afirmación de Tump, que los había llevado hasta allí, al estadio, bajo aquella esplendorosa luna llena, para que Tump hiciera sus esprints y Marvella se desgañitara ante las gradas vacías, mientras Duffy se quedaba sentado en la hierba a observar.

—Muy bien, avanzas veinte metros —dijo Tump. Tenía las manos sobre los hombros de Felix y se había inclinado de modo que sus cabezas casi se tocaban—. Te inclinas hacia la derecha y miras por encima del hombro. El balón estará ahí cuando mires, así que mira. Olvídate de todo lo demás y ve a por el balón. Vamos a hacer un pase sincronizado. Lanzaré a un punto, así que el balón estará en el aire antes de que mires. Pero estate donde debes estar y lo bordarás.

—Allí estaré, Tump.

—Recuerda, perdemos por tres puntos. Quedan ocho segundos y no hay tiempos muertos. Estamos demasiado lejos de la zona de anotación para forzar una prórroga. No hay indicaciones desde la banda. Seguimos en nuestra línea de treinta. Todo depende de ti, Felix.

—Pan comido —dijo Felix, y no había la menor duda de que la confianza que transmitía su voz era auténtica.

Tump y Felix batieron las palmas al mismo tiempo al romper el corrillo y Felix se acuclilló sobre el balón. Tump se colocó detrás, en posición de media sentadilla, con las manos entre los orondos muslos del niño para recibir el balón. En la banda, Duffy ya no estaba sentado. La charla de Tump con su hijo sobre la situación en

el terreno de juego, la desesperada situación en que se encontraban, le había hecho ponerse en pie. El nervio de la competición le aceleró la sangre. ¡Y Felix! Dios mío, Felix iba a hacerlo.

Felix se revolvió y salió corriendo en línea recta en cuanto pasó el balón hacia atrás. Tump lo recibió y aguardó para, al cabo de unos segundos, lanzarlo con un toque sutil. A la altura de la segunda hashmark, Felix atajó hacia la derecha, extendió sus gruesos bracitos y el balón cayó directo en sus manos. Agachó la cabeza y, con las nalgas engullendo la culera de los pantalones, corrió las setenta yardas que lo separaban de la línea de anotación, donde soltó el balón y alzó los puños rollizos en señal de victoria.

Tump corrió a felicitarle y Marvella giró y se abrió de piernas por la banda. Duffy se quedó inmóvil, envuelto en un sudor helado y con un extraño nudo de admiración cada vez más hinchado en la garganta.

15

Duffy se despertó en una cama extraña, sin saber dónde estaba. Consultó la hora. Las once y media. La luz del sol se derramaba entre las cortinas abiertas. Oyó que se cerraba una puerta y, al momento, Tump pasó frente a su puerta. Salvo por la toalla que llevaba alrededor de la esbelta cintura, iba desnudo, y cuando se detuvo encharcó el suelo de agua. Le apuntó con el dedo índice y amartilló el pulgar.

—¡Pam! —dijo, sonriendo—. Acabo de exculparte para todo un año. —Luego se rio como si acabasen de contarle el chiste más descacharrante del mundo—. Vengo del jacuzzi. Deberías probarlo. Se te ve hecho mierda.

En cuanto Tump se retiró de la puerta y siguió avanzando por el pasillo, apareció detrás Felix como por arte de magia. También llevaba una toalla a la cintura y el agua le chorreaba por los pliegues de los michelines.

—Vengo del jacuzzi —dijo—. Deberías probarlo. —Hizo una pausa como para añadir algo y Duffy se preguntó si su hijo iba a soltarle también lo de que se le veía hecho mierda. No le habría extrañado, pero el niño se limitó a apuntarle con el dedo índice, amartillar el pulgar y decir—: ¡Pam! —Y la risa que siguió no sonó a imitación de la de Tump, sino que fue una risa genuina, sentida desde lo más hondo.

Duffy cerró los ojos y trató de no pensar. Había dormido a pierna suelta, pero seguía agotado. Y, al recordar la noche anterior, se sintió aún más fatigado. Una pesadez se instaló en sus huesos al acordarse de Marvella abriéndose de piernas, brincando y agitándose frente a los asientos vacíos del estadio mientras Tump hacía esprint tras esprint por el oscuro campo de fútbol.

Cuando por fin acabó, Felix, desenfrenadamente eufórico por su anotación, subió los peldaños de la Winnebago con una agilidad de

la que Duffy jamás lo hubiera creído capaz. En lugar de volver a casa de Marvella, fueron al apartamento de Tump, aunque Duffy no recordaba exactamente por qué. Quizá porque disponía de más espacio, de más camas. Duffy se dedicó a hundir el pie en el acelerador de la Winnebago por las calles oscurecidas y trató de no pensar en las cosas que estaba descubriendo sobre su hijo.

A su espalda, Marvella cantaba a pleno pulmón:

Alcemos la voz, y demos un hurra,
Por las chicas que tan bien se lo curran
En los sótanos del instituto Jackson.
Son valientes, son osadas,
Cuarenta centímetros no son nada
En los sótanos del instituto Jackson.
Vaya, vaya, vaya que sí,
Y que le den por culo al Robert E. Lee.
Las chicas de allí no hacen ni piiiiiiiiiiiis.

—Hostia, niña —dijo Tump—. Echa un poco el freno.

—Ni te preocupes —dijo Marvella—. Todo bajo control. Tengo Seconal, Tuinal y Nembutal para ayudarnos a bajar de las alturas y dormir.

—Querida, Tump Walker no necesita ninguna ayuda para dormir.

—A mí no me la cuelas, Tump. Es imposible echar el cierre después de toda la farlopa que te has metido.

—Pequeña, en mi fosa nasal izquierda llevo incorporado un interruptor. Me basta con meter el meñique y pulsarlo. Y me quedo roque.

—Eres un portento —rio Marvella—. Un puto portento.

—Oye, Tump —dijo Felix—. No nos iremos ya a la cama, ¿verdad?

—De cabeza, figura.

—Jo, Tump, yo no me quiero ir a la cama. No tengo sueño. No estoy ni cansado. A lo mejor podríamos… No sé. Podríamos…

—Podríamos dormir. Podríamos hacerlo y es lo que vamos a hacer. ¿Quieres llevar el cerdo algún día? Muy bien, pues tres cosas. Dormir bien. Comer bien. Entrenar bien. Las tres. No dos. Ni una.

Tres, las tres. Hay que aparcar la máquina.

Felix volvió a mostrarse de acuerdo al instante: «Aparcar la máquina. ¡Claro! Hay que aparcar la máquina».

Era lo mismo que le había repetido Duffy unas diez mil veces. Y las diez mil veces fue como hablar con un ladrillo. Se aferró al volante como un moribundo a la regala de un bote salvavidas. Mientras tanto, en la parte de atrás, Marvella vitoreaba a los futbolistas como una descosida. Duffy no pudo seguir soportándolo, pulsó una tecla y al momento un vocerío la detuvo en seco. Hitler caldeando la sangre de un vasto auditorio de alemanes.

—El muy cabrón nos ha puesto a Hitler —dijo Tump.

Duffy giró levemente la cabeza y trató de dedicarle a Tump una sonrisa.

—Tremendo orador, ¿eh?

—¿Por qué cojones has puesto eso, Duff? —dijo Tump.

—Porque Hitler consiguió lo que se propuso por sus santos cojones. —Duffy lo soltó sin pensarlo.

—Quita ahora mismo a ese hijo de puta, tío —dijo Tump—. Apágalo.

Duffy pulsó la tecla y la cinta se paró. La voz de Hitler le había recorrido la columna vertebral como una descarga eléctrica. Se sentía un poco mejor; no mucho, pero mejor.

—No quería ponerme chungo —dijo Tump—, pero no son horas de ponerse a escuchar a un puto lunático.

—La locura también es una forma de cordura —dijo Duffy—. La locura crea sus propias reglas, lo mismo que la cordura. —Duffy alzó la botella de whisky y le dio un trago.

—Pásame eso —dijo Tump.

Que Duffy supiera, Tump no había bebido nada aquella noche, pero en aquel momento agarró la botella y la alzó hacia Duffy para hacer un brindis.

—Gilipollananda chupamelananda —dijo.

Marvella se puso de nuevo a animar y, cuando llegaron a casa de Tump, se metió tres Quaaludes de su alijo entre pecho y espalda, y se quedó frita en el sofá. Duffy cargó con ella en brazos hasta un dormitorio y la arrojó sobre la cama. Estaba tan noqueada por los vítores y todo lo que se había metido que fue como si hubiese caído desde una gran altura, la cabeza y las piernas quedaron retorcidas

en ángulos extraños. Duffy pensó que parecía muerta, y con una voz débil y lúgubre, justo la voz que más aborrecía, por estar tan llena de autocompasión, dijo: «¿A cuento de qué toda esta paranoia con los cadáveres?».

Al volver por el pasillo, pasó por delante de un cuarto con camas gemelas. Tump, desprovisto de sus shorts de correr, yacía desnudo y roncaba suavemente sobre una. Felix ocupaba la otra. Ni siquiera había sido capaz de descalzarse y yacía completamente vestido, respirando como un bulldog inglés achacoso. O al menos eso era lo que siempre le había parecido desde que el niño empezó a roncar, no bien cumplió los tres años. Entró al cuarto y le palpó el pelo a su hijo, aún estaba húmedo por la carrera victoriosa, y quiso decir algo, pero no supo el qué. Sentía que las palabras le rebotaban al fondo de la garganta en una especie de estrangulamiento ininteligible. Pero no le salió nada, volvió al sofá y desprecintó la botella de Jack
Daniel's
que se había subido de la Winnebago.

El caso era que cuanto más tiempo se pasaba dándole a la botella, más se convencía de que el whisky no le iba a hacer efecto. Estaba más sobrio que una piedra y a juzgar por el bien que le estaba haciendo la botella, lo mismo podría haber estado bebiendo agua helada. Y ni siquiera le sorprendía. Sabía la razón. Su mente había vuelto a centrarse en Tish y Jert, en el motel en que estarían acostados. Conocía el lugar, podía visualizar sus coches estacionados, uno pegado al otro, en el aparcamiento de macadán, bajo la brillante luz de la luna. Sería el Hilton de Gainesville, donde Tish reservaba habitaciones siempre que sus parientes venían de visita a la ciudad, el mismo motel en el que se había alojado él mismo con ella y Felix cuando tuvieron que repintar la casa después de unos desperfectos causados por el humo. Tenía las imágenes ancladas en el corazón: los dos coches estacionados tiernamente, uno junto a otro, bajo la luz de la luna, y su mujer y Jert tumbados sudorosamente, uno junto a otro, seguramente con la luz de aquella misma luna deslizándose sobre las sábanas revueltas y sus pieles húmedas.

Se levantó del sofá y entró al baño, donde se quedó plantado frente al espejo. Se miró a sí mismo levantando la botella y

metiéndose un buen lingotazo.

—Estás más perdido que un perro con diez pollas —se dijo—. Y cuando uno está así de perdido, lo que tiene que hacer es actuar. La acción es todo. Bueno, casi siempre. —Se detuvo un momento a pensarlo—. Y una mierda casi siempre. A las cuatro de la madrugada, siempre. A las cuatro de la madrugada no se pone uno a pensar. A estas horas oscuras de la madrugada, los pensamientos se emponzoñan. —Se miró la cara un momento, pensando que lo que había dicho tenía todo el sentido del mundo.

Salió del baño y bajó a la Winnebago con la botella de whisky en la mano. Al llegar al aparcamiento del Hilton de Gainesville, experimentó una sacudida agridulce de reconocimiento, como si ya hubiera visto antes aquellos dos coches estacionados uno junto a otro, asentados sobre el macadán oscuro bajo la luna menguante que ahora rozaba la línea de los árboles en el horizonte lejano. Y, por supuesto, era tal y como se lo había imaginado en el salón del apartamento de Tump. Aparcó detrás de los coches y se apeó. Fue como si al verlos se le hubiese liberado el alcohol en la sangre, provocándole un sofoco en el pecho que acabó alojándose detrás de los ojos. El sabor del maíz amargo le inundó el paladar y en un visto y no visto se sintió gratamente ebrio. Dejó la botella sobre el coche de Tish y se giró para echar un vistazo al Corvette rojo de Jert, despacio, casi aturdido, y en el primer vahído de mareo se dirigió a él la vocecilla disparatadamente cuerda de su madre, afirmando una de sus sentencias favoritas: «No te preocupes. Lo que tenga que pasar, ya pasará. No hay ni que pensarlo». Y ni lo pensó. La respuesta a lo que debía hacer la encontró en la antena flexible del coche de Jert, que brotaba del guardabarros y subía por encima del parabrisas trazando un arco pronunciado hasta el parachoques trasero.

Duffy ansió empuñarla y hacerla zumbar por encima de su cabeza tan pronto la vio, incluso antes de darle una sacudida con la palma de la mano y arrancarla. Y, Dios, darle fustazos al capó del coche con aquella varilla de acero, no solo le hizo sentir bien, también sintió que estaba haciendo lo correcto, una sensación muchísimo mejor de la prevista. Se aplicó con determinación, sin ninguna prisa, como si en lugar de dar latigazos a un coche, estuviera ejecutando uno de sus ejercicios de entrenamiento. Cada

vez que lanzaba un trallazo, sentía un escozor gozoso en la mano y en el brazo. El sudor se le escurría por la cara. La luna rozó los árboles, y, acto seguido, se zambulló en ellos. Solo se oía el crujido del metal en el aire inmóvil del aparcamiento desierto.

—¡Oye, Duffy! ¿Los vas a querer solo por abajo o vuelta y vuelta?

Los ojos de Duffy se abrieron de golpe. Tenía la cara húmeda. Sentía el escozor de la mano y seguía oyendo el agudo chasquido del metal contra el metal. Desconcertado, se levantó con dificultad de la cama.

—¡Sí! ¡Vale! ¿Qué?

—O lo uno o lo otro —dijo Tump—. ¿Por abajo o vuelta y vuelta?

Duffy se vistió y cruzó descalzo el salón hacia la cocina. Al pasar por el salón vio sus zapatos junto al sofá, donde los había dejado por la noche, y junto a ellos la botella de whisky, abierta y sin estrenar. Cuando volvió del aparcamiento del Hilton, ni se le pasó por la cabeza seguir bebiendo, solo quería dormir. No había soñado.

En la cocina, Tump y Felix seguían con las toallas enrolladas a la cintura, Tump de pie junto a los fogones, con una espátula en la mano, y Felix sentado en un taburete bajo, con la polla diminuta asomando entre la tela a plena vista de Duffy, y por ende, también de Marvella, en caso de que a esta le diera por levantar la cabeza de entre las manos. Marvella estaba sentada con los codos apoyados sobre la mesa y el pelo hecho un desastre. A juzgar por su piel, parecía que acababa de vomitar o que estaba a punto de hacerlo.

—Marvella, ni que estuvieras al borde de la muerte —dijo Duffy.

—Déjate de polladas —dijo ella. No alzó la vista.

Eso no era propio de ella, pero Duffy se limitó a sonreír. Se sentía mejor ahora que se había puesto en marcha.

—Vamos, Duff —dijo Tump—. Estás demorando el trabajo de un hombre.

—¿Qué? —dijo Duffy.

—Que le digas cómo los quieres para que te los haga —dijo Felix.

—¿Hacerme el qué?

—Por el amor de Dios, papá —dijo Felix—. Los huevos. ¿Te suenan los huevos, eso que se come? Bájate ya de la parra y

céntrate en el partido. Estamos intentando alimentar a la máquina.

Algo estaba empezando a estropearle la mañana. Y eso era lo último que quería. Miró fijamente a su hijo.

—Felix, haz el favor de meterte la polla por dentro de la toalla.

—No es la primera polla que veo —dijo Marvella—. Deja al niño en paz y acabad ya con la puta comida. Los ojos me están empezando a escocer con tanta cháchara sobre comer.

—La cháchara no tiene nada que ver con ese escozor, corazón —dijo Tump.

—Sé muy bien qué me los calmaría —dijo Marvella.

—Ya te la has metido toda —dijo Tump.

—Aún me queda el alijo que tengo en casa —dijo ella.

—Yo aún no me he metido nada —dijo Felix.

Seguía con la polla al aire. Es más, pensó Duffy, ahora también habían salido a la luz sus pelotas. Bueno, eran tiempos extraños.

Tump le hizo un guiño a Felix.

—Hablemos claro, amiguito. Tu papá está aturdido, así que tú y yo vamos a dejarlo tranquilo. Tump los va a hacer solo por abajo y no se hable más.

—Pues manos a la obra, machote —dijo Felix, ladeándose para tirarse un pedo—. Necesito grasa en vena.

—Ya le darás a la grasa más tarde —dijo Tump—. Esta mañana toca proteínas y carbohidratos.

—Cualquier cosa que pueda machacar con los dientes —dijo el crío.

—¡Pues venga! Dadle al asunto y dejad ya de dar la tabarra —gritó Marvella con la voz tensa, al borde de la histeria.

Y Tump no se hizo esperar. Sacó unos gruesos solomillos de la nevera y los dejó caer sobre la parrilla. Luego añadió unas cucharadas de mantequilla sobre la amplia plancha en la que aguardaban media docena de huevos alineados en un surco.

Duffy, sintiendo que se le avivaban las tripas, dijo: «Yo también, Tump». Y luego: «Los míos como los tuyos». Miró a su hijo. «Y como los de Felix».

Tump sacó otra docena de huevos de la nevera. Por la puerta abierta, Duffy vio melones y melocotones, toda clase de frutas, cuñas de queso y barras de pan sin cortar.

—No me puedo creer que anoche te comieras la mierda que te

comiste —dijo Duffy—, teniendo ahí toda esa mercancía de primera.

Tump se encogió de hombros.

—Venía incluido en el lote. Además, anoche lo único que me apetecía era pizza. Esta mañana mi estómago es otra persona. —Estaba cortando fruta en un cuenco enorme—. Yo siempre soy el mismo, pero mi estómago va por libre.

Felix se palmeó la tripa.

—Tump, es que somos igualitos.

16

—Por el amor de Dios, date prisa, ¿quieres? —dijo Marvella.

Duffy conducía la Winnebago por las calles de Gainesville al mediodía a paso de tortuga. Disfrutaba de la incomodidad de Marvella, aunque eso no le producía ningún placer porque sabía que ella estaba sufriendo y no le gustaba pensar que disfrutaba del dolor de otra persona. Aunque de hecho lo hiciera y lo supiera.

—Necesito una raya —dijo ella.

—No entiendo por qué no he podido quedarme con Tump —dijo Felix desde su asiento, detrás de Duffy.

—Tiene cosas que hacer, hijo —dijo Duffy—. Creo que deberías saberlo.

—Lo que yo creo es que podría prescindir de vuestra conversación hasta que me meta una raya —dijo Marvella—. Vuestra conversación se me está atravesando.

—Deberías echar un poco el freno —dijo Duffy—. Hasta Tump te ha dicho que deberías echar un poco el freno.

—Gracias, y también podría seguir viviendo de puta madre el resto de mi vida sin que nadie me vuelva a decir que eche un poco el freno. —Se encendió un cigarrillo y habló a través de una nube de humo—. ¿Sería posible no volver a escucharlo hasta que lleguemos a mi casa?

—Claro —dijo Duffy. La piel de Marvella había adoptado un tono gris fúnebre y estaba cubierta por un fino velo de sudor resplandeciente que supo que sería frío al tacto. Definitivamente, había algo defectuoso en aquella chica. ¿Y qué revelaba eso a propósito de él? Él la mantenía, ¿no? Se zafó de la pregunta y trató de inundar su cabeza de luz azul, pero lo que vio tendido en mitad de la luz azul fue el cadáver de Marvella.

A su espalda, Felix se tiró un pedo prolongado y dijo: «Espero que lleguemos pronto a donde sea. Creo que tengo que echar la

nutria al río».

Esa forma de hablar la había aprendido de Tump, esa lindeza de echar la nutria al río. Felix se apropiaba de todo lo que decía Tump y lo repetía al instante como si llevara diciéndolo toda la vida. Y el hecho de que nunca se hubiese dado nada semejante entre él y su hijo le producía un inmenso dolor en el corazón. No recordaba haber escuchado jamás sus palabras en boca de Felix. Pero advirtió que, hasta entonces, ni siquiera lo había deseado.

Al llegar al apartamento de Marvella, Felix fue el primero en ver el coche.

—¡Mirad el Corvette ese! ¡Lo han dejado hecho una mierda! —Luego, tras una mínima pausa—: Se parece al de Jert. Se parece un huevo, solo que reventadísimo.

Y sí que estaba reventadísimo, sí, allí aparcado, bajo el sol deslumbrante, frente al complejo de apartamentos. Duffy se volvió para mirarlo al pasar a su lado. Madre de Dios, no se imaginaba semejante estropicio. Debía ir muchísimo más mamado de lo que se pensaba. ¿Pero qué cojones pintaba ahí aparcado?

Y entonces, al detener la autocaravana, vio que Jert y Tish se apresuraban hacia ellos a través del aire refulgente. Fue Tish la que abrió de golpe la puerta del conductor con la aparente intención de estrangularlo allí mismo, frente al volante, pero no, solo estaba histérica, esta vez histérica de verdad.

—Tienes que hacer algo, Duffy —gritó.

—¿Qué ha pasado, mamá? —Felix estuvo a punto de echarse a llorar nada más ver la cara hinchada de su madre, abotargada quizá por el llanto, nada más ver sus ojos rojos y el pelo, su pelo siempre perfecto, despeinado y apelmazado por el cuello a causa del sudor —. ¿Ese es el coche de Jert? ¿Por qué está tan destrozado?

—¿Se puede saber qué cojones hacéis aquí? —inquirió Duffy. Intentó sonar genuinamente sorprendido e indignado.

Marvella se bajó y solo volvió la vista el tiempo suficiente para gritar: «No sé de qué coño va todo esto, pero yo ahora mismo no puedo jugar a esta mierda». Seguidamente, echó a correr a toda pastilla hacia las escaleras que conducían a su apartamento. Duffy la vio alejarse, y, aunque su mujer le estuviera tirando de la manga de la camisa sin dejar de balbucear, no pudo sino admirar el impulso de aquellas piernas de animadora, el modo en que alzaba

las rodillas, los apoteósicos rebotes de su culito prieto.

Felix le tiraba de la otra manga.

—Papá, no hagas llorar a mamá.

—No la estoy haciendo llorar, Felix. Ni siquiera sé qué coño pasa.

—Tienes que hacer algo —dijo Tish.

Duffy suspiró. Sentía que lo estaba bordando. Incluso el suspiro fue un toque maestro.

—Y yo que me pensaba que ya estaba haciendo algo. Para empezar, me he cruzado media ciudad en la autocaravana. Antes estuve ocupándome de Felix. Y ahora estoy aquí sentado aguantando tirones y gritos.

Jert estaba detrás de Tish, parecía un poco extraviado.

—Fue ella la que insistió en venir, Duffy. No le entraba en la cabeza otra opción —dijo.

—¿Y qué otra opción había, Jert?

—Podría haberme ocupado yo mismo, Duffy.

—¿De qué podrías haberte ocupado tú mismo exactamente, Jert?

—Alguien va a por nosotros, por el amor de Dios —dijo Tish.

—Tienes que hacer algo, papá —dijo Felix.

—Esto es una locura —dijo Duffy—. Una puta locura.

—Alguien me ha destrozado el coche, Duffy.

—Vaya putadón —dijo Duffy—. Parece que se han ensañado con una barra de hierro.

—Creemos que se liaron a darle trallazos con la antena.

—¿Alguien se puso a darle trallazos a tu coche con la antena?

—Tiene toda la pinta —dijo Jert.

—Mientras vosotros —dijo Tish, poniéndose más roja que un tomate—, mientras vosotros estabais…, estabais… ¿Dónde cojones estabais?

—Estábamos en casa de Tump, mamá. —Felix ya había roto a llorar—. Tiene un pisazo alucinante y nos lo…, nos lo hemos pasado genial.

Jert se sujetó la panza con ambas manos y se la masajeó suavemente.

—Debería haberme imaginado que estaríais allí.

Tish se giró hacia él.

—¿Y qué sabes tú de esto? —Estaba furiosa, furiosa con Duffy y con Jert y con todo el planeta, y mucho más que furiosa, eso seguro, con su peinado derrumbado y sudoroso.

—Tish, soy el abogado de Tump. Yo arreglé lo de su apartamento. Era parte del trato.

—Estoy hasta el coño de tratos. No te diré dónde te los puedes meter. Alguien está yendo a por nosotros.

—Ah —dijo Duffy—, volvemos al tema. Vale, ¿por qué no nos atenemos al tema y así lo mismo podemos pasar página?

—¿Pasar página? —dijo Tish—. Lo que yo quiero es pasar del libro entero. Quiero protección.

—¿Protección contra mí? —dijo Duffy.

—No, no contra ti. Tú eres mi marido, joder.

—Tú eres nuestro hombre, papá. Estamos en tercera y larga [13]. Todo depende de ti.

Muy a su pesar, a Duffy le gustó oír aquello. Incluso se permitió desear que fuera cierto.

—Lo que está claro —dijo Jert—, es que aquí hay algo que huele mal. Alguien se cuela en casa de Tish…, en tu casa, nos roba y me atiza con una pistola. Nos vamos al Hilton, que es donde Tish quería pasar la noche, y mientras estamos en la habitación, alguien, sin duda el mismo de antes, se presenta y me revienta el coche. —Duffy pudo ver en su cara el momento en que se dio cuenta del error que acababa de cometer—. Acompañé a Tish a la habitación, por supuesto, y estaba alteradísima, así que pedí un par de copas.

—Por supuesto —dijo Duffy.

—Y, hostia puta, no debió pasar ni una hora, pero cuando bajé…, bueno, ya ves el coche.

—Eso sería sobre las diez, las once como mucho, ¿no? —dijo Duffy. Apretó los labios y expulsó una pequeña bocanada de aire—. Hay que joderse, y que nadie viera nada, qué cosa más rara.

—Rarísima. El caso es que ahora tengo que ir a la comisaría a ocuparme de todo el jaleo. —Señaló el coche arruinado—. Ahí donde lo ves, es una inversión de veinticinco mil dólares.

—Sé muy bien lo que cuesta, Jert —dijo Duffy.

—En cualquier caso, Tish quiere que la lleves a casa a recoger las cosas que necesita para instalarse donde sea.

—Exijo que me lleves a casa ahora mismo. Parece que no

entiendes que hay alguien que va a por…, a por quien sea que vaya, y al menos yo quiero estar bien lejos cuando vuelva a presentarse.

—Claro que lo entiendo, de verdad que sí —dijo Duffy—. Pero ¿podríamos ser un poco menos exigentes? Porque no es que esté muy por la labor de tolerar tus putas exigencias.

—Duffy, ¿me dejas subir y me sacas de aquí, por favor?

—Acaba de recibir el balón, entrenador —dijo Felix.

—Eso parece, Felix. Sube, anda.

Tish ni siquiera se despidió de Jert, lo dejó allí plantado viendo cómo se alejaban en la Winnebago.

Felix le dio a su madre unas palmaditas en el hombro.

—Vas a estar bien, mamá.

—No recuerdo haber pasado una noche y un día más chungos en toda mi vida.

—Tendrías que haberte venido con nosotros, mamá. Puede que Tump sea el mejor…, el mejor yo qué sé, pero nos lo pasamos genial. Pizza, carreras de cuarenta yardas en el estadio y solomillo para desayunar.

—¿Qué es eso de las carreras en el estadio?

—Ya te lo contaremos, Tish. Ahora intenta respirar hondo para que te baje un poco la tensión.

—¿Has estado alguna vez en un jacuzzi, mamá? Tump tiene un jacuzzi cojonudo.

—Controla esa lengua, jovencito. Pasas fuera una noche y vuelves hablando como un camionero.

«Ahí lo llevas, mierdecilla», pensó Duffy, «tu madre va a dejarte el culo tieso». Pero lo pensó con cariño.

Tish miró por el espejo retrovisor y se acomodó el pelo platino por detrás de las orejas.

—Y, sí, para tu información, sí he estado en un jacuzzi.

Duffy se volvió para mirarla. Con él no había estado nunca en un jacuzzi, eso seguro. Pero siguió conduciendo hacia su casa sin decir nada. Cuando pararon al final del camino de acceso, Tish no quiso entrar.

—Entonces, ¿para qué coño te he traído? —dijo Duffy.

—¿No lo entiendes? Es que no quiero. Tengo miedo.

—No hay nada que temer —dijo él.

—Para ti es fácil decirlo.

—Sí —admitió—, para mí es facilísimo.

—Nadie va a por ti.

—Confía en mí —dijo él—. A por ti tampoco.

—Vamos, mamá —dijo Felix—. Estamos contigo.

—Desde hace un tiempo viene pasando algo extraño —dijo él, y al momento se arrepintió de haberlo dicho. Pero ella no pareció haberlo oído.

—Muy bien, entonces —dijo ella—. Vamos allá.

—Esa es mi chica, mami. Chúpate esa. Reventaremos a los grandullones de uno en uno y a los pequeñajos de dos en dos.

Ella miró al niño como si fuera un extraño.

—¿A ti qué te ha dado?

Felix le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Supongo que me he hecho mayor.

Ella se quedó mirándolo un poco más y, a continuación, se bajó. Pero al entrar en la casa, se plantó en mitad del salón con la mirada perdida a media distancia.

—No sé ni por dónde empezar —dijo ella.

—Coge lo que te haga falta y ya está. Y algo para Felix.

—¿Pero a dónde vamos? —Fue casi un gemido.

—Ahora mismo se trata de ir haciendo las cosas sobre la marcha, cariño —dijo Duffy—. Ya se nos ocurrirá algo.

Ella entró en la habitación del fondo y él la oyó arrojando cosas. Dijo algo sobre unas maletas, pero él no la entendió y no contestó. Lo que hizo fue servirse un whisky. Se sentó en el sofá junto a su hijo.

—Pues sí que bebes tú de eso —dijo Felix.

—Sí, hijo. A veces sí. Pero te voy a decir una cosa. Jamás me fiaría de un hombre capaz de pasar por esto sobrio.

—¿Esto? Esto ¿qué?

—La vida, hijo. Un hombre capaz de pasar sobrio por esta vida o bien es un necio o bien no está prestando suficiente atención.

—Oh —dijo Felix, su delicado entrecejo descompuesto por sus pensamientos—. Supongo que lo entenderé más adelante.

—Confío en que sí, hijo. Cuenta con ello. —Duffy se llevó el whisky a los labios y antes de apurar el último trago, se dio cuenta de que nunca, que él recordara, se había sentado a hablar así con su hijo. Todo aquello era nuevo.

El teléfono comenzó a sonar. Tish acudió a toda prisa por el pasillo y su mirada no dejó de oscilar entre el teléfono resonante y Duffy.

—¿No vas a contestar? —preguntó Duffy.

—Ni loca —dijo ella—. Son ellos.

Felix se levantó del sofá.

—No es más que un teléfono, mamá.

El niño lo cogió y lanzó un grito de alegría que sonó extrañamente a un alarido. Y entonces Tish se sumó al alarido y cayó en el sofá, sobre los brazos de Duffy.

—¿Cómo está el más chungo de los chungos, colega? —gritó Felix. Y luego—: Bien, muy bien. Claro, aquí mismo lo tengo. —Se volvió hacia Duffy, que estaba tratando de consolar a Tish—. Es para ti, papá. Tump.

—¿Qué querrá ese ahora? —preguntó Tish, todavía al borde de la histeria.

—Tendré que hablar con él para averiguarlo —dijo Duffy, cogiendo el teléfono.

—¿Cómo lo llevas, Duff? —dijo Tump.

—Tirandillo. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Marvella Maravillas. La llamé y ahora que ha vuelto a darle a lo suyo brilla más que una moneda recién acuñada. Escucha, hermano, ¿puedes venir?

—Tío, estoy hasta el cuello de mierda.

—Duffy, llevas enmierdado desde que te conocí.

—Pues también es verdad.

—Necesito que me hagas un favor —dijo Tump.

—¿Qué clase de favor?

—Te lo contaré en cuanto llegues.

—Lo veo complicado, Tump. No creo que pueda.

—Claro que puedes, tío. No es nada del otro mundo. Pero te necesito aquí y te necesito ahora.

—Mira, te lo voy a resumir. Estoy con Tish y ella…, bueno, ella necesita largarse de aquí un par de días. Puede que más. Así que tengo que encontrarle un lugar donde pueda tumbarse y tranquilizarse, un lugar en el que nadie pueda dar con ella. Y eso es todo lo que puedo decirte por el momento, porque eso es todo lo que sé.

Tump era su colega y a Duffy no le gustaba mentirle. Tal vez debería contárselo, contárselo todo, de principio a fin. Contarle lo de los azotes en el culo con la paleta. Lo de los latigazos al coche con la antena. Necesitaba contárselo a alguien.

—Entonces no se hable más, es perfecto, ¿no? —le estaba diciendo Tump a través del teléfono, evidentemente complacido—. Tráetela aquí, a ella y a ese joven semental, Felix.

—No puedo —dijo Duffy.

—Manda cojones, ¿y por qué no? Otra cosa igual no, ¿pero espacio?, aquí cuento con una planta entera. Comodidad a tope, y si los dos seguís de mala baba entre vosotros, el piso es lo bastante grande como para que ella se pierda. —Soltó su gran carcajada—. Puede que hasta tengamos que lanzar una puta bengala o enviar una partida de caza para encontrarla.

—Tendré que hablarlo con ella. No sé qué dirá. Si es que no, te pego un toque. De lo contrario, te veo en un rato.

—Brutal.

—Estás empezando a hablar como un negrata, ¿lo sabías?

—Dios sabe que lo llevo practicando desde hace tiempo —dijo Tump, y colgó.

Duffy no tenía ni idea de cómo reaccionaría Tish a la invitación de Tump, pero no se le ocurrió otra forma de decírselo que lanzárselo a bocajarro.

—Era Tump Walker. Dice que deberíamos ir a su casa. Sugiere que nos quedemos todo el tiempo que queramos.

Felix se tiró al suelo en un paroxismo de júbilo.

—Ole, ole y ole —no paraba de canturrearlo.

—¿Tiene espacio? —dijo ella—. Quiero decir, para todos.

—Tish, tiene toda una puta planta de un edificio. Puede que haya muchas cosas que no tenga, pero espacio tiene a cascoporro.

—¿Y cómo es que vosotros dos habéis intimado tan rápido? —dijo ella.

—Porque es un tío genial —gritó Felix, revolcándose por el suelo—. ¡El tío más genial del mundo mundial!

—Felix lo sabe. Ahí lo tienes. Es un tío genial. Parece que congeniamos.

—Iremos a echarle un ojo —dijo ella—. Lo único que quiero es sentirme a salvo.

Felix, que al parecer no podía levantarse, luchaba consigo mismo en el suelo.

—¡No estarías más a salvo ni con los marines de Estados Unidos! ¡Es móvil, ágil y hostil! —gritó.

—Levántate del suelo, Felix —dijo Tish—. Parece que te está dando un patatús.

—Es que me está dando un patatús —gritó Felix—. A todos los que llevamos el cerdo nos dan patatús.

—¿Dónde ha aprendido este niño a hablar así? —preguntó Tish.

Duffy miró a su hijo tirado en el suelo, que se quedó mudo bajo su mirada.

—Creo que es probable que siempre haya hablado así. Solo que nunca nos hemos fijado.

—Duffy —dijo Tish—, sabía que eras un hombre raro. Pero creo que eres más raro de lo que nunca llegué a imaginarme.

Duffy le sonrió.

—Es probable. Hasta yo mismo creo que soy más raro de lo que nunca llegué a imaginarme.

—Cuando hablas así —dijo ella—, me acojonas.

—Más me acojono yo. Venga, te ayudaré a recoger tus cosas.

Desde el suelo, Felix observó a sus padres en silencio.

17

—Unos pececillos de colores a punto de palmarla y unos cuantos gatos muertos no son una ida de olla, Duffy —dijo Tump—. Además, los viejos no pueden enloquecer, no en el sur. En el sur son así, y punto. Además, piénsalo, piensa en tu propia vida. Comparadas con todas tus mierdas, ¿unos pececillos de colores a punto de palmarla y unos cuantos gatos muertos te parecen una ida de olla?

—No estamos hablando de mí. Estamos hablando de algo que no va a funcionar.

—Comparadas con algunas de mis mierdas —dijo Tump—, unos pececillos de colores que van a diñarla y unos cuantos gatos muertos no son nada.

Estaban acomodados en el agua borboteante del jacuzzi, con una botella de vodka Stolichnaya a mano. Tump inclinó la botella en el vaso que sostenía Duffy y se echó un poco en el suyo.

—Dale un sorbo a esta exquisitez, colega, y sigue escuchando —dijo Tump.

Pero no hizo más que volver a contarle lo que ya le había contado. La madre de Tump estaba de camino a bordo de una avioneta fletada desde Tupelo, Mississippi. Tenía ganas de ver a su hijo, y venía, sin más.

—¿Has fletado un puto avión para que venga tu madre? —le preguntó Duffy cuando se lo dijo la primera vez.

—Le meto un poco de pasta en el banco para mantenerla, Duff. Estaría feo que el running back más macanudo de la NFL dejara que su anciana mamá fuera por ahí pasando penurias. Y, ya sabes, quiero verla. Me encanta volver a casa. Pero a veces mamá es dificilita. En Tupelo conoce a todo el mundo y todo el mundo la conoce a ella. Las señoras mayores necesitan a señoras mayores, y ella en casa cuenta con un puñado, pero qué cojones voy a hacer yo

aquí con ella, en Gainesville, donde no conozco más que a dos o tres personas y además me caen todas como el culo. Menos tú. —Le dedicó a Duffy una sonrisita socarrona cargada de vodka—. Tú eres mi compadre. Así que me dije: «Tump, lo que tienes que hacer es coger a tu madre y a la madre de Duffy y traértelas a este pedazo de apartamento para que se lo pasen de miedo. A las dos les vendrá de perlas».

—No va a salir bien —dijo Duffy—. Se me ocurren al menos una docena de razones para que no salga bien.

—Dime una.

—Mi madre nunca sale de su apartamento.

—¿Cuándo fue la última vez que se lo pediste?

—Dejé de hacerlo.

Tump meneó la cabeza y emitió un chasquido con los labios.

—No irás a decepcionarme ahora, chaval. ¿Dejaste de pedirle a tu mamá que saliera a tomar el aire?

Fue entonces cuando Duffy le explicó lo de los peces de colores. Tump le quitó importancia con la historia de los gatos de su madre.

—Tendrá como un millón. Y cuando se le muere uno…, o tres…, no se deshace de ellos. Los deja tirados por la casa. Y lo hace porque los quiere, tío. Los quiere igual muertos que vivos. ¿Vale? ¿Qué coño son unos cuantos gatos muertos? Tarde o temprano, una de sus amigas, o quien sea, se pasa por allí. La casa está plagada de gatos muertos y se hace una limpieza a fondo. Tengo a gente pendiente de ella solo por los gatos. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Decirle a mi mamá que va a tener que olvidarse de sus gatos? ¿Meterla en una residencia? Mis cojones. Ella está bien. Lo que pasa es que a veces se le ocurren ideas raras, como el asunto este de venirse a Gainesville en avión. Yo no puedo decirle a mi mamá que no puede venir a verme. Además, quiero verla. —Y aquí amartilló el pulgar y señaló a Duffy con el dedo índice—. Sé que tú estás aquí, sé que tu mamá también, y sé que tengo este apartamento. —Encogió sus hombros húmedos e inclinados, las ristras de músculos de su pecho se crisparon—. ¿Por qué no?

—¿Por qué no? Eso digo yo —gruñó Duffy—. Acerca esa botella, Tump.

Tump sacó la botella del cubo de hielo y le rellenó el vaso.

—Es el menor de los problemas, pero Tish tampoco va a querer

—dijo Duffy.

—¿No me hice cargo de Tish cuando llegó? ¿Acaso no fue lo correcto? —dijo Tump.

Correcto fue, sin duda. Y un detallazo también. Se diría que conocía a Tish de toda la vida, y que ella y Duffy llevaban meses planeando mudarse allí con secadores de pelo, kits de maquillaje, maletas y toda clase de trastos.

Cuando Duffy golpeó con la aldaba de bronce, Tump abrió la puerta, miró directamente a Tish y dijo: «Bienvenida a mi hogar. He oído que las cosas se han complicado un poco. Bueno, adelante, como si estuvieses en tu propia casa». Fue un gesto magnífico, pero en aquel momento pareció de lo más justificado, y claramente conmocionó a Tish hasta el punto de dejarla muda. Tump se colocó una maleta bajo el brazo izquierdo, agarró otra con la mano, alzó a Felix del suelo en el hueco del codo derecho y lo estrujó. Miró al niño, que se retorcía de placer, y dijo: «Te besaría, pero los hombres duros no se besan». Entonces se rio y le plantó un besazo en la boca.

Tish y Duffy lo siguieron por un pasillo y accedieron a mano derecha a un ala independiente: un dormitorio grande y espacioso, un vestidor, un baño privado con bañera y un bosque de plantas de interior increíblemente verdes. Había un televisor en la pared, un sofisticado sistema de sonido y un pequeño bar.

Tump soltó las maletas y dejó caer a Felix sobre la cama de matrimonio. Con la misma naturalidad que si fuese su hermana, se volvió hacia Tish, plantó sus enormes manos en sus finos hombros y le dijo: «Si necesitas algo, no tienes más que llamar a Tump. ¿Cómo lo ves? ¿Te preparo una copa? ¿Tal vez algo de comer? ¡Lo que sea!».

—Quiero meterme en la cama y dormir —dijo Tish muy bajito.

Tump se volvió hacia Felix y Duffy.

—Muchachos, ya habéis oído a la dama.

Y los condujo de vuelta al salón, donde Felix se quedó dormido en el sofá antes de que Tump terminase de decir que lo primero era lo primero y que antes de hablar de lo que fuera lo que tenían que hacer era acomodarse y relajarse. Felix roncaba suavemente y Tump se quedó mirándolo.

—El chaval no está acostumbrado a pasarse toda la noche corriendo por los estadios, ¿verdad? ¿Qué me dices, Duff, te hace

una sesioncita de jacuzzi-cum-vodka, como decimos los negratas franceses?

Tump sirvió a Duffy otro culín de vodka.

—Deja que sea yo el que se haga cargo de las cosas. Me ocuparé de todo como me ocupé de Tish en cuanto entró por la puerta.

—No podías haberlo hecho mejor. Lo reconozco. Pero, como ya te he dicho, Tish no va a consentir que mi madre ande por aquí, y eso suponiendo que fuésemos capaces de sacar a esa entrañable anciana de su apartamento, cosa que dudo.

—Mierda, tío, empiezas a repetirte más que el ajo. Eso ya te lo oí la primera vez que lo dijiste.

—Es el vodka este, que me está achispando —dijo Duffy.

—Bueno, pues ve pensando en recomponerte, porque tenemos que ir al aeropuerto a esperar un vuelo; a no ser, claro, que estés esperando una llamada de Jane Fonda o tengas pendiente algún otro asunto inaplazable.

—Llevo tiempo esperando que me llame Jane —dijo Duffy, dando vueltas a lo que quedaba de vodka en el fondo del vaso—, pero ya a estas horas no creo que llame.

Tump salió del agua y se secó de arriba abajo con una toalla. Se enfundó en unos pantalones azules sin cinturón y se puso una camisa de lino de manga corta. Se movía con gran determinación, y Duffy dijo: «¿Adónde vas?».

—Lo primero es lo primero —dijo Tump—. Hablar con Tish. —Se frenó con el pie derecho metido en un mocasín de cuero—. A menos que no quieras.

—Joder, tú mismo.

Cuando Tump salió, Duffy volvió a inclinar la botella de vodka, sabiendo que aquel iba a ser el último trago en un buen rato. Tenía que espabilarse, independientemente de lo que Tish hiciera o dejara de hacer. Tish. Era él quien tenía que haber ido a hablar con ella. O no necesariamente a hablar, sino a contárselo. A contarle que fue él quien se coló en la habitación cuando estaba dale que te pego con Jert. Nunca la había visto tan alterada. Cagada de miedo, en realidad. Y lamentaba no estar gozando con su miedo, pero así era.

—Oye, vamos, tío. Deja ya el vodka y saca tu culo de ahí.

Duffy miró a Tump y se acabó el vaso.

—¿Qué ha dicho?

—Que genial.

—¿Que genial qué?

—Todo.

—Madre mía, ¿y qué le has contado?

—La verdad. Le dije quién va a venir y por qué. Y que necesitaba su ayuda. Eso fue lo primero y lo último que le dije, que la necesitaba. Todo genial. Saca ya tu culo de ahí.

Mientras Duffy se vestía, Tump le preguntó: «¿Hay alguna tienda en la ciudad con buena mercancía, tipo oreja e incluso pies de cerdo, chicharrones y verduras frescas? Tengo que conseguir algo con lo que mamá pueda cocinar».

—Conozco un sitio al otro lado de la ciudad. He visto los carteles en el escaparate. Venden toda esa mierda. El lote entero, desde el rabo hasta el morro.

Cuando iban a salir, Tump miró a Felix.

—¿Crees que estará bien ahí?

—Podría escribir un libro con todo lo que no sé de Felix, pero una cosa sí que sé. Va a quedarse ahí noqueado aunque el mundo se venga abajo.

Se quedaron unos segundos observando al niño que roncaba suavemente, acurrucado en el sofá con las rodillas casi pegadas al pecho.

—Es un buen chaval, este Felix —dijo Tump.

—Sí que lo es —dijo Duffy.

El aparcamiento resplandecía con el sol de última hora de la tarde. Del macadán surgían ondas de calor que hacían que los coches se curvasen y bailoteasen. Duffy se encaminó hacia su autocaravana, pero Tump lo agarró del brazo.

—Vamos en esto.

Tump desbloqueó las puertas de un Lincoln Town Car. Al salir a la calzada, Duffy dijo: «Esto es como ir montado en una puta casa. En la mía al menos puedo dormir y cagar».

—No es mío. Es…

—Ya. Parte del trato.

Tump desplegó su sonrisa.

—¿Cómo lo llevas, Duff? A lo mejor deberías haberte metido un poco de mandanga para compensar los efectos del alcohol.

—Que le den por culo al alcohol y que le den por culo a la

mandanga. Estoy perfecto.

—Ese es mi hombre. Hay que saber cuándo darle y cuándo dejarlo. Lo mismo podríamos ir luego a echarnos unas carreras.

—Lo mismo.

Pero Duffy sabía que mentía. Estaba demasiado molido para hacer otra cosa que no fuera intentar mantener el tipo. Mantener el tipo ya era suficiente triunfo. Estaba muy lejos de estar espabilado. El procedimiento a seguir era ir paso a paso. Lidiar con lo siguiente que se te pusiera por delante. Ese era el procedimiento a seguir.

El Mercado de George no era muy grande, carecía de aire acondicionado y olía a tierra recién cavada. Duffy y Tump estaban al fondo de la tienda, frente a un amplio expositor de carne. Un carnicero con un delantal perdido de sangre los observaba desde el otro lado.

—¿Has comido alguna vez arroz con espinazo? —preguntó Tump.

—¿Espinazo de qué? —preguntó Duffy.

—De cerdo.

—Yo no como fritangas de esas, Tump. Lo sabes. Demasiada grasa.

—¿Sabes lo que dijo Satchel Paige[14] cuando le preguntaron qué había que hacer para vivir mucho tiempo y mantenerse fuerte? Dijo: «No comas nada que no esté bien frito». Eso es lo que dijo Satchel, y, aunque no lo hubiera dicho, tenemos que abastecernos bien de puerco. Mi mamá no sabría qué hacer en una cocina sin puerco.

—Mira, tío, compra lo que necesites y larguémonos de aquí.

Duffy no quería seguir mirando la carne tras el cristal, los rabos de cerdo, las carrilladas, las orejas y los callos.

—¿Y la lengua qué, Duff? Eso es carne de vaca. Vamos a pillar un par de lenguas.

Las lenguas estaban enroscadas como serpientes de cascabel tras el cristal. Eran oscuras y se ensanchaban desde la punta afilada hasta alcanzar el grosor de la muñeca de un hombre adulto. Duffy las miró fijamente. Esas cosas deberían estar enraizadas en las gargantas de las vacas. Duffy se imaginó cómo se las arrancaban a los animales vivos y sangrantes, cómo se desangraban, aunque sabía que era un disparate, sabía que el animal estaría muerto cuando le

llegara el turno de perder la lengua. Pero aun así se lo imaginaba.

—Nunca la he probado —dijo Duffy.

—Está de vicio. La misma textura que un filete. —Hizo un gesto al carnicero—. Ponnos también dos lenguas. No, que sean tres.

—¿Alguna vez piensas en la muerte, Tump?

Tump se giró despacio para mirarlo.

—Todo el mundo piensa en la muerte.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Hablas en serio?

—Sí. ¿En qué piensas tú cuando piensas en la muerte?

—Hay que joderse, Duffy. —Pero Duffy siguió mirándolo fijamente—. Pienso que… —dijo Tump—, que…, que… Bueno, pues pienso que la muerte va a joderme cosa fina. —El carnicero arrojó las lenguas sobre el mostrador frente a Tump—. Y dos kilos y medio de espinazo.

—¿Que va a joderte cosa fina? Que va a joderte cosa fina, por el amor de Dios. ¿Eso es lo que piensas?

—Tú me preguntas. Yo te contesto. Lo que me jode es que uno tenga que morirse en mitad de algo, ¿vale? Sin acabar. Te ligas en un bar a una fulana que está como un tren, vas camino de su apartamento para meterte en sus bragas y te atropella un camión. Eso me jode cosa fina. Sí. O vas y te pides el mejor filete que hay en el menú, y mientras esperas a que te lo sirvan, te caes de bruces sobre la ensalada, tieso. Eso me jode cosa fina. No me mires así. Ni te la estoy metiendo doblada ni estoy de coña. Es lo que pienso.

—Anda, no me jodas.

—Yo no te jodo, mamón, es la muerte la que te jode. —Cogió el espinazo de manos del carnicero y lo dejó caer en el carrito atiborrado—. Y te diré otra cosa, ya que has tenido que sacar esta mierda. Que sepas que me he visto a mí mismo irrumpiendo en el terreno de juego con el balón. Dejo a todo el mundo atrás y me dirijo a la línea de anotación, como una bala…, y, de pronto, se me para el puto corazón. —Tump se había ido inclinando poco a poco hacia la cara de Duffy, los rasgos endurecidos bajo unos ojos planos y brillantes, la voz cada vez más grave, más ronca—. El puto balón se va hacia un lado y yo hacia el otro, y estoy muerto. —Sus narices casi se estaban tocando cuando Tump pronunció la última palabra. Cualquiera que los mirara desde la otra punta de la tienda habría

pensado que estaban a punto de liarse a puñetazos. Permanecieron así unos instantes, en silencio, luego Tump comenzó a sonreír, parpadeó y dijo—: ¿Y cómo no va a joderme eso? —Se enderezó, agarró a Duffy por el hombro y lo sacudió—. Ahora vamos a dejar el temita un rato. —Empujó el carro hacia la caja, con Duffy al lado.

—No pretendía cabrearte. Habrá sido el vodka —dijo Duffy.

—No has cabreado a nadie, tío. Pero entiende que vengo aquí a comprar puerco para que mi mamá tenga con qué cocinar y a ti no se te ocurre otra cosa que echarme la muerte encima. Eso es cruel.

—Supongo —dijo Duffy.

18

Estaban en el aparcamiento, metiendo el equipaje de la madre de Tump en el maletero. Ella ya estaba dentro del coche, una mujer enorme, muy negra, con un vestido amarillo, zapatos amarillos y bolso amarillo.

Tump se puso a olisquear y preguntó: «¿Hueles algo, Duffy?».

—¿El qué?

—Algo que no huele bien. Huele fatal. Apesta. —Se fijó en una cesta de mimbre que tenía la tapa cerrada con una hebilla de cuero. Se inclinó y la abrió. Un gato grande yacía acurrucado y muerto en el fondo.

—Por todos los santos —dijo Duffy.

Tump sacó el gato de la cesta y se lo acercó a Duffy.

—Mi adorable y queridísima mamá y sus puñeteras mascotas —dijo Tump.

—Tira eso antes de que pote todo el vodka.

—No es más que un gato muerto —dijo Tump—, un cachorrillo, en realidad. Toma, míralo.

Duffy le dio la espalda.

—No quiero mirarlo.

—Así que resulta que somos aprensivos, ¿eh, cabronazo? —dijo Tump. Tiró el gato y lanzó el resto de las cosas al maletero.

—Venga, Jerome —llamó su madre—. Me estoy abrasando aquí dentro.

Duffy se volvió hacia Tump.

—¿Jerome?

—No te irás a creer que a una mamá de Tupelo, Mississippi, se le ocurriría ponerle a su hijo el nombre de Tump, ¿verdad?

Se subieron al coche y Tump encendió el aire acondicionado.

—Eso sí que nos sienta bien a los viejos —dijo su madre.

Duffy se giró hacia el asiento trasero para mirarla. La señora

sonreía y su boca era un portento de oro.

—Aquí hace más calor que en casa, mamá —dijo Tump.

—Esto es Florida, niño, lo suyo es que haga calor. —Dirigió la mirada hacia Duffy—. Así que tú eres abogado. Vaya, vaya, qué maravilla, ¿no? De pequeñito, Jerome apuntaba maneras para ser abogado. No creo que Dios haya sonreído nunca a un jovencito más parlanchín. Vaya que sí.

—Le ha ido bastante bien —dijo Duffy—. Y ya le digo yo que no le habría gustado que acabase de abogado, señora Walker.

—Pearl, llámame Pearl. Y, sí, a mi Jerome le ha ido bastante bien. Siempre lo supe. Y además es un buen chico. Nunca me ha traído por la calle de la amargura.

—Va, mamá —dijo Tump.

—Es una verdad como un templo —dijo ella.

Duffy miró a Pearl, que había sacado un abanico de papel de alguna parte, un abanico con la cara de Jesús impresa, y se estaba abanicando. A pesar del aire acondicionado, su enorme rostro oscuro chorreaba sudor.

—Estará más fresquita cuando lleguemos al apartamento. —Duffy solo habló por hablar, porque la señora le estaba mirando con unos ojos que parecían entre cómplices y conspiradores.

—Dios —dijo ella—, más fresquita que ahora lo dudo. Yo comienzo a sudar en mayo y ya no paro hasta septiembre.

Duffy quería hablarle de los gatos, del gato que habían encontrado en la cesta. Eso le habría gustado. Ella no parecía, para nada, tan chiflada como su madre. De hecho, parecía de lo más normal. No sabía qué otra cosa se esperaba, pero desde luego no que fuese tan normal. Viajar con un gato muerto no era normal. Era de locos. Demencial.

La señora se pasó todo el trayecto hurgando en las bolsas de la compra que tenía al lado en el asiento de atrás. Tump le explicó que los boniatos y las patatas procedían de los huertos de los alrededores, y que las calabazas, los tomates y las judías verdes acababan de llegar en camión.

—Tengo que venir a cocinarle, Duffy —dijo ella—. Si no vengo a cocinarle, este muchacho se me amojama.

—Va, mamá —dijo Tump.

—Es una verdad como un templo —dijo ella. Se inclinó hacia

delante y miró al cielo—. Hoy ahí arriba se veía todo precioso. Ojalá hubieseis estado conmigo. Tanta paz, nada más que el cielo azul y yo planeando como un pájaro. Podría haberme pasado así toda la vida.

—¿Le gusta volar, Pearl? —preguntó Duffy. Su madre no volaba. Duffy siempre había pensado que era por lo de su padre, abatido en combate, pero no estaba del todo seguro. Nunca había hablado del tema con su madre.

—¿Te puedes creer que hasta que no cumplí los cincuenta no me subí a un avión? —dijo ella—. Me asusté muchísimo la primera vez que Jerome me llevó a volar. Pero, a partir de entonces, como si nada.

—Mamá no se cansa de volar —dijo Tump—. El día menos pensado recibiré una llamada y será ella desde Japón o vete tú a saber desde dónde.

—Niño, no te cachondees de tu madre —dijo la señora, inclinándose hacia delante para golpearle en el hombro con el abanico—. Disfruto en los aviones. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, mamá —dijo Tump—, nada.

En el aparcamiento de Tump, Pearl sacó la cesta del maletero y se dirigió hacia la sombra escasa de una palmera sacudiendo sus monstruosas caderas bajo el vestido amarillo.

—Tengo que resguardarme de este sol —dijo por encima del hombro—, antes de que me dé un soponcio. Jerome, tienes que buscarte un sombrero.

Mientras sacaban las maletas, Duffy dijo: «¿Qué dirá cuando descubra que el gato ha desaparecido?».

—Nada. Pierde un montón de cosas, o, como dice ella, se le traspapelan un montón de cosas. Cuando vea que el gato no está, pensará que se le ha traspapelado.

Tump le abrió a su madre la puerta del apartamento. Nada más entrar echó un vistazo a su alrededor y dijo: «Jerome, siempre vives en sitios de fábula. Pero este se lleva la palma».

—Espero que no os importe que haya venido. —Los tres se giraron para ver a Jert McPhester levantándose del mullido sillón situado en el rincón del fondo, junto a la puerta de cristal que daba al balcón—. Yo…, eh…, yo solo…, eh…, necesitaba sentarme un rato en algún sitio. Las cosas se han desmadrado tanto que ya no sé

ni qué hacer.

—Pues ya te lo digo yo —dijo Duffy—. Te largas.

—Shhh, Duffy —dijo Tump—. Te abrió Tish, ¿no?

—Está dormida, al menos la última vez que miré. Fue Marvella la que me abrió.

—¿Marvella? —dijo Duffy.

—Está en el jacuzzi —dijo Jert.

—Estaba en el jacuzzi —dijo Marvella, entrando en la habitación. Llevaba un bikini que no tenía tela suficiente ni para hacer un guante. Parecía sostenerse por succión.

—Bueno, bueno —dijo Pearl—, ¿y esta preciosidad de dónde sale?

—Mamá, esta es Marvella Sweat. Marvella, te presento a mi mamá, Pearl.

—¿Sweat? Caray, en Mississippi lanzas una piedra y le das a un Sweat. No me extrañaría conocer a algún pariente tuyo.

—Hay por todo Mississippi, también en Alabama, de donde soy, y en Georgia.

—Hijo, vaya amigos estupendísimos te has hecho aquí, en Gainesville.

Marvella se acercó a Pearl, le pasó el brazo por el hombro y la estrechó suavemente.

—Es usted una ancianita encantadora, me la como. —Marvella inhaló con violencia y se sorbió el líquido claro que le empapaba el labio superior—. Que empiece la fiesta.

—Lo que vamos a hacer es meternos en la cocina a preparar un buen cenorrio —dijo Pearl.

—A mí la verdad es que se me ha ido el apetito —dijo Marvella, mirando a todos con ojos brillantes, sin mudar de expresión.

«Estúpida farlopera», pensó Duffy. ¿A dónde cojones iba a llevarles todo aquello? Parecía que algo se les estaba yendo de las manos.

Jert, que había estado cambiando el peso de un pie a otro junto a la puerta de cristal, dijo: «Permítame que me presente, yo soy Jert McPhester. El abogado de Tump…, aparte de amigo».

—Mi hijo se llama Jerome. ¿Tump? ¿Qué clase de nombre es ese? Solo una imbécil llamaría así a su retoño, y yo no soy ninguna imbécil. ¿A ti te parezco una imbécil?

—No, señora —dijo Jert.

Tump sonrió a Duffy.

—Es brava, ¿eh? Marvella, lleva la compra a la cocina mientras yo instalo a mamá.

—Me da hasta cosilla manipular la comida —dijo Marvella.

—Yo te ayudo —dijo Jert.

—Necesito un trago —dijo Duffy.

—Vamos, mamá, por aquí. Templa un poco con eso, Duff.

—No creo que pueda —dijo Duffy.

—Dios mío —decía Marvella desde la cocina—. Jert, ¿qué es esta porquería?

—Son orejas de cerdo, encanto —dijo Jert—. ¿No decías que eras de Alabama?

—De Birmingham. Soy de Birmingham. Y en Birmingham no comemos orejas de cerdo.

—No es eso lo que tenía entendido —dijo Jert—. Tenía entendido que en Birmingham no le hacíais ascos a nada.

Marvella soltó un gritito y golpeó a Jert en el brazo.

—Menudo bicho estás tú hecho.

Duffy se dirigió al dormitorio de Tish, atravesó el bosque de plantas de interior, destapó una botella de whisky del bar y se sirvió una copa. Había evitado a propósito mirar a la cama, pero nada más entrar oyó los suaves y húmedos ronquidos de Felix. Apuró la copa, se sirvió otra y se dio la vuelta para echar un vistazo a la cama, donde Felix dormía abrazado a una almohada junto a su madre. Al parecer, Tish se había lavado el pelo, porque ahora lucía suave y brillante, ensortijado sobre la mejilla y a lo largo del cuello. Tenía los labios ligeramente separados, dejando entrever sus dientes blancos y perfectos.

Madre. Hijo. Familia. «Un puto cuadro de Norman Rockwell», pensó Duffy. Se preguntó por qué todo el mundo compraba eso, por qué se lo tragaba.

—Porque todos estamos perdidamente enamorados del olor a mierda, por eso —dijo en voz baja.

Pero aun habiéndolo dicho, no se lo creyó. Confiaba desesperadamente en estar equivocado. Sin embargo, la evidencia no suscribía a Norman Rockwell. La evidencia de la propia vida de Duffy sugería algo muy diferente. Tal vez eso decía más sobre su

vida que sobre cualquier otra cosa. La llamarada del whisky le calentó la cara y lo hizo sentirse un poco más optimista. Volvió a empinar el codo, suspiró y decidió que no tenía que preocuparse de esas cosas.

—Oye, Duffy. —La voz susurrada de Tump le llegó desde la puerta. Duffy lo siguió hasta el salón—. Vamos a ver a tu mamá.

—Aquí ya tenemos suficiente gente para librar una guerra —dijo Duffy—. ¿Dónde están Jert y Marvella?

Tump se encogió de hombros.

—Por ahí andarán, yo qué sé. No me irás a dejar colgado, ¿verdad?

—Yo no dejo colgado a nadie.

—Muy bien. Ese es mi hombre. Iremos en mi coche.

En el ascensor, de camino al aparcamiento, Tump le preguntó a Duffy qué estaba haciendo en la habitación de Tish, y cuando Duffy le dijo que había ido a servirse una copa, Tump le preguntó que por qué no había bebido de la botella del salón.

—La estaba mirando. A ella y a Felix.

—¿Mirándola?

—Eso.

Tump se relamió los dientes, se puso a silbar una tonadilla y no volvió a abrir la boca hasta que enfilaron la avenida de la Universidad en dirección oeste. Como la mayoría de los estudiantes se habían ido de veraneo, había poco tráfico, pero aun así Tump conducía despacio, aparentemente sin prisa.

—Oye, Duff, ¿todavía estás mosqueado con Jert por lo del diente en la cancha de frontón?

—Ni siquiera lo pienso.

—Entonces, ¿a qué viene ese cabreo? La mala hostia que te gastas con Jert.

—Es complicado.

—Dime que no insista y me callo. Pero no me gusta ver cómo te comes la cabeza desde…, desde que te conozco.

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo. Si alguna vez necesitas contármela, solo te digo eso, que no lo olvides, que tengo tiempo.

—Siempre he creído que un hombre debe guardarse sus movidas. Cada cual que arrastre su propia mierda.

—Esa no sería la primera cosa en la que te equivocas. —Una larga pausa, y luego—: ¿Verdad?

Duffy abrió la boca para decir algo, pero se limitó a gruñir. El sonido le sorprendió, como si hubiera salido de otra boca. Y, entre los gruñidos, comenzaron a brotar las palabras, sus movidas.

Se lo contó lo mejor que pudo, empezando poco a poco, sin estar del todo convencido de querer hacerlo. Pero, al ver que sentía un inmenso alivio al contarlo, empezó a hablar cada vez más rápido. Le llevó mucho tiempo y Tump no lo interrumpió en ningún momento. Conducía despacio y mantenía la vista en la carretera, algo que Duffy le agradeció. Cuando lo hubo soltado todo, se hizo el silencio entre ellos.

Al cabo de un rato, por fin, todavía sin mirarlo, Tump dijo: «¿Te pusiste a arrearle trallazos a su coche?».

—Eso hice, sí.

—Pero en ese momento ibas muy pedo.

—No, fue más bien al empezar a golpearlo. Cuanto más me cebaba, más pedo me parecía que iba.

—Le estrujaste las pelotas y le obligaste a cacarear como un gallo. Te compraste unos pantalones de camuflaje. Te embadurnaste la cara de betún. —La voz de Tump sonaba tranquila, algo pasmada, como si estuviera enumerándolo todo con los dedos—. Allanaste tu propia casa. Lo azotaste con una paleta mientras se trajinaba a tu señora.

Duffy no respondió. Observaba a una pareja joven que paseaba por la acera. Iban conjuntados con camisetas de color granate. La de él llevaba un 1 en la espalda. La de ella un 2. Avanzaban cogidos de la mano.

—¡Bua, la madre que te parió! —dijo Tump, golpeando el volante con la palma de la mano.

Sentía que Tump lo estaba mirando, pero Duffy mantuvo los ojos en la carretera. Sobre él había descendido una paz extraña y agradable. El cielo de la tarde se veía precioso sobre la pradera de Payne.

—Al menos ya no tienes que sentirte raro por lo de los peces enfermos de colores y los gatos muertos —dijo Tump—. Eso es una mierda al lado de lo de liarse a zurriagazos con un coche. O de lo de camuflarse para asaltar tu propio dormitorio.

—Lo más extraño de todo es que me la suda —dijo Duffy—. En eso consiste el zen. Lo bueno con lo malo. La gran Unidad. Ahí vive mi madre, a la derecha. El Hogar Dorado.

—Yo no sé en qué consistirá el zen, pero llevo ya suficiente tiempo en el ruedo como para reconocer una gilipollez en cuanto la oigo. Un hombre al que se la suda todo, se larga. Espiar y arrastrarse no es lo suyo. Ni arremeter contra los coches. Piénsalo.

—No quiero pensar en eso.

—Pues deberías. Es algo en lo que más te valdría pensar.

Tump aparcó en la plaza de aparcamiento más cercana a la entrada de El Hogar Dorado. Mientras subían a su apartamento, Duffy preguntó: «¿Qué vas a contarle?».

—¿Que qué voy a contarle?

—¿Qué le vas a decir?

—Voy a invitar a la señora a cenar, Duffy. ¿Algún problema?

Duffy no contestó, se plantó ante la puerta que tenía un pececillo de latón. Debajo del pez dorado había una tarjetita en un soporte metálico: SRA. HENRY DEETER.

Duffy tocó el timbre y casi al momento se abrió la puerta.

—¡Qué alegría que hayas venido! —dijo la madre de Duffy. Llevaba un jersey marrón abotonado hasta el cuello y un chal de punto del mismo color cubriendo sus exiguos hombros—. Llamé a tu puta casa, pero nadie contestó. Y creo que tu secretaria puede estar perdiendo la cabeza. —Sus ojos pasaron de Duffy a Tump—. ¿Y tú quién coño eres?

—Es un buen amigo mío, mamá, se…

—Me llamo Jerome Walker.

—No serás abogado…

—No, señora, no lo soy —dijo Tump.

—Menos mal. Casi todos los abogados prefieren subirse a un árbol y mentir como bellacos antes que pisar tierra firme y decir la verdad. Nunca he conocido a un abogado que me caiga bien. Salvo Duffy, claro, y eso que me saca de mis casillas la mitad de las veces. Pero estás hermosote. Eso está muy bien. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar un poco de peso. El peso nunca está de más. Bueno, no os quedéis ahí tiesos, pasad. —Cruzaron la puerta y la señora Deeter la cerró. Se volvió hacia Tump—. Me he dado cuenta de que tienen peces de colores, igual que yo.

—¿Ah, sí? —dijo Tump.

—No hay más que echar un vistazo por ahí —dijo ella.

Tump se fijó en los peces de colores que había por todo el salón, nadando aletargados en el agua turbia de las peceras que cubrían las paredes y las mesas situadas a los extremos del sofá.

—Y he pensado que lo mejor que podemos hacer —dijo ella—, es averiguar cuánto tiempo van a permitir que me quede aquí.

Duffy miró a Tump, suspiró y dijo: «Eso le viene de mi padre. Por lo visto, es cosa de familia. Ya ves el problema».

—¿Qué es lo que me viene de tu padre? —inquirió su madre—. No habrá ningún problema si averiguamos cuánto tiempo van a dejar que me quede.

—Mamá —suspiró Duffy—, no tienes que preocuparte por nada. Hemos hablado con ellos y nos han dicho que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—No estarás tratando de hacerme comulgar con ruedas de molino, ¿verdad?

—Díselo tú, Tump —dijo Duffy.

—Duffy no le miente, señora Deeter —dijo Tump, sin titubear—. Hemos tenido una charla hace un momento con ellos. Son gente buena y razonable. Y nos han dicho que puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera.

—Sin problema —dijo Duffy.

—Y aparte de eso —dijo Tump—, queríamos saber si le gustaría venirse a mi casa a disfrutar de una buena comida casera. Solo amigos y familia.

Ella se ciñó un poco más el chal sobre los hombros mientras paseaba la mirada por las filas de peceras turbias que poblaban la habitación.

—Igual les cambian el agua a los putos peces durante mi ausencia.

Se acercó a la butaca que había junto a la ventana y comenzó a ponerse su largo abrigo de paño.

—Tump —dijo Duffy—. Te estás echando a perder jugando al fútbol. Deberías presentarte a presidente.

19

El humo teñía la atmósfera de azul cuando volvieron al apartamento de Tump. Jert y Marvella estaban arrodillados en el suelo del salón, con un bong de bambú.

—Encontramos tu alijo, Tump —dijo Marvella—. Necesitaba algo que me bajara el subidón.

—Por mí no hay problema —dijo Tump—. De vez en cuando me pincho, pero lo de quemarme los pulmones ni de coña. Esa hierba ni la había tocado. Venía con la casa.

La señora Deeter miró parsimoniosamente a su alrededor, fijándose en todo, y luego dijo: «Jerome, ¿lo que haces es ilegal?».

—No, señora. No es ilegal cuando es solo un poquito. Señora Deeter, me gustaría presentarle a Marvella y a…

La anciana resopló.

—A Jert ya lo conozco. Un puto abogado. Y he oído hablar de Marvella. —Se acercó a donde estaba arrodillada—. Qué cosa más flaca, niña, pero bueno, dicen que cuanto más cerca del hueso, más dulce es la carne. Tantísimas mujeres y tan poco tiempo, ¿eh, Duffy?

—¡Por el amor de Dios, mamá!

—Alguien está cocinando algo —dijo la madre de Duffy.

—Mi mamá, ella… —dijo Tump.

Pero la señora Deeter ya se había lanzado en busca de la cocina siguiendo el olor de la comida, olfateando y resoplando por el camino.

Cuando Tump y Duffy se dispusieron a seguirla, Tump dijo: «Tienes una madre increíble, tío. No se anda con chiquitas. Deberías estar orgulloso de ella».

Duffy sonrió.

—De tal palo, tal astilla, ¿no crees?

—Te gustas demasiado, Duffy.

—Si no me gusto yo ya me dirás tú quién.

—Que yo conozca, nadie —dijo Tump.

Algo debió de traslucirse en el rostro de Duffy, algo desprendido del nudo que se agitaba en su estómago, porque Tump le echó el brazo por encima de los hombros y le dijo: «Oye, Felix y yo te queremos».

Pearl se había quitado el vestido amarillo y los zapatos a juego y se había puesto un vestido de andar por casa con una especie de delantal unido a la parte frontal y un par de zapatillas planas. Los fogones estaban cubiertos de ollas burbujeantes y Felix estaba sentado en un rincón con un plato en el regazo. El plato rebosaba de algo que Duffy no supo identificar.

La señora Deeter se abalanzó sobre los fogones, levantó una tapa y habló envuelta en el vapor ascendente.

—Soy Myrtle Deeter —gritó.

La señora Walker desplegó una sonrisa resplandeciente, alzó la vista del cuenco en el que estaba amasando la masa del pan y dijo también dando voces: «Yo soy la mamá de Jerome, me llamo Pearl. Duffy debe ser su niño».

—Me declaro culpable —dijo ella, levantando la tapa de otra olla burbujeante—. ¿Qué se trae usted entre manos por aquí, si puede saberse?

—Un poco de esto y un poco de aquello, un porrón de cosas —dijo Pearl.

Duffy se preguntó por qué gritaban. Tal vez estaban nerviosas. Pearl miró a Duffy.

—No había visto a un niño tan tragón desde que Jerome tenía su tamaño.

—Se come cualquier cosa que pueda masticar —dijo Myrtle—. Le viene de su abuelo, ya lo creo.

Tump se acercó a Duffy.

—Mira cómo se manejan con esto, tío. Las señoras mayores se las saben todas. Son más duras de lo que tú y yo jamás llegaremos a ser. Se manejan a las mil maravillas con cosas que acabarían con nosotros.

—¿Qué es lo que está comiendo Felix? —dijo Duffy.

—Uno de mis platos favoritos, Duff. Prueba un trozo.

—Pruébalo, papá —dijo Felix—. Si hay algo que pueda llenarte

el depósito de combustible, es esto.

Duffy cogió un trozo del plato de Felix. Era algo cortado en taquitos de un centímetro, crujientes y blancos. Se lo llevó a la boca y masticó.

—Cerdo —dijo Duffy, pero siguió masticando.

—Oreja de cerdo, para ser exactos —dijo Tump.

La oreja de cerdo era, definitivamente, un desafío. Por Dios, un hombre tenía que desbordar entusiasmo para llegar a comerse la oreja de un cerdo. En cualquier caso, estaba buena. Obviamente, bien churruscadita, un poco como las cortezas de cerdo.

—Te gusta, ¿eh? —dijo Tump.

Duffy no contestó, pero cogió otro trozo y se lo metió en la boca. Si era la hora de comer oreja de cerdo, vive Dios que podía hacerlo como el mejor.

—Eres un buen hombre, Duffy, pero eres tozudo a más no poder. Me da la sensación de que te has perdido un montón de cosas buenas en la vida por haberte empecinado en no hacerlas de antemano.

—Querida, quítese ese abrigo antes de que se desplome por un golpe de calor —dijo Pearl.

—Puede que un día caiga abatida como un pájaro acribillado, pero no será por el calor. Será por el aire acondicionado. Los aparatos de aire acondicionado no son naturales.

—Yo soy una sudadora nata, aquí donde me ve. Sudaría hasta si fuera una esquimal.

Jert entró en la cocina. No tenía buen aspecto. Tenía la piel cenicienta y parecía estar mordiéndose los carrillos.

—Aquí huele de vicio —dijo, pero no sonó muy convincente. Duffy supuso que Marvella lo había convidado a unas cuantas rayas.

Myrtle resopló.

—Jert McPhester, a ti hasta la mierda te olería bien.

Pearl se apartó del fogón.

—Uaaaau, chica, vaya piquito de oro.

—Es la pura verdad. Y yo tengo fe en la verdad.

—Hermana, yo también. —Alzó la vista del pan que estaba hundiendo en la grasa con ayuda de una cuchara—. La verdad, y me refiero a la verdad verdadera.

—La verdad te hará sentir que estás en el infierno con la espalda

rota. Eso es lo que hará la verdad, como no te andes con cuidado.

—Ah —dijo Pearl, poniendo los ojos en blanco y hablando hacia el techo—. Pero con la verdad nosotras siempre nos andamos con cuidado.

Duffy le dijo a Tump: «Nos estamos metiendo justo en lo que pensaba que acabaríamos metiéndonos».

—¿Metiéndonos en qué, Duff? Relájate, tío, y déjate llevar.

—Oye, Tump —dijo Jert—, ¿te importa si me meto un rato en el jacuzzi a ver si me repongo un poco? No me encuentro muy bien.

—Lo mismo deberías pirarte —dijo Tump—. Volver a tu casa y relajarte allí, ¿no crees?

Duffy puso una mano en el brazo de Tump.

—No, no, quédate, Jert. Métete en el jacuzzi. Claro, seguro que te vendrá bien.

—Eso mismo pensaba yo.

Cuando salió de la cocina, Tump dijo: «¿Se puede saber a qué coño ha venido eso?».

—No lo sé —dijo Duffy. Y luego—: Aún.

Sobre el fogón humeante, la madre de Duffy había sacado el tema de los peces de colores.

—¿Peces de colores? —dijo Pearl, agitando una olla.

—¿Alguna vez ha tenido? —preguntó Myrtle.

—No voy a quedarme a escuchar esto —dijo Duffy—. No puedo. Haz algo por mí, ¿quieres, Tump?

—Lo que sea, Duff.

—Ocúpate de Marvella.

—¿Qué quieres decir con que me ocupe de ella? ¿Qué quieres que haga?

—¿Hace mucho que no mojas el churro? —dijo Duffy.

—Duffy Deeter —dijo Tump, sin sonreír—, a veces eres un hijo de puta de la peor calaña.

—A veces —dijo Duffy, y salió de la cocina.

Marvella seguía en el salón cuando Duffy pasó por allí, con el pitorro del bong en la boca, las mejillas hundidas, aspirando con todas sus fuerzas. Ni siquiera levantó la vista, y Duffy lo agradeció. De camino a la habitación de Tish, oyó el agua del jacuzzi. No fue hasta oír el borboteo que se dio cuenta del cabreo que tenía, y más aún, de que ni siquiera sabía qué o quién era la causa de su

monumental cabreo. ¿Jert? ¿Tish? ¿Él mismo? ¿Los tres a la vez? ¿Todo el puto mundo quizá? Ni idea.

Tish estaba sentada en el tocador frente al espejo, cepillándose el pelo. Lo miró fugazmente y siguió acariciándose el cabello. Él se dirigió al bar y se sirvió una copa.

—¿No crees que ya has tenido suficiente de eso? —dijo ella.

—He tenido suficiente de todo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Exactamente lo que significa. ¿Piensas quedarte aquí para siempre?

—A lo mejor. A lo mejor sí.

—¡Manda cojones! —Solo después de soltarlo se dio cuenta de que estaba gritando.

Tish dejó el cepillo y se volvió hacia él. Había lágrimas en sus ojos.

—No entiendes nada, ¿verdad? —dijo ella, con una voz que le recordó a los primeros tiempos, cuando se conocieron, cuando empezaron a amarse—. Me han echado de mi propia casa. Estoy cagada de miedo y lo único que se te ocurre es gritarme. —Ahora estaba llorando a moco tendido.

Él quería acercarse a ella, abrazarla. Pero no pudo. No volvió a llenarse el vaso, agarró directamente la botella y le metió dos buenos tragos.

—Déjame que te lo ponga fácil —dijo él—. Nadie os robó, ni a ti ni a Jert, y nadie le arreó con una pistola. No fue así para nada.

Su llanto cesó y el rubor se extendió por sus mejillas.

—No sé cómo te habrás enterado, pero no, no fue así. Fue peor. Muchísimo peor.

—Tish, creo que ni tú ni yo nos hemos dicho nunca la verdad sobre nada, sobre nada en absoluto.

En voz muy baja, ella dijo: «No podía decírtelo».

—No, no podías. Porque no tenías ni idea.

—¿Ni idea de qué?

—De que fui yo. Fui yo quien lo hizo todo, Tish.

—Tú…

—Le arreé a Jert en el culo con mi vieja paleta de la fraternidad. Dos veces, cuando estaba en la cama contigo. Fui yo el que se presentó en el aparcamiento del Hilton a las tres de la madrugada

para reventarle el coche con la antena. —Dio otro trago rápido a la botella—. Ahora mismo está en el jacuzzi. ¿Quieres irte con él? Ve. Nadie te detendrá y nadie dirá ni mu.

No sabía qué reacción esperaba de ella, pero desde luego no que le entrara la risa, una risa aguda, casi histérica, al tiempo que las lágrimas volvían a surcar sus mejillas. Abandonó el tocador y se acercó a él. Lo único que se le ocurrió es que iba a golpearle. Y tenía intención de aceptarlo. Sinceramente, sentía que se lo merecía. Pero lo que hizo fue abrazarse a él de un modo que él no recordaba que hubiera hecho nunca, y besarlo, metiéndole la lengua hasta el esófago. Luego apartó la cara y dijo: «McPhester es un gilipollas».

—Un gilipollas al que le reventé el culo con una paleta mientras te follaba.

—Lao-Tse diría que eso no me convierte en mala, que eso solo me hace más humana. Al menos eso es lo que tú me contaste una vez. Lo que me enseñaste…, lo que intentaste enseñarme.

—No sé ni si yo mismo me lo creía. Ya no sé si me creo nada. Tal vez todo lo que he dicho o hecho a lo largo de mi vida ha sido una mentira. No sé por qué he hecho nada de lo que he hecho. —Ahora era él el que lloraba. Sentía las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. No recordaba un llanto tan rotundo y desesperado desde que era niño. Se sentía totalmente perdido. Extendió el brazo hacia la botella de whisky, pero Tish le puso la mano en la muñeca y lo detuvo. Lo atrajo hacia sí. Ahora él sollozaba incontroladamente.

—Pobrecito mío —le dijo—. Pobre piradito mío. No necesitas el whisky. Tengo algo mejor.

Y con ese movimiento milagroso que solo las mujeres saben ejecutar cuando realmente desean quitarse la ropa, su camisón se esfumó, y se quedó desnuda y lo condujo a la cama. Él nunca recordaría cómo se deshizo de su propia ropa. El único recuerdo que perduraría de aquel momento sería el de verse coronando la altísima cumbre de la pasión de su mujer, que era lo mejor que había hecho en su vida, mejor que cualquier cosa que hubiese creído, mejor que cualquier cosa a la que hubiese aspirado. Y, cuando todo acabó, se quedaron tumbados como dos niños sudados y exhaustos.

Él la miró con los ojos ofuscados, como tras haber asistido a un prodigio.

—Bueno —dijo él.

—Bueno —dijo ella.

—Nunca te conocí —dijo él.

—Nunca nos conocimos, ninguno de los dos —dijo ella.

—¿Sigue en pie lo del dichoso viaje? La Winnebago está lista, tal y como lo planeamos, y la tengo abajo.

Ella le tocó los labios con la punta de los dedos.

—Duffy Deeter —dijo—. Vuelves a tener esa expresión en la cara.

—¿Qué expresión?

—Siempre pensé que era maligna, una sonrisa maligna.

—Es entusiasmo, cariño. Me pasa solo cuando deseo algo de verdad.

—¿Y qué es lo que deseas? Ahora mismo, ¿qué es lo que deseas?

—Arramblar contigo y con el pequeño Felix y largarnos pitando a algún lugar del sur de Florida, a Miami, a uno de esos hotelazos de lujo, y tumbarnos a la bartola durante una semana y ver qué se puede recomponer.

—¿Crees que nos queda algo que recomponer?

—¿Cómo cojones voy a saberlo? Pero lo que está claro es que nunca lo sabremos si no lo intentamos. ¿Te apuntas? ¿Juegas?

—Ponme a prueba —dijo ella.

—Recoge tus cosas y larguémonos de aquí. —Se bajó de la cama de un salto.

—¿Duffy? —Él se detuvo a los pies de la cama, poniéndose los vaqueros—. ¿Qué vas a hacer?

—Estaba pensando en cargarme a Jert antes de irnos, pero solo voy a ver a Tump.

—Menudo elemento, ese Tump, ¿no?

—No lo sabes tú bien. Para mear y no echar gota.

—Los abogados no deberíais usar ese lenguaje.

—Lo mismo ni lo soy ni lo he sido jamás. Si supiéramos quién fui o cómo congeniar, no necesitaríamos hacer el viaje, ¿no? Y ahora, ¿sales de ahí y nos ponemos en marcha, o qué?

—Vuelves a hablarme con ese tono de siempre —dijo ella.

—¿Y qué coño te esperabas? ¿Que de repente fuese otro? No lo

soy. Ni tú tampoco. Ni Felix, que, por cierto, es probablemente lo mejor que hemos hecho juntos. Pero al menos ya no nos mentiremos más ni nos joderemos la cabeza el uno al otro. ¿De acuerdo?

Ella estaba sonriente y preciosa, y desnuda, cuando se levantó de la cama.

—De acuerdo —dijo.

Cuando Duffy volvió al salón, Tump estaba de pie, con las manos en las caderas, como si lo hubiera estado esperando allí todo el tiempo.

—Has pillado, ¿eh, figura? —dijo Tump.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Lo llevas escrito en la cara.

—He conseguido un punto de apoyo, compadre. No es como para tirar cohetes, pero algo es algo. Tish y yo nos vamos al sur.

Tump sonrió.

—Tus huevos ahí, eso es justo lo que dijo que harías.

—¿Quién lo dijo?

—Marvella. Se ha ido. Me pidió que te dijera que te agradecía la fiesta. Una chica increíble, esa Marvella. Una pena que nunca llegaras a conocerla. Nunca fue la cabeza hueca que te pensabas que era.

—Yo nunca dije que fuera una cabeza hueca.

—No, nunca lo dijiste.

—No me vengas ahora con esas, tío. Ya he tenido más que suficiente.

Tump se acercó y lo tomó por los hombros.

—Mantén la cabeza alta, campeón. Te va a ir bien.

—¿Crees que debería ahogar a Jert en el jacuzzi?

—¿Es lo que te apetece?

—No. No quiero hacerle nada. Jert no es el problema. No lo ha sido nunca. Un soplapollas, eso sí. Pero no el problema.

Tump le pasó el brazo por los hombros.

—Ven conmigo un momento que quiero que veas una cosa.

Condujo a Duffy al comedor, donde su madre y la madre de Tump habían cubierto la mesa de cuencos con comida humeante. Felix ya estaba ante un plato, serrando con un cuchillo y llevándose a la boca algo frito.

—Papá —dijo Felix—, ¿has comido callos alguna vez?

—Nunca, hijo.

—Bueno, pues píllate un plato y ponte al lío. Vamos a avivar la máquina.

—Este chaval ha nacido para llevar el cerdo —dijo Tump.

—¡Y que lo digas, Tump! ¡Y que lo digas! —dijo el niño, surtiendo de carne a sus mandíbulas batientes.

La madre de Duffy llegó de la cocina y preguntó: «¡Adivina qué!».

—Ni se me ocurriría intentarlo, mamá.

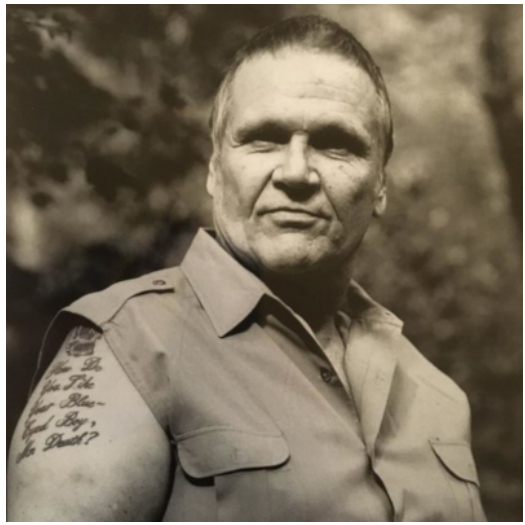
—Pearl se viene a ver el hangar. Sabe tanto de aviones como Henry.

Era la primera vez, desde la muerte de su padre, que la oía pronunciar su nombre.

—Ya te digo yo que sí —dijo Pearl, apareciendo por detrás—. Puede que nunca vuelva a poner un pie en Tupelo.

—¿Ves? —dijo Tump—. ¿Ves cómo todo tiene arreglo?

—Sí —dijo Duffy—. Sí que lo veo.



HARRY CREWS «Nací el 7 de junio de 1935 al final de un camino de tierra en el condado de Bacon, Georgia. Un camino muy largo. Mi padre murió cuando yo era un bebé y mi madre, sin otra cosa que simple coraje, tras toda una vida de desesperación y falta de alternativas, nos crio a mí y a mi hermano. Asistí a la Universidad de Florida. Tras dos años ahogándome entre la Verdad y la Belleza, dejé la Universidad por una moto Triumph. Me dirigí al oeste una clara mañana de primavera con siete dólares y cincuenta y cinco centavos en el bolsillo. Estuve en la cárcel de Glenrock, Wyoming; un indio blackfoot al que le faltaba una pierna me dio una paliza en una reserva de Montana; fregué platos en Reno; recolecté tomates en las afueras de San Francisco; un hombre que se creía Cristo me expulsó el demonio que llevaba dentro en Colorado Springs y en Chihuahua me hice amigo de un piloto obsesionado con las alforjas de motos… Volví cojeando a la Universidad de Florida, purificado y santificado, dispuesto a absorber todo lo que quedara de Verdad y Belleza. Y así están las cosas. Actualmente doy clases de inglés en Fort Lauderdale, Florida. Estoy casado con una chica muy guapa que sabe escribir a máquina. Hemos tenido dos hijos. El mayor se ahogó en 1964. El otro tiene cuatro años».

Desde entonces Harry Crews bebió mucho, se drogó bastante y

publicó más de veinte libros. Murió el 28 de marzo de 2012, a los 76 años, por complicaciones de una neuropatía. En su última entrevista puso las cartas sobre la mesa: «Mira, si tu intención es escribir sobre la dulzura, la luz y toda esa mierda, consíguete un trabajo en Hallmark».

Notas

[1] Atleta inglés que pasó a la historia como el primer hombre que recorrió una milla (1609 metros) en menos de cuatro minutos. Tras su carrera deportiva comenzó a trabajar como neurólogo. (N. del T.) <<

[2] Término utilizado en Estados Unidos para referirse a un equipo cuyos miembros han sido seleccionados como los mejores jugadores amateur de cada posición de juego. A diferencia de los equipos All-Star, los All-American son de carácter honorífico y no tienen por objeto que sus jugadores participen conjuntamente en partidos de exhibición. (N. del T.) < <

[3] El mayor reconocimiento a los logros deportivos individuales. Para acceder a este honor, los estudiantes-atletas son elegidos por los entrenadores de los equipos rivales. (N. del T.) < <

[4] En el fútbol americano profesional, honor con el que se designa al mejor jugador de cada posición durante la temporada. (N. del T.)
<<

[5] George Peter Metesky
(1903-1994),
más conocido como Mad Bomber, el Bombardero Loco, fue un electricista y mecánico estadounidense que, enfadado y resentido por el trato recibido tras una lesión laboral, tuvo aterrorizada a la ciudad de Nueva York durante dieciséis años, en las décadas de 1940 y 1950, con los explosivos que fue colocando por la ciudad. Fue detenido en 1957 gracias a las pistas halladas en las cartas que escribió a un periódico. Se le declaró demente y acabó internado en un hospital psiquiátrico. (N. del T.) < <

[6] Palomitas y cacahuetes caramelizados. Marca registrada en 1896 con el eslogan: «Cuanto más comes, más quieres». A partir de 1912, las cajas incluían un pequeño juguete sorpresa. Según algunos historiadores gastronómicos es la primera manifestación de comida basura. (N. del T.) < <

[7] En fútbol americano, «el cerdo» o «la piel de cerdo» es una forma de referirse al balón. Originariamente, los balones se inflaban con vejigas de animales que se colocaban luego dentro de una cubierta de cuero. El caucho vulcanizado acabó con esta costumbre allá por la década de 1860, así que la expresión tiene solera. (N. del T.) <<

[8] Diminutivo de Philadelphia. (N. del T.) < <

[9] Se trata de un remedo de uno de los cánticos de animación más populares de la hinchada de los Gators de Florida: «Two bits, four bits, six bits, a dollar, all for the Gators (en este caso “everybody for Tump”), stand up and holler!». Se lo inventó un buen día de 1949 el paisano George E. Edmondson, más conocido como «Mr. Two Bits», un vendedor de seguros de Tampa, animador no oficial del equipo, que acabaría siendo una figura muy popular y querida en el estado. Asistía a todos los partidos con sus pantalones caqui, una camisa amarilla, una corbata de rayas naranjas y azules, y un silbato al cuello con el que dirigía a las distintas secciones del público. Un «bit» es una forma de referirse a un octavo de dólar (que, a su vez, hace referencia a la moneda de plata de ocho reales de Nueva España y México, la célebre pieza de a ocho de la tradición pirata española) que circuló libremente en las colonias inglesas y, más tarde, en los Estados Unidos tras la Guerra de la Independencia. Llegaría a ser de curso legal hasta el año 1857 y, en su día, fue la moneda más utilizada del mundo. El cántico de animación del señor Edmondson establece una secuencia progresiva: dos bits equivalen a veinticinco centavos, cuatro a cincuenta, seis a setenta y cinco, para así, finalmente, llegar al todopoderoso dólar. (N. del T). < <

[10] Jugador de fútbol americano salido de la Universidad de Georgia. Llegó a ser All-American en tres ocasiones y obtuvo el prestigioso Trofeo Heisman en 1982. Se le considera uno de los mejores jugadores de fútbol americano universitario de todos los tiempos. (N. del T.) < <

[11] El baton twirling de las majorettes consiste en hacer girar de manera rítmica y artística un «bastón» metálico de entre cincuenta y setenta centímetros a la vez que se realizan movimientos coordinados con el cuerpo bajo un fondo musical interpretado por una banda en directo. (N. del T.) < <

[12] Universidad Agrónoma y Mecánica de Florida. (N. del T.) < <

[13] En fútbol americano se trata de un tercer down con un número sin especificar pero considerable de yardas por avanzar (entre quince y veinte). La expresión suele usarse como metáfora de situaciones desesperadas que demandan decisiones arriesgadas. (N. del T.) < <

[14] Leroy Robert «Satchel» Paige
(1906-1982).
Jugador de béisbol afroamericano que fue nombrado como el mejor pitcher de la historia de la Negro League. Estuvo cinco décadas en activo. (N. del T.) < <